

SARAH WALL

LA VIGNA

DEL

ODIO

La viña del odio

Sarah Wall

Diseño de la portada: Xavier Guiamet

Corrección de textos: Luis Solís

(criticosliterarios@outlook.es)

Primera edición: Febrero 2020

© 2020, Sarah Wall. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Todos los derechos reservados.

www.sarahwall.es

Agradecimientos

Este libro, sin duda, es para todos los que me apoyáis a diario con mis locuras. No os voy a nombrar a todos, puesto que soy bien capaz de olvidarme de alguien y no me lo perdonaría.

Muchísimas gracias también a ti, lector, por dar una oportunidad a esta humilde escritora.

Un abrazo enorme.

«La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad: solo la luz puede hacer eso. El odio no puede expulsar al odio: solo el amor puede hacer eso».
(Martin Luther King Jr.)

Prólogo

Bienvenidos a la nueva novela de Sarah Wall: *La viña del odio*. Para tener una lectura satisfactoria, habéis de seguir unas pautas relacionadas con el mundo del vino.

Entre ellas, cabe destacar las intensas y variadas sensaciones que nos ofrece la autora. Por descontado, advierto que esta novela será capaz de despertar y exaltar todos nuestros sentidos.

Antes de iniciar la lectura, es importante llevar a cabo las siguientes recomendaciones:

—Procurad que el espacio donde va a tener lugar la lectura sea luminoso y esté bien ventilado.

—Evitad ir perfumados y cualquier otro tipo de olor externo.

—Os advierto que vais a catar varios géneros; lo mejor será hacerlo con una copa de vino.

Comenzad descorchando el libro; el viaje va a ser intenso e inesperado en cada uno de sus capítulos. Sarah Wall ha creado un vino literario único; los aromas a degustar en la novela son: drama, romance, suspense y thriller.

Cristina, hija legítima del imperio Monferrat, pensó que su vida familiar era idílica: casada con Raúl Romero y producto de ese matrimonio nacieron dos hijas preciosas, Mía y Mara. Todo parecía perfecto hasta que la cosecha familiar se vio truncada por las mentiras, los secretos, la ambición y los amores engañosos.

En la vida de Cristina todo parece un espejismo; ve lo que el corazón desea. Sin embargo, tras unos sucesos escabrosos, abre los ojos y su mundo perfecto cae al abismo. La verdad se oculta entre los viñedos; tendrá que investigar el pasado para esclarecer el presente y solo así resolverá el mayor secreto de los Monferrat.

¿Estáis preparados para la mejor cata de vino literario que jamás hayáis probado?

Katy Molina

Capítulo 1

—Cris, ¿tenemos ya el *coupage* definido de esta añada? Ayer, Pablo me comentó que queríais hacer algún cambio. ¿Todo en orden para la visita de los catadores? —Su padre, preocupado, preguntaba mil cosas a la vez que no tenían nada que ver con el asunto a tratar—. Tenemos la reunión en una hora, ¿está todo listo?

—Sí, papá, justo lo estoy acabando de repasar. Tranquilízate, no pasa nada. Le estoy dando los últimos retoques. No tienes por qué preocuparte y nuestro vino les va a encantar.

Cristina, como buena enóloga, de las mejores del gremio, solía poner mucho cariño en todos sus caldos, añadiendo siempre algo de sí misma. Cada año, cada nueva cosecha suponía un nuevo reto.

A sus treinta y siete años no podía pedirle nada más a la vida. Nacida en el seno de una de las familias más potentes en lo referente al universo del vino, no solo de la comarca, también del mundo, no obstante, era de corazón y actitud humilde, pues sus padres siempre la criaron en el respeto en todas las formas. No era demasiado alta, pero seguía estando delgada y proporcionada como antes de ser madre; la melena rizada a media espalda era su signo de identidad: un rizo muy definido y marcado, oscuro como el carbón. Los ojos color miel y vivarachos, siempre llenos de luz. Cris, como suelen llamarla sus allegados, al acabar la carrera empezó a trabajar en serio en las bodegas de la familia, cerca de Sant Sadurní, tierra de buenos vinos y cavas. Desde que era una criatura, esas tierras la habían cautivado y se sentía libre en ellas. Había adquirido todos los secretos del negocio, puesto que desde pequeña se empapó de viñas, aromas y botellas. La bodega Monferrat era una de las más reconocidas del país.

Estaba casada con Raúl, alto directivo en una empresa de telecomunicaciones. Un hombre que le robó el corazón al primer cruce de miradas. No en vano era su prototipo: moreno, alto y fuerte, pero sin ser exagerado, y con unos ojos almendrados color miel que destacaban como dos estrellas en medio de la noche. Vivían en una bonita casa de tres plantas a las afueras de la gran ciudad, lo suficientemente cerca de Barcelona como para disfrutar de todos sus privilegios y, a la vez, alejada del ajetreo de la urbe. Sus hijas eran maravillosas, tal y como las había soñado, aunque por la edad todavía muy dependientes, ya que Mía tenía solamente seis años y Mara, apenas tres. Se sentía afortunada de lo que había conseguido, no sin tesón, pues había luchado mucho, pese a que casi todo el mundo pensaba que era una niña mimada y esa no era su realidad. De hecho, le molestaba bastante cuando alguien le insinuaba que «trabajaba con papá», como si se lo hubieran regalado todo, ya que sus jornadas eran muy duras y los días, para ella, tenían más de veinticuatro horas.

Su padre, Jorge Monferrat, era un importante enólogo de fama mundial. Sus conocimientos sobre las tierras y sus frutos traspasaban fronteras. Recorría hasta hacía muy poco el mundo entero dando conferencias y tenía muchos premios que reconocían su labor. El hombre, no obstante, se sentía cansado; eran demasiados años de carrera y deseaba retirarse. Para ello, debía ver a Cris totalmente preparada para estar al frente del negocio. Aunque la consideraba su digna sucesora, le daba un cierto vértigo dejarla sola al mando. Quizá lo que realmente temía era sentirse inútil tras tantos años al frente de su pequeño gran imperio.

Dos años atrás, Cris ya demostró lo válida que era cuando él fue diagnosticado de cáncer de colón y hubo de ausentarse por largos periodos mientras recibía tratamiento. Ahora, ya recuperado

de la enfermedad, sentía que deseaba vivir la vida, recorrer el mundo de la mano de su bella Helena, su mujer, a la que no había hecho el caso que se merecía por culpa de sus viajes, de su profesión. Era capaz de estar encerrado en la finca dieciocho horas cada día, desatendiendo al amor de su vida, y se estaba dando cuenta de ello.

—¿Ves, papá? —Se dirigió a él dándole los documentos que precisaba—. Está todo a punto para la visita. Ni siquiera han llegado aún. He preparado también una presentación que proyectaremos en la bodega y sé que les va a encantar. Los vamos a dejar anonadados.

—Queda media hora, aprovecharé para repasar todos los documentos.

—Me pones nerviosa con tanto repaso —Cris le riñó—; es como si no confiaras en mí, a pesar de que este gran reserva lo he llevado desde el inicio y siempre he cumplido los plazos con creces; es una manía heredada de ti, papá.

—Es deformación profesional, cariño. —Miró con ojos tiernos a su hija—. No es porque seas tú: lo hago con todos.

—No puedes tener todo tan controlado, ¡relájate! —le indicó aun a sabiendas que ella era la primera que necesitaba tenerlo todo bajo un estricto control.

Llegaron los catadores. Se estaban jugando la medalla de oro al mejor vino y los nervios les dominaban. Ese estupendo caldo había sido mimado desde el mismo momento en que se recolectó la uva, unos años atrás: sesenta meses de maduración y veinticuatro de ellos en barricas de maderas nobles.

Sus vinos eran apreciados por su originalidad. La excelente situación geográfica entre el pirineo catalán y el mar Mediterráneo, junto con los diferentes microclimas que existen y el tipo de suelo, son los que hacen de Cataluña uno de los mejores lugares para crear magníficos vinos de reconocimiento mundial, con diferentes sabores y aromas, tintados del verde de su campo y del azul del mar. La Denominación de Origen del Penedés está ubicada en un enclave privilegiado, entre Barcelona y Tarragona.

Es un territorio con historia, además de con una interesante oferta turística, cultural y paisajista única, llena de preciosos viñedos. Está considerado el más antiguo de Europa y que, además, cuenta con vinos y cavas con Denominación de Origen propia. Es esa diferencia de texturas, sabores y tintes los que hacen especial a cada uno de ellos. Los Monferrat elaboraban vinos blancos con uvas como Chardonnay, Riesling o Sauvignon blanco y tintos con variedades de Xarel.lo, Pinot Noir o Cabernet Sauvignon. Lo arriesgado de esa bodega era trabajar a la vez con uvas autóctonas y otras importadas, pero ese proyecto fue un éxito. Trataban de ser originales con sus propuestas enológicas y el riesgo valió la pena.

Jorge era consciente de que su vida laboral se iba, como mínimo, a reducir tras el lanzamiento de su nuevo vino estrella. Lo tenía hablado con Cristina: poco a poco iba a ceder, a dejar la batuta en sus manos y sabía que ella dirigiría la sinfonía de maravilla. No era solo una gran compositora, también era una magnífica directora de orquesta. Sería algo paulatino: pasaría una o dos veces por semana por las bodegas y, por supuesto, estaría siempre disponible por todas las vías de comunicación posibles.

—¿Lo ves? Están encantados de la vida. Sabía que se les iban a poner los pelos de punta cuando vieran la presentación... Y cuando lo han probado, madre mía, ¡qué cara han puesto! —Cris estaba tan contenta que no dejaba de dar pequeños brincos en su despacho en cuanto se marcharon—. Es mi primer gran proyecto, papá. ¡Esto hay que celebrarlo!

No era cuestión de dinero, pero estaba claro que el dineral que iban a ganar con ese nuevo producto no iba a ser poco, especialmente en Estados Unidos, un país que absorbía el ochenta por ciento de su producción y en donde sus vinos y cavas eran muy apreciados.

—Por supuesto, cariño. ¿Por qué no comemos todos en casa el domingo? Hace días que no veo a las pequeñajas. ¡Que venga Raúl también!

—Vendré con ellas. Raúl sigue fuera y creo que no llega hasta el lunes por la tarde.

—Nunca entenderé ese trabajo de tu marido... Siempre por ahí, de viaje, incluyendo fines de semana. Se está perdiendo lo más importante: ver crecer a sus hijas. Lo digo por experiencia, debe frenar...

—Papá, ya sé que no es santo de tu devoción, sin embargo, hace su trabajo —y muy bien, por cierto— y yo, el mío. Cuando lo conocí ya sabía a qué se dedicaba y qué suponía. Ser directivo de esa multinacional y en el sector de las telecomunicaciones implica reuniones en otros continentes y, por tanto, muchos días fuera de casa; ya lo sabes.

—Tú veras, cariño. Solo digo que te relacionas más con las personas de la finca que con tu propio marido.

Cris era conocedora de que sus padres no tragaban a Raúl, nunca lo hicieron, y eso se respiraba de forma continua en el ambiente. Ella era su princesita y podía entender que, para su padre especialmente, no había ningún ser en la tierra digno de ella. Cris llegó a pensar que eran puros celos, quizá hasta recíprocos, puesto que Raúl también solía hacer comentarios fuera de tono en muchas ocasiones.

Besó a su padre en la mejilla, recogió unos papeles que se hallaban desordenados sobre la mesa y decidió que, por una vez en mucho tiempo, saldría pronto, iría a recoger a las niñas al colegio y las llevaría a tomar un helado.

Cogió el coche con prisas para llegar puntual, antes de que sonara la campana que indicaba la salida de los críos. Cuando podía ir a buscarlas, casi siempre llegaba de las últimas y eso le hacía sentir culpable, aunque las niñas jamás se lo echaron en cara.

—Mami, ¡hoy has venido tú! —Mara, la pequeña, cogió su ligera mochila y con un poco de esfuerzo se la colocó a sus espaldas.

—¡Venga! Vamos a recoger a Mía y os llevo a tomar un helado enorme.

Recogió a las pequeñas y se fueron al centro de la ciudad, a la mejor heladería. Como era de esperar, al rato ya remoloneaban inquietas. Eran aún pequeñas para tanto trajín: madrugaban bastante y comían en el colegio, con lo cual la jornada se les hacía muy larga. Por suerte, al llegar a casa, su fiel Merche, la Tata, le echaba una mano con los baños y la cena. Arropearlas era tarea de Cris. No pensaba dejar de hacerlo mientras ella estuviera disponible: no podía prescindir de ese precioso momento de comunión con ellas, lo consideraba mágico.

Echaba de menos a Raúl, su chico, y no solo por las niñas, que más o menos estaban ya acostumbradas a tener un padre ausente. La cama estaba fría, gélida, aunque se tratara del verano; él sabía calentarla bien. Había mucho fuego en esa relación, incluso a veces se preguntaba si quizá ese era el único vínculo que les mantenía casados. Era una pasión casi loca, desbordada.

Raúl cada vez se ausentaba más y por más tiempo. Estaba convencida de que el último ascenso, un par de años atrás, les había perjudicado en ese sentido.

Una vez acostó a las niñas, Cris se conectó a Skype e intentó contactar con su marido. Por la diferencia horaria quizá ya estuviera en el hotel intentando descansar o, como casi siempre, preparando su siguiente reunión.

Tras dos intentos fallidos de conexión, Cris se sirvió una copa de vino tinto e intentó relajarse, aún con el portátil en las rodillas, sentada en el jardín, contemplando la estrellada noche.

«Qué despejado está hoy» —pensó.

Hacía mucho que los cielos de Barcelona no enseñaban tantos astros y agradeció la vista. De repente, escuchó la señal de videollamada entrante: era Raúl.

—¿Cómo estás, cariño? ¡He intentado llamarte hace un rato! —dijo contestando al primer tono.

—Lo sé. Acabo de llegar al hotel. De hecho, estoy en el bar. Tomaré una copa...; ha sido un día largo.

—Vaya..., para mí también, pero muy gratificante.

En tan solo dos segundos a Cris le pasó por la cabeza su larga jornada: había madrugado mucho, como solía hacer siempre; corrió sus cinco kilómetros de rigor y se duchó. Preparó a las niñas para ir al cole mientras Merche organizaba los desayunos; las dejó en el colegio y se fue pitando a la finca, pues tenía muchos temas que discutir con Pablo, el otro enólogo de confianza. Luego, recoger a sus hijas por una vez y distraerlas con algo nuevo. Su jornada también fue larga y estaba cansada, aun así, deseaba contarle a Raúl que estaba feliz, aunque exhausta por su ritmo de vida.

—¡Es una buenísima noticia, Cris! —respondió su marido al enterarse de lo bien que había ido la visita del jurado—. Este podría ser el gran pelotazo de tu vida.

—Lo sé. Estoy nerviosa, pero es normal; quiero que todo salga perfecto.

—Tú puedes. Estás preparada para lo que venga, pequeña.

—Papá nos ha invitado a cenar..., ya te he excusado.

—A ver si de una vez por todas cuelga el hábito...

—Necesitará su tiempo... Ya estamos hablando a ver cómo lo organizamos; tengo claro que dejará la bodega de forma gradual, ya sabes cómo es: no puede vivir sin esto, nació entre las parras, lo lleva en las venas, como sus padres y sus abuelos...

—Ya toca que te deje al mando: le has demostrado de sobras lo que vales y lo preparada que estás... No sé a qué espera ese viejo gruñón. Además, desde que tuvo el cáncer ya no es el mismo.

—Fue muy duro para él, para todos. Dejemos que haga lo que crea conveniente, no en vano todo esto lo ha sacado él adelante y yo deseo que se retire cuándo y cómo a él le plazca. —Cristina endureció su tono de voz, pues no soportaba que Raúl fuera tan insistente con el tema de la jubilación de su padre. Ella tenía las mismas ganas que él de dirigir la empresa, pero respetaba y adoraba a su progenitor por encima de todo.

Sabía que a Raúl tampoco le resultaba fácil la presencia de su padre en sus vidas, era totalmente recíproco, sin embargo, ambos debían tolerarse por el bien de la familia.

—Te echo de menos... —Raúl relajó su tono al notar a Cris molesta.

—Yo también... y las niñas, claro.

—¿Sabes? Aunque estoy en el bar y me ve todo el mundo —Suspiró excitado—, me gustaría verte los pechos...

Cris sonrió pícaro; miró a la cámara mientras se humedecía los labios pasando su lengua por ellos... Lentamente, con el dedo índice empujó el fino tirante de la camiseta desde el hombro, deslizándose este delicadamente por su brazo. Repitió la operación con el otro tirante y mostró sus todavía maravillosos senos a su marido.

—Te van a oír, ¿estás loco? —sugirió a su marido que gemía al otro lado.

Ella también empezó a excitarse al ver su cara. Raúl era guapo y sexy; lucía una barba de tres días que le sentaba fenomenal y, con esos fascinantes ojos que cambiaban según la luz, la volvía loca; tenía muy buena planta. Hacía deporte regularmente, lo que le hacía estar en muy buena forma física.

—Me he retirado a un rincón para poder tocarme con una cierta privacidad, cariño.

Era muy dado a hacer este tipo de cosas. Cristina era mucho más tímida en ese aspecto.

—¡Estás como una cabra! ¡Ve a la habitación, hombre! Te espero, tonto.

—Me encanta la idea de que puedan pillarme... ¡Me pone a cien!

—Estás en Oriente Medio... Si te descubren haciendo según qué, ya me entiendes, ¿podrías tener un grave problema! Cuando estés instalado me llamas de nuevo y, quién sabe, podemos seguir...

Cris cerró el portátil de golpe, interrumpiendo así la comunicación, y se quedó a la espera de que Raúl volviera a llamarla, pero eso no ocurrió. Recibió un mensaje de WhatsApp: «seguimos mañana. Acabo de tropezarme con un cliente y se ha puesto un poco pesado. Te quiero».

Se sintió un poco frustrada, pues ella también quería llegar más lejos. Parpadeó lentamente y respiró hondo, con el ánimo de recordar su aroma y sentirse acompañada, pero fue en vano. Se bebió el vino de un solo trago y decidió meterse en la cama, deseando cerrar los ojos y descansar.

Capítulo 2

—Pablo, ¿puedes venir a mi despacho cuando llegues, porfa? —Cris le dejó una nota de voz a su compañero. Les unía la pasión por los vinos y el mundo que rodeaba el negocio. Podían pasarse horas hablando de *coupages*, tipos de uva, fermentaciones y demás. Los vinculaba, asimismo, una gran amistad, desde siempre.

No tardó en llegar y acudir a su llamada. Pablo llevaba varios años trabajando con ellos; de hecho, se conocían desde pequeños, pues sus padres siempre habían sido grandes amigos y habían compartido muchas vivencias juntos. Tenían una sólida amistad, casi fraternal, al menos por parte de Cris, ya que lo quería como a un hermano. Sus padres siempre pensaron que acabarían casándose, pero Pablo se marchó a los veinte años a Estados Unidos para acabar allí la carrera y vivir nuevas experiencias. Antes de que eso ocurriera, habían salido en plan pareja de forma regular, pero entre la distancia y la juventud, la relación amorosa quedó aparcada a un lado para continuar siendo grandes amigos y confidentes. Él se casó con una chica de Washington y se divorció al poco tiempo. Decidió volver a España y la oportunidad laboral en la bodega de Jorge Monferrat era la mejor propuesta que, sin duda, iba a recibir en toda su carrera. No dudó en aceptar. Para Cris su vuelta supuso una alegría, ya que volvía su mejor amigo y trabajar con él era un placer: tras su padre, era a quien más admiraba.

A su regreso todo había cambiado. Cristina era ya una mujer, tenía novio formal y se iba a casar en una ceremonia a la que iba a acudir media España. Cuando regresó fue cuando se dio cuenta de todo: sus sentimientos hacia ella seguían intactos, siendo incluso más fuertes, mucho más de lo que quería reconocer. Sin embargo, él era consciente de que su oportunidad murió en el momento en el que decidió cruzar el charco y solo podía aspirar a ser eso: su amigo. Cristina tenía muchísima confianza en él y no dudaba en explicarle todo lo que le atormentaba, le abría su corazón de par en par mientras que él intentaba frenar esa pulsión irremediable que sentía estando ella presente. Cada día, cada hora que pasaban juntos, ese sentimiento no decrecía, más bien al contrario, se acrecentaba. Y así llevaba ya varios años, tras volver de América.

—Hola, Cris, perdona por el retraso, ¡había un embotellamiento de miedo! —se disculpó.

—No te preocupes, pasa. Siéntate. —Cris se estaba sirviendo un café—. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias.

—Expreso con leche y sin azúcar. —Se giró y le guiñó un ojo.

—Exacto. Te veo muy contenta. Ya me he enterado de que ayer triunfaste con el gran reserva... ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! De eso quería hablarte.

—Pues dime, ¿qué necesitas?

—Tú tienes gran parte del mérito, has ayudado a que este vino sea como es y me gustaría que estuvieras conmigo al frente de todo.

—¿Y Jorge?

—Papá no está para muchos trotes. No lo he hablado con él todavía. Quería saber tu opinión, pero estoy segura de que no se va a oponer. Hay programadas un montón de ferias y tendremos que viajar bastante...

—Ya sabes que lo haré encantado.

—Hay que aprender a delegar. Tenemos un equipazo y nosotros deberíamos centrarnos en los

grandes proyectos y divulgarlos para que lleguen a más puntos del planeta, ¿no te parece? —Cris dio un sorbo a su café delicadamente, pues sabía que estaba aún demasiado caliente—. Además, como sabes, nos han dado vía libre para ampliar las instalaciones con la compra de los terrenos lindantes. Nos faltarán manos, amiguito...

—Lo que tú decidas, eres la jefa... —Pablo sonrió y miró a Cris con ojos tiernos, aprovechando que ella no se percataba.

—Papá quiere dejarlo poco a poco y yo necesitaré una mano derecha. ¿Quién mejor que tú? Me entiendes, me encanta cómo trabajas... En fin, Pablo, que te estoy pidiendo que seas algo más que un buen enólogo. Quiero que seas mi mano derecha cuando papá se jubile.

—Acepto, por supuesto.

—Pues no hay más que hablar. Te pasaré por correo electrónico los detalles que he pensado para este y futuros proyectos, para que les eches un vistazo.

—Perfecto.

—¿Comemos juntos? Te invito.

—Hoy no puedo, Cris. En otra ocasión.

Pablo se despidió y se marchó hacia su despacho. Cris se giró poniéndose de espaldas a él, con su café en la mano, y se dispuso a mirar por la ventana. Estaba preciosa con esa falda de tubo gris combinada con una camisa blanca de seda que contrastaba perfectamente con esos cabellos oscuros y rizados que se deslizaban suavemente por la espalda. Su atuendo la hacía parecer poderosa, segura de sí misma. Los años no habían hecho más que mejorar el producto y ni siquiera su figura se había visto alterada tras dos embarazos o al menos, a ojos de Pablo, así era. Tenía claro que estaba más que preparada para estar al frente del negocio, sin duda alguna. Cris tenía la ambición justa para poder llevar las riendas y crecer sin resultar una jefa prepotente.

Pablo recibió enseguida todos los detalles y se dispuso a revisarlos. Ella era excelente en su trabajo y se reflejaba en las propuestas que había pensado. Les tocaría trabajar más unidos, si cabía, y seguramente deberían viajar en más de una ocasión, tanto para visitar clientes como a ferias nacionales e internacionales. Eso significaba pasar mucho tiempo con ella... Y aunque Cris lo viviera de otro modo, Pablo se conformaba con eso.

Él estaba enamorado y le costó reconocerlo. Sí, lo estaba y mucho. Lo notaba cuando respiraba el mismo aire que ella o cuando la veía pasar por delante de su despacho, siempre vestida elegante..., con sus carnosos labios rojos y sus zapatos de tacón..., o cuando sonreía por los pasillos, o con el acto tan simple de retirarse uno de sus rizos de la cara. Ya no era posible nada con ella, era una mujer felizmente casada y con dos hijas de ese matrimonio.

Intentó pasar página, muchas veces. No le era difícil encontrar consuelo en su cama, pues era un hombre apuesto: alto, ojos oscuros y moreno, atlético. Se cuidaba. Le gustaba gustar y, lo más importante, gustarse a sí mismo.

Salía de noche y siempre encontraba a alguien que se resbalara por sus sábanas, un cuerpo que le diera calor, pero nunca, jamás, daba con la persona idónea. Esa persona se llamaba Cristina Monferrat y no, no estaba libre; y él era consciente de ello.

Capítulo 3

—Pasa, Jorge; siéntate. —El doctor De La Serna lo saludó con un fuerte apretón de manos y acomodó sus gafas mientras se disponía a leer el informe analítico.

Jorge pasaba revisiones periódicas al haber padecido cáncer y estaba en una de ellas, solicitada con antelación a la fecha prevista debido al inexplicable cansancio que estaba sufriendo las últimas semanas y que le alarmaba.

—¿Todo bien, Carlos? —preguntó preocupado al ver la cara de su médico y amigo.

—Jorge, no han salido como esperaba. Te voy a programar un TAC para esta misma tarde. Algunos parámetros de los análisis se han disparado.

—¿Ha vuelto? No me engañes.

—Seré franco: necesito el TAC y algunas pruebas más, pero no tengo duda, ha vuelto. Necesito saber en qué forma y gravedad.

Carlos De La Serna era uno de los mejores oncólogos de Barcelona. La amistad que tenía con Jorge no le permitía andarse por las ramas. El cáncer había vuelto y sospechaba que en una de sus peores formas.

Jorge sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—Lo cierto es que llevo un par de meses agotado, no es normal —confesó.

—Has hecho bien en venir antes de la fecha prevista. Vamos a ver qué dicen las pruebas. — Carlos abrazó a su paciente y a la vez íntimo amigo, visiblemente preocupado.

—Tu cara no deja lugar a dudas. Es grave, estoy seguro.

—Esperemos a los resultados. Ahora mismo Patricia te busca un hueco para realizar el TAC.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Por supuesto, lo que haga falta.

—Salga lo que salga, que quede entre nosotros. Mi familia ya ha sufrido bastante.

—Es decisión tuya. Lo respeto, por supuesto, aunque te recomiendo que no estés solo en esto, Jorge. Ya sabes que la lucha puede ser dura.

Jorge se fue a casa tras las pruebas esa tarde. Helena, su mujer, le esperaba con el abrigo puesto.

—Cariño, pensé que no llegabas. Te has olvidado, ¿verdad?

Jorge se percató en ese mismo momento de su olvido: tenían entradas para la ópera *Turandot*, su favorita.

—Mi amor, lo siento. Me cambio en un momento y salimos. He tenido un día muy complicado, perdóname.

—Date prisa, vamos muy justos y tenemos unos cuantos kilómetros por delante.

Helena le besó en la mejilla, se retiró el abrigo y se puso cómoda en el sofá, a la espera de que su marido regresara dispuesto a acudir al Gran Teatre del Liceu. A los quince minutos exactos, Jorge, con su esmoquin negro, bajó las escaleras que lo llevaban al salón.

—Podemos irnos, señora Monferrat. —Besó a su mujer en los labios.

Llevaban más de tres décadas de feliz matrimonio y nunca se habían peleado más allá de las típicas riñas domésticas sin importancia. Helena era la mujer perfecta, la mejor anfitriona llegada la ocasión y una insuperable madre. Sin duda, la mujer de su vida y era muy posible que no pudieran seguir mucho tiempo más juntos. Habían vivido tantas cosas en esos años... y no todo de

color de rosa. La pérdida de su hijo pequeño, Daniel, ahogado en la piscina a los cuatro años, en un descuido, supuso un mazazo que aún no habían superado del todo. Sin embargo, la tragedia les unió mucho más. En lo bueno y en lo malo, como les dijo el cura cuando los unió en santo matrimonio. Miraron hacia adelante por Cristina, la princesa de la casa, ya una mujer con su propia familia. Estaban los tres muy unidos y la llegada de las pequeñas contribuyó a que esa conexión aún fuera más fuerte.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jorge en el momento de escuchar el aria *Nessun Dorma*, del acto final de la ópera de Giacomo Puccini. Se emocionaba irremediabilmente cada vez que la escuchaba y ese día, en particular, no pudo evitar que las lágrimas invadieran sus ojos.

«Que nadie duerma»... Él no quería dormirse para siempre; quería disfrutar de su jubilación con su bella Helena, como solía llamarla.

—Toma, cariño, estás sensible. —Helena le acercó un pañuelo de papel—. Eres un sentimental.

—Te quiero. Sigues siendo la mujer más guapa del mundo —musitó mientras la besaba en la mejilla con sus manos entrelazadas.

Jorge así lo sentía... Ni el irrefutable paso del tiempo dejaba huella en ella; seguía siendo tan hermosa como el día en que le dijo «sí, quiero», a los veinticuatro años, tres menos de los que tenía él. Era rubia y esbelta; su piel de porcelana contrastaba con sus enormes ojos azules, los mismos que tenía su hijo Daniel. En cambio, Cris era como él: morena, con el cabello ondulado y ojos oscuros, pero su figura y elegancia eran sin duda herencia materna.

Regresaron al aparcamiento cogidos de la mano, sin soltarse en ningún momento. Durante la conducción él la acariciaba dulcemente en el muslo...

Tal y como sospechaban, el resultado de las pruebas no tardó en llegar más que unas pocas horas. El cáncer se había extendido a los huesos y al hígado de forma rápida.

—Sé claro —indicó Jorge a Carlos.

—No te engañaré: está muy avanzado. Podemos probar con quimioterapia...

—¿Cuánto me queda?

—Si intentamos con el tratamiento —Carlos respiró hondo—, calculo unos seis meses. Si no hacemos nada, no más de dos.

—No quiero pasarme lo que me queda de vida enganchado a una vía. No. Lo quiero pasar con Helena, Cristina y las niñas.

—¿Sigues con la idea de no decírselo?

—No quiero preocuparlas.

—Jorge, es muy grave. El tratamiento...

—...Solo hará que pase las últimas semanas de mi vida en un hospital. Seamos claros —Jorge interrumpió a su amigo, aunque estaba aparentemente tranquilo—: sabía que esto podía ocurrir y no tengo fuerzas para afrontar más sesiones de quimio. Carlos —siguió—, ¿tú qué harías en mi lugar? Sabes que tengo razón.

—De acuerdo, no te sometas a más sesiones, pero habla con tu mujer y tu hija. Necesitas apoyo, no puedes pasar por esto solo.

—Mi decisión está tomada. De hecho, desde hace muchos meses. Carlos, amigo, estoy seguro de que lo entiendes mejor que nadie. Quiero dedicarme en cuerpo y alma a ellas, sin que por un segundo me vean como un enfermo terminal, o que cada vez que suspire o simplemente tenga ojeras, piensen que estoy mal y que me muero. Lo diré a su debido tiempo.

Jorge salió de la consulta, tranquilo, con el informe en la mano, aunque más bien se asemejaba a una sentencia de muerte. Carlos le dio medicación para el cansancio y los dolores y quedaron en

verse cada quince días para comprobar cómo se sentía.

Guardó en la caja fuerte los documentos. No quería que Helena los descubriera en un despiste. Lo que menos deseaba era provocar estrés a su mujer. Con la muerte de Daniel sufrieron lo indecible, especialmente Helena, que se vio inmersa en un proceso de desolación terrible. Fueron años de terapia y todavía tomaba algunos ansiolíticos pese a los años transcurridos.

Pensó en que lo mejor era dejarlo todo atado y bien atado. Tenía claro que Cristina dirigiría el negocio y sería propietaria de siete edificios de viviendas y oficinas en la ciudad condal. Para sus nietas, ya unos meses atrás, habilitó un fondo monetario importante y cómo no, su bella Helena dispondría de sus casas, tanto en Barcelona como la del Pirineo, así como una importante suma de dinero. Subsistir económicamente, para sus princesas, no iba a suponer un problema, pero le aterraba pensar en el vacío que les iba a producir su irremediable marcha.

Desde el siguiente lunes, Cristina, sin saberlo, se iba a quedar al mando de todo.

Capítulo 4

—Va, dejad de regañar y subid al coche. —Cris intentaba en vano que sus hijas dejaran de discutir.

—¡Mía me ha quitado la muñeca! —Mara se quejaba llorando.

—Devuélvesela, tú tienes las tuyas. ¡No os chinchéis!

Mia ya había conseguido su propósito, que no era otro que sacar de quicio a su hermana menor. Y una vez alcanzado el objetivo, le devolvió la muñeca, quizá la más fea de las muchas que tenía Mara, pero al fin y al cabo, su favorita.

—¿La abuela nos hará canelones? —Mara preguntaba con esos enormes ojos castaños bien abiertos—. No me gustan los de Rocío, me gustan los de la tía.

Rocío, la asistente de sus padres, era como de la familia, como Merche, la Tata. Ambas llevaban media vida trabajando para los Monferrat.

—No lo sé, cariño, pero a mí también me gustan los que hace. En cualquier caso, lo pasaremos bien.

—Yo prefiero macarrones. —Mara siempre llevaba un poco la contraria para hacerse notar.

—No sé lo que prepararán hoy, pero vamos a ser unas niñas educadas y nos lo comeremos todo.

—¿Papá no viene? —Mía hizo un puchero.

—Llega mañana, cielo.

La niña se cansó de preguntar y se quedó medio adormilada el resto del trayecto. Mara miraba por la ventana el paisaje. Todo estaba demasiado tranquilo.

Llegaron a la casa y saludaron al pequeño bóxer, última adquisición de su madre, bautizado por las niñas cariñosamente como «Pepe».

—¡Ya están aquí mis princesas! —exclamó Jorge—. ¿Quién quiere ser la primera en subirse a caballito?

Ambas gritaron a la vez «yo» mientras el abuelo se las cargaba a la espalda.

Corretearon por el jardín jugando con Jorge. Aún se sentía con fuerzas para hacerlo y lo deseaba, ya que esas pequeñas monstruitas eran lo más importante de su vida.

—¿Cómo va todo, amor?

Helena se dirigió a su hija. Estaban sentadas en el porche con una copa de su mejor vino blanco en la mano, observando las chiquillerías del abuelo con las enanas.

—Todo bien, mamá. Deseando que llegue Raúl mañana. Lleva muchos días fuera; le echo de menos.

—Me pasaba igual cuando tu padre viajaba. ¿Has notado algo raro en su comportamiento? A papá, me refiero.

—No, todo normal. ¿Qué pasa mamá? —Cris miró extrañada a su madre.

—Está raro. Se ha pasado todo el fin de semana encerrado en el despacho removiendo papeles y actúa de forma muy extraña.

—¿Os habéis peleado?

—¡No, qué va! Todo lo contrario. No sé, será la edad.

—Déjalo, ya sabes que para él el orden es importante. Seguro que está poniéndolo todo bajo su estricto y férreo control. —Cris se carcajeó recordando cómo es su padre con la documentación

—. No le gusta ver papeles sueltos por la mesa, se pone frenético cuando entra a mi despacho y observa mi ligero desorden.

—Bueno, da igual, hija. Llevo meses insistiendo con el tema de la jubilación. Al menos que baje el ritmo un poco. Le noto más cansado de lo habitual... Hace semanas que no queda con Juan para jugar al tenis y eso es muy, pero que muy extraño. No suele saltarse los partidos así como así.

—Mamá, se hace mayor, es normal que no tenga tantas ganas de actividad física.

Rocío indicó a Helena que todo estaba listo para comer y entraron los cinco al comedor.

—¡Bien! ¡Hay macarrones! —gritó Mara.

—Solo para vosotras, princesas —intervino Helena.

Para los adultos Rocío había preparado una ensalada César y zarzuela de marisco, el plato estrella de su recetario, con el que todos los comensales, fueran de la familia o no, se chupaban los dedos.

Al final de la comida, ya en los postres, Jorge, ayudándose con un cubierto, golpeó ligeramente la copa de cava, de frágil cristal, para ganarse la atención.

—Chicas, tengo que contaros algo...

Helena miró a su hija como diciendo «te dije que algo tramaba».

—Desde mañana, Cristina será la nueva Directora General de Bodegas Monferrat. Me retiro, está decidido.

—Papá, es una gran noticia que quieras retirarte poco a poco y...

—No será gradual. Lo dejo. Quiero hacer un viaje con mamá y saldremos en pocos días. Quiero llevarla a Bali como le prometí hace ya mucho tiempo..., o a donde ella quiera. No vamos a demorarlo más.

—¿Qué quieres decir con que lo dejas? ¡No puedes irte así, sin más! —Cris alzó la voz, preocupada.

—Estás preparada. Preparadísima, diría yo. Además, está Pablo. No tienes nada que temer, Cristina.

—¿A qué viene tanta premura? El otro día, cuando presentamos el gran reserva, no pensé en ningún momento que planearas esto —contestó sorprendida.

—Quiero estar con mamá. —Asió la mano de Helena—. Es hora de que nos dediquemos tiempo, cariño. Mañana lo haremos oficial en el estudio.

—A mí me parece genial —intervino su mujer—. Lo llevo pidiendo meses. Ya va siendo hora de recoger lo sembrado y disfrutar; todavía somos jóvenes y nos quedan mil cosas por hacer.

Jorge reprimió las lágrimas que le causaron las palabras de su mujer. No tendrían demasiado de ese tiempo que ella le reclamaba hacía mucho, sin embargo, iba a intentar que cada minuto de lo que le quedara de existencia fuera inolvidable.

Brindaron con cava y pasaron la tarde charlando, como solían hacer muchos domingos.

Cris llegó a casa, entre emocionada y también preocupada. Deseaba llevar el mando del negocio, ¡claro!, pero con su padre cerca. Lo sabía todo gracias a él y le daba un cierto repelús estar sola. Ella desconocía la inseguridad, pero por un momento la invadió. Llamó a su marido por enésima vez, sin obtener respuesta. Ni siquiera sabía si ya había embarcado en el vuelo de regreso.

Las niñas estaban tan cansadas que las llevó directamente a dormir. Era costumbre salir de casa de los abuelos con el pijama puesto, ya que se dormían en el coche y después no había forma de despertarlas. De esta manera, se iban a la cama duchadas, cenadas y listas para mecerse en los brazos de Morfeo.

Las acostó, esta vez sin contar un cuento, y se sentó en el sofá con una copa de vino tinto entre

las manos.

«Te echo de menos. En cuanto aterrices, llámame».

Escribió a su marido con la ilusión de recibir una respuesta que no llegó. Se sentía sola en muchos momentos y, aunque entendía que su vida era así y que Raúl no iba a cambiar, le dolía que no estuviera pendiente de ella como años atrás. Sus viajes se habían incrementado, volando mucho más lejos, lo que imposibilitaba una convivencia normal. En otros, en cambio, se sentía como una adolescente con las hormonas en plena ebullición, ya que el sexo era apasionado y fantástico. Raúl solamente se iba a quedar seis días y volvería a volar a miles de quilómetros; otra semana sin él. No tenía fuerzas para estar sola y le quería más presente.

Cris se quedó dormida en el sofá y cuando se despertó, a las dos de la mañana, estaba totalmente despejada. Se dirigió hacia a la cocina y preparó una infusión. Luego, se metió en la fría cama e intentó descansar.

—Hola, mi amor... —Un susurro la despertó a las seis, era Raúl.

—¡Cariño! ¡Qué sorpresa! —Se agarró a su cuello y le besó.

—He adelantado mi vuelo. Necesitaba estar contigo.

Raúl se quitó el traje lentamente y se quedó desnudo frente a ella.

—Ven, tomemos una ducha...

Coge a su mujer de la mano y la lleva al baño de la habitación. Le quita el camisón poco a poco; primero un tirante, luego el otro... El satén cae delicadamente por su piel. La despoja de sus braguitas y la observa con los ojos llenos de fuego. Mete las manos entre los rizos y le sujeta la cabeza; la besa con exigencia y sus carnosos labios se vuelven perversos en contacto con su boca. Gimen... Sus lenguas se entrelazan, se buscan con deseo... Se meten en la ducha y se tocan con ansiedad. El agua resbala por sus cuerpos proporcionándoles placer mientras él le introduce varios dedos en la vagina haciéndole rozar el cielo; con la otra mano pellizca uno de sus pezones erectos. Ella sigue gimiendo y a él le excita que lo haga, está a cien. Le da la vuelta, separa sus piernas y la embiste desde atrás, llegando al orgasmo entre gemidos contenidos a medias...

La lleva a la cama y se estira junto a ella aún con el cuerpo cálido y húmedo.

—Te quiero. —La besa de nuevo—. Voy abajo y preparo el desayuno. Quiero despertar a las niñas por sorpresa y llevarlas al cole. ¿Cenamos juntos esta noche? He reservado en un restaurante que me han recomendado... He conseguido mesa gracias a un contacto; es muy difícil.

—Claro, cariño. Merche se quedará con las niñas, no es un problema. Te quiero todo para mí.

—Descansa unos minutos más.

Cris remoloneó en la cama un rato, pero poco. Se levantó y se secó el cabello. Se maquilló ligeramente y se vistió con un traje de chaqueta gris marengo combinado con una camisa de satén de color fucsia. Estaba espectacular.

—Ya viene mamá, ¡vamos a darle un achuchón! —Raúl se acercó con las niñas para fundirse los cuatro en un abrazo.

—¡Hola, princesas! Vaya sorpresa nos ha dado papi, ¿eh?

—Mami, ¡se me ha caído un diente! —Mía lo llevaba en la mano como si prendiera una joya—. Hoy vendrá el ratoncito, ¿verdad?

—Claro, corazón, y te dejará un regalito. —Cris guiñó el ojo a su marido—. Es tu primer diente, ¡seguro que te traerá un regalo enorme!

—Vamos, chicas, que llegaremos tarde al cole, ¡recojan sus mochilas y formando!

Las niñas estaban rebosantes de felicidad, también Cris. Deseaba poder ver esa escena todos los días, pero no era posible. Es cierto que su marido ganaba mucho dinero, sin embargo, no le compensaba. Tampoco les hacía falta; ella también tenía una buena nómina, sin contar con los

dividendos que le proporcionaba el negocio, que no eran pocos. Vivían de forma muy desahogada. Deseaba poder disfrutar más de esa estampa familiar y si el precio a pagar era tener menos dinero en el banco, no le importaba. Le echaba de menos, mucho, y eso sí que no tenía precio. Los días se le hacían eternos sin él. Compensaba a su vuelta, como el sexo que acababan de tener en la ducha; un sexo un tanto salvaje a veces, romántico en otras ocasiones, pero siempre bueno. Sin embargo, ella estaba en un punto de su vida en el que no solo necesitaba un buen amante... Anhelaba un compañero, un padre presente, un amigo..., alguien con quien hablar por las noches, un ser que le cogiera la mano cuando flaqueara, y eso con Raúl no lo tenía.

Esa mañana, Cris cogió su coche y se dirigió hacia la finca. Se iba a hacer efectivo su nombramiento como nueva directora y ni siquiera lo había podido comentar con Raúl primero. Esperaba poder hacerlo esa misma noche durante la cena. Al menos lo tendría en exclusiva un rato, solo para ella, y sería el momento perfecto para darle la noticia.

El anuncio supuso una sorpresa mayúscula en la bodega. Su padre, sin titubear, la nombró sucesora y le dejó el mando ante los aplausos de todos los trabajadores.

—Yo también quiero hacer un nombramiento, si me permitís —intervino Cris—. Pablo, quiero que codirijas el negocio conmigo. De hecho, quiero que formes parte como socio. Llevamos muchos años trabajando juntos y has demostrado lo que vales. Espero que aceptes.

Los compañeros aplaudieron de nuevo y felicitaron tanto a Cris como a Pablo, que se hallaba un poco abrumado.

—Gracias, Cris. Es un honor para mí.

—El honor es mío. No podría hacerlo sin ti y creo que lo más honesto es que tu nombre luzca junto al mío en el nuevo logo, ¿no te parece?

—Pablo, ¡enhorabuena! —Jorge intervino—. Lo haréis genial, chicos. Es un sueño para mí dejarlo todo en vuestras manos. —Se emocionó visiblemente.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, hija. Es que estoy feliz. Siempre pensamos que acabaríais casándoos y mira, al final será un matrimonio laboral. —Sonrió.

—El mejor de los matrimonios —siguió Pablo—. Nos llevamos muy bien en ese sentido. Quizá, si nos hubiéramos casado, estaríamos como el perro y el gato.

—Eso es cierto. —Cristina se carcajeó—. Somos tan diferentes. A Pablo ni siquiera le gustan las morenas...

Pablo sonrió y dejó que creyera eso. En realidad, ella era su tipo ideal de mujer, en todos los sentidos, sin embargo, ese secreto se lo llevaría a la tumba. Jamás intentaría nada con su amiga mientras siguiera felizmente casada.

—Tenemos que celebrarlo. ¿Por qué no vienes a casa el viernes a cenar? Quiero dar una especie de fiesta. Será algo informal, unos cuantos amigos, algún contacto de Raúl, nada pomposo. Puedes traer una acompañante, por supuesto. —Sonrió conociendo la fama de ligón de su colega.

—Te lo confirmaré mañana —Pablo contestó poco convencido.

Y es que Pablo no aguantaba a Raúl y su presencia le ponía enfermo. Siempre altivo, egocéntrico y creído. Quizá fueran celos, pero no podía tenerlo delante demasiado tiempo sin incomodarse. No obstante, de vez en cuando tenía que verlo, ya que él formaba parte del círculo de amistades de Cris y no tenía por qué no acudir a ciertos eventos solo por el hecho de que estuviera merodeando por allí.

Cris, a media tarde, tenía cita en la peluquería. Quería estar guapa para su marido. No eran muchas las ocasiones en las que salían solos e iba a aprovechar esa cena para intentar recuperar

el tiempo perdido.

Llegó a casa a las seis. No había rastro ni de Raúl ni de las niñas. Miró su teléfono y vio un mensaje: «Las recojo del cole y me llevo a las renacuajas al parque. Nos vemos luego».

Estuvo encantada de poder tomarse un baño relajante mientras escuchaba música junto a la luz de unas velas aromáticas. Disfrutó de ese pequeño momento de tranquilidad.

Llegaron justo cuando se estaba poniendo el albornoz. Suspiró y bajó las escaleras a su encuentro.

—¡Mami! ¡Papá nos ha comprado un globo en forma de corazón! —gritó Mara—. ¡Mira qué chulo!

—¿Os lo habéis pasado bien? —preguntó mientras besaba a Raúl en los labios—. Venga, id a cambiaros y bajad, que ya tenéis la cena casi a punto. Merche ha hecho crema de verduras y libritos.

—¡Yupi! —exclamó Mia—. Vendrá el ratoncito, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Esta noche mientras duermas pasará a dejarte el regalo —contestó Cris ante la cara de asombro de Raúl.

Se acercó a su oído y le susurró...

—Hace días que lo tengo comprado, no te preocupes. Todo controlado. Mamá ratona esperaba este momento hace mucho.

—Estás en todo. Eres una madre estupenda. Tenemos reserva a las nueve, pero si quieres salimos un poco antes y tomamos una copa de cava.

—¡Genial! Siempre que sea del nuestro —bromeó—. Voy a acabar de arreglarme. No tardaré demasiado.

Volvió arriba y observó el vestidor. Tenía mucha ropa, sin embargo, nunca sabía qué ponerse. Finalmente, se decidió por un entallado vestido rojo a media pierna, con escote barco y unos tacones bien altos. Sabía que a Raúl le encantaba que los calzara. Se maquilló con naturalidad, pero con sus labios bien rojos, prácticamente del mismo tono que el vestido.

—¿Nos vamos? —Bajó las escaleras con maestría, calzada con sus tacones de aguja.

—Ya tardamos, cariño. —Raúl la cogió de la cintura y la atrajo hacia él—. ¡Hasta luego, enanas! Merche, no dejes que se vayan muy tarde a la cama, como mucho a las ocho y media.

—Jo, papá..., yo quiero ver los dibujos, porfisssss, me lo merezco, ¡he sido muy buena hoy! —Mara juntó las manos, rogando y, cómo no, haciendo gala de su habitual teatralidad y verborrea impropia de una niña tan pequeña.

—Solo quince minutos, no más... Si no mañana estarás muy cansada, mi amor.

Salieron por la puerta entre risas. Mara era muy artista y sus expresiones eran muy elocuentes para su edad: se notaba la influencia de su hermana mayor, pese a que esta era mucho más tranquila.

Decidieron no coger el coche y llamaron un taxi. Era mucho más prudente, ya que con total seguridad iban a beber alcohol.

—Estás preciosa... —Acarició su cuello—. Te comería aquí mismo... No sabes lo que te he echado de menos.

—Yo también te he añorado, Raúl. Deberíamos pensar en ello. Veo a las niñas bastante afectadas cuando no estás. Están acostumbradas, resignadas, pero necesitan a su padre.

—Desde el ascenso no puedo evitar viajar con esta frecuencia, ya lo sabes. Está implícito en el cargo.

—No necesitamos ese dinero. Tengo que contarte cosas... Esperemos a llegar y te pongo al día.

Una vez en el restaurante pasaron primero por el bar. Le explicó que su padre finalmente dejaba el negocio y todas las novedades de los últimos días.

—Es una gran noticia. ¡Ya era hora!

—Eso supondrá estar más horas fuera de casa y también viajar con asiduidad... ¿Qué haré con las niñas?

—Está Merche y tu madre, que ya sabes está siempre encantada de quedarse con ellas.

—Mis padres ahora quieren viajar. Lo cierto es que puedo trabajar desde casa en algunos momentos, pero, sin duda, iré muy estresada. No creo que fuera un problema para ti cambiar de trabajo; estoy segura de que hay empresas que matarían por tenerte entre sus filas.

—Es complicado. Además, me gusta mi trabajo, Cris.

—Te estás perdiendo muchas cosas, Raúl. La infancia de tus hijas no volverá y son momentos mágicos. Ya sé que en tu posición tendrías que seguir viajando, aunque cambiaras de empresa, es inevitable, pero en algún otro sector quizá no lo tuvieras que hacer tantos días seguidos. He perdido la cuenta de las jornadas que has estado fuera este año.

Raúl frunció el ceño en señal de desagrado.

—¿Qué pasa? ¿Solo es importante tu trabajo? —dijo visiblemente enojado.

—No he dicho eso, cielo, no te enfades.

—Te recuerdo que tu familia me hizo firmar un acuerdo prematrimonial abusivo y que tenemos separación de bienes. Si te encaprichas de otro y me dejas, solamente dispongo de mi sustento.

—¿Por qué dices esas tonterías? ¡Eso nunca va a ocurrir! Es normal que mi padre se preocupe por el futuro de su única hija y quiera protegerla...

—Nunca me han tragado, especialmente él. Es más que obvio. Nunca estaré a la altura de los Monferrat.

—Para mí eres el mejor hombre del mundo. Tienes mucho mérito y deberías estar orgulloso... De la nada a estar en el cuadro directivo una gran multinacional. No lo has tenido fácil, cariño. A mí tu origen no me importa y lo sabes.

—No quiero discutir contigo. Hoy es nuestra noche.

Según le contó cuando se conocieron, Raúl fue adoptado siendo un niño; hijo de una madre soltera que murió joven en un accidente de tráfico. Eso era lo poco que sabía de su madre biológica. Sus padres adoptivos también habían fallecido. No le gustaba hablar de ello y, de hecho, poco más conocía Cris de su pasado, puesto que Raúl era muy reacio a hablar de su infancia. Sabía que tuvo que estudiar y trabajar para salir adelante. De carácter competitivo y ambicioso, tras finalizar la carrera encontró rápidamente trabajo; de un puesto saltó a otros por méritos propios y con treinta y seis ya era un alto directivo en una de las mejores empresas de su sector. Su expediente era intachable y Cristina tenía razón: se lo hubieran rifado en cualquier otra sociedad, sin lugar a duda. Quizá lo más negativo de su carácter era esa extremada fijación por tenerlo todo: un par de buenos coches, motos, trajes caros... Para Cristina, pese a que se había criado en una de las mejores familias de la ciudad, eso era secundario. Solo quería ser feliz y disfrutar de su matrimonio y de las niñas.

—He pedido a Pablo que entre en el cuadro directivo —soltó en un momento de la cena—. Me ayudará a dirigir la finca.

—¿Pablo? ¿Tu ex? No creo que sea la mejor idea.

—Eso pasó hace mil años. Ya sabes que somos amigos desde la infancia y conoce el negocio tanto como yo, por no hablar de su implicación en todos los proyectos.

—Cris, eres muy ingenua. A veces pareces una niña tonta. ¿Acaso no te das cuenta de cómo te mira? Te come con los ojos —contestó visiblemente irritado.

Raúl, a cada palabra, incrementaba su enfadado; intentó mantener el control sin perder los nervios, pero el sudor aperlado de su frente le delataba.

—¡No digas pamplinas! Pablo es como un hermano para mí y sé que él siente lo mismo.

Cristina achacó a los celos los comentarios de su marido. Demasiadas jornadas fuera de casa en las que las horas muertas en los aeropuertos hacen ver fantasmas donde no los hay. Estaba convencida de ello.

Raúl continuó la cena algo atormentado por la conversación con Cris. No le caía bien Pablo y no le gustaba que trabajara tan cerca de ella. Quizá sí estaba celoso.

—Si yo tuviera celos de todo lo que te rodea y después de lo que pasó..., no viviría. — Cristina zanjó el tema y Raúl no quiso seguir por ese camino tampoco, pues no le favorecía—. Vamos a disfrutar de la cena, volvemos a casa y me haces el amor...

Raúl miró a Cristina y cogió su mano desde el otro extremo de la mesa.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Raúl.

Capítulo 5

Pasó la semana, llegó el viernes y, con ello, la fiesta en casa de los Romero-Monferrat. Finalmente, Pablo decidió acudir y lo hizo con una amiga con la que llevaba saliendo unas semanas, pero que no era nada serio, muy a pesar de ella, que estaba colada por él.

No eran más de quince invitados y encajaron de forma perfecta en el comedor principal. Para no cargar demasiado a Merche, la Tata, encargaron un *catering* externo con el servicio a mesa incluido.

Cris llevaba un vestido largo de color púrpura, con tirantes asimétricos, que destacaba su cabello oscuro. Presidía la mesa junto a su marido, que se sentía feliz de tener a algunos de sus colegas por primera vez en casa.

—Tu mujer es un encanto —dijo Anne Heinz, directora del área nórdica de su empresa—. ¿Dónde la tenías escondida?

—Gracias, lo es. No le gusta demasiado exponerse, prefiere estar en un segundo plano.

—En la próxima escapada corporativa, la traes.

—Ya sabéis que soy muy reservado en lo que respecta a temas personales.

Solían hacer una escapada al año, normalmente de un fin de semana, en donde los ejecutivos se encontraban cada vez en una ciudad distinta de Europa, pero Raúl nunca la llevaba, decía que era un rollo infumable y que prefería ahorrarse el mal trago.

Raúl y Cris fueron los perfectos anfitriones de la fiesta. Cuando la cena tocaba ya hacia su final, él no pudo resistir ir al encuentro de Pablo, que aceptó el segundo plano de buen grado.

—¡Enhorabuena! —Le estrechó la mano, felicitándolo.

—Gracias, Raúl. Me siento muy honrado con la propuesta.

—No disimules. —Se acercó a su oído sin dejar de sonreír, disfrazando así su verdadera intención—. Hace mucho que lo vas buscando..., siempre con esa cara de no haber roto un plato..., te estoy vigilando. Si tocas a mi mujer, te mato.

Pablo respiró hondo, soltó su mano de un movimiento brusco y no contestó a tal provocación. Llamó a su acompañante, se despidieron de Cris discretamente y se marcharon. No quiso responder, no podía articular palabra, porque lo que realmente quería y deseaba era desenmascarar a Raúl Romero.

No le gustaba su actitud chulesca, tampoco cómo manipulaba a Cristina, saliéndose siempre con la suya. Ella solía confiarle secretos y comentarios que sin duda le haces a un buen amigo y no, no deseaba esa vida para ella. Cris merecía lo mejor... Sabía que él tenía otra cara y sospechaba que otros propósitos, pero ella estaba tan ciega que resultaba imposible siquiera insinuar nada negativo sobre él...

Raúl fue la apuesta personal de Cristina, y con todo en contra, consiguió que sus padres aceptaran esa boda. Con una relación de apenas un año nadie apostaba por ellos, pues Raúl descendía de una familia de clase modesta, aunque no apurada. Los padres de Cristina tenían grandes planes para ella; desearon que se casara con Pablo, sin embargo, esa posibilidad se esfumó al marcharse él lejos a estudiar, para luego casarse con otra mujer. Cris no tuvo muchos novios, no obstante, cuando conoció a Raúl cayó rendida a sus pies. Todo ocurrió durante una barbacoa que organizaba una de sus mejores amigas, Miriam. Algunos de sus excompañeros de la facultad fueron invitados y, entre ellos, Raúl, con su novia del momento. Se atrajeron de forma

inmediata, como un imán... Se miraron en muchas ocasiones y se escapó algún que otro roce que traspasaba el límite de la decencia. Tras ese día, se intercambiaron los teléfonos y se fueron acercando cada vez más.

A las pocas semanas, él ya había dejado a su pareja e iniciaban un tórrido romance, el cual no se sabía muy bien a dónde los llevaría. En un principio fueron presa de la pasión y el sexo: era su día a día. Poco a poco, los sentimientos convirtieron esa relación en algo más serio, transportándolos a lo más alto y convirtiéndose en inseparables. El precipitado embarazo de su primera hija, Mia, aceleró los planes de boda, aunque sin duda lo hubieran hecho igualmente, con más calma.

Los Monferrat tuvieron que aceptarlo, pese a su desagrado. No estaban conformes, siempre vieron en ese hombre algo oscuro que no les convencía, pero su hija no estaba dispuesta a recular ni a renunciar a él. Incluso Jorge decidió investigar al tal Raúl Romero, pues bien poco se sabía de su vida: apenas sin familia y con un grupo reducido de amigos que conoció en la universidad. No obtuvo demasiadas respuestas, más que fue dado en adopción de niño yendo a parar una familia sencilla, sin comodidades excesivas, aunque sin carencias. Le preocupaba mucho que pudiera acercarse a su hija por interés: Cristina era la heredera de bastantes millones de euros en propiedades, por no hablar del negocio en sí, y eso la podía hacer más apetecible a ojos de terceros. Era consciente de que Cris era una mujer atractiva, además de inteligente, culta y una gran conversadora, y podía gustar a muchos hombres, pero sentía miedo, un terror inenarrable a que le hicieran daño. Quiso protegerla a toda costa, como haría cualquier padre en su situación. El detective no encontró nada reprochable de su pasado, simplemente no existía demasiada información, lo que resultaba extraño de por sí. El caso es que el chico que se iba a casar con su hija tenía un expediente académico intachable y, aunque no aportaba nada material al matrimonio, estaba escalando puestos dentro de la organización en la que trabajaba y tenía un futuro, al parecer más que brillante, dadas sus dotes de mando y su ambición. Jorge no consideraba que la ambición en pequeñas dosis fuera algo negativo, no obstante, sí se te puede escapar de las manos si es desmedida. Por esa razón le puso como condiciones para la boda dos cosas: la firma de un contrato prematrimonial y la separación de bienes.

A Jorge le molestaba que Cris no fuera capaz de llevarle la contraria en muchos momentos, o que él planeara sus vidas milimétricamente; incluso vio cómo ella reducía sus salidas semanales con sus amigas hasta casi desaparecer y tenía claro que era por él. Su vida social fuera de la pareja se convirtió en inexistente tras nacer Mia. Sin embargo, ella parecía feliz, aunque no conforme con los constantes viajes de Raúl. Lo tenía asumido, aun así, cada vez lo llevaba peor y de eso Jorge era conocedor, pues la había oído quejarse en multitud de ocasiones, especialmente en días señalados.

Su yerno intentó mantener una conversación con él, tras la marcha de Pablo.

—Jorge, estaré hasta el domingo por la mañana, ¿quieres que juguemos mañana al tenis?

—No puedo, lo siento, Raúl.

—En otra ocasión.

—Así será.

Era cierto que no podía aceptar esa invitación, pues debía solventar unos temas burocráticos de forma rápida, ya que sabía que el reloj iba en su contra y lo que menos deseaba era que su familia tuviera problemas.

La fiesta terminó y los invitados poco a poco se fueron marchando. Raúl estaba mosqueado y no sabía muy bien por qué, quizá era algo de paranoia. Cuando algo le daba mala espina se agriaba. Cris no se había percatado de lo que había ocurrido con Pablo, aun así, le notó el

disgusto en la cara y ella sabía cómo hacer que se le pasara.

Raúl se sentó en el sofá del salón.

—Vete a la cama tranquila, es tarde. Yo tardaré aún un rato —indicó mientras encendía la televisión.

—No estoy tan cansada como mis marcadas ojeras dan a entender —Cris contestó un tanto desanimada—. ¿De verdad no quieres subir conmigo?

Cris se apoyó en la pared, se soltó el cabello que dejó caer sobre sus hombros y, con un gesto delicado, subió ligeramente la falda de su vestido, dejando a la vista su insinuante lencería nueva. Deslizó por el hombro el único tirante de su vestido y se tocó un pecho...

—Qué pena que tenga que pasar este rato sola..., con lo caliente que estoy...

Raúl sonrió a medias y se humedeció los labios. Sintió cómo su entrepierna cogía vida y el enfado comenzó a disiparse. Se levantó y fue hacia ella.

—¿Quieres que te folle aquí mismo?

—Sí... —susurró.

Le arrancó el vestido y se bajó los pantalones; ella le rasgó la cara camisa y le observó.

—Eres tan jodidamente guapo...

Raúl metió su mano entre sus piernas y palpó la notable humedad de Cristina.

—Sí que estás caliente, sí...

Ella se arrodilló y tomó entre sus manos el sexo de Raúl, completamente excitado...

—Para, nena...

Se levantó de nuevo y siguió masajeándolo con la mano. Él se apoderó de su clítoris, donde empezó a dibujar círculos con los dedos y a punto estuvo de llevarla el zenit; se arqueó ante aquel dolor placentero...

—Vamos al sofá... —insinuó Raúl viendo que ambos estaban deseando explotar.

La tumbó, pero ella se incorporó.

—Déjame llevarte al clímax...

Se subió a horcajadas sobre él. Su miembro estaba duro, esperándola..., deseando que ella se insertara en él.

Cris pellizcó sus pezones para luego lamerlos; estaban duros como rocas. Tomó sus muñecas con ambas manos y las llevó hacia atrás, situándolas sobre su cabeza.

—Nena... —Raúl gemía—, me voy a correr...

—No todavía...

Fue entrando y saliendo de él con un ritmo pausado al principio, para acelerarlo poco después... Ambos estallaron en un intenso orgasmo.

Ella se recostó junto a su pecho.

—No te vayas, cariño...

—Aún nos queda un día, cielo... Vamos a aprovecharlo.

Cris sabía que era imposible impedir que se marchara de nuevo. Lo llevaba cada vez peor y no solo no se hacía a la idea, sino que cada vez que lo veía salir por la puerta con su equipaje no podía evitar sentir un horrible sentimiento de vacío. Un enorme y profundo agujero negro se apoderaba de su estómago. Le dolía..., le invadía una inmensa soledad, pues le faltaba su mitad para sentirse completa.

Capítulo 6

Raúl, ese sábado, había encargado a Merche que llevara un par de trajes al tinte. Cris debía pasar por el centro, cerca de la tintorería, y se ofreció a ser ella misma la que acercara las prendas. Merche lo agradeció sobremanera, pues era una tarea que le quitaba un tiempo precioso para otro tipo de quehaceres.

Raúl llevaba a las niñas a desayunar y al parque mientras su mujer se dedicaba esa mañana a los recados acumulados durante la semana.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones para comprobar si contenían algo... No era la primera vez que él perdía algún documento; incluso en una ocasión, una memoria USB con importante información que se iba al traste por sus descuidos. Revisó todos los huecos posibles y encontró unos papeles, en concreto tres entradas de unos días antes para un musical infantil en Madrid. Le chocó. Se suponía que su marido había estado en Dubái toda la semana habiendo volado directamente desde Barcelona. Tres... Un número extraño; «él viaja solo». Su cabeza empezó a darle vueltas al asunto y no le gustó nada lo que por allí pasaba.

Recordó la terrible crisis que tuvieron unos años atrás, cuando Raúl le fue infiel y ella lo pilló de la forma más tonta. Aunque él lo negó en un primer momento, no le quedó más remedio que reconocerlo ante las pruebas que Cris tenía en su poder: dejó su sesión de correo abierta en el ordenador y un mensaje indiscreto le delató. No dejaba lugar a dudas, su amante le citaba y él respondía en un lenguaje bastante coloquial, que aceptaba y que deseaba que llegara el momento. No solía inmiscuirse ni revisar en sus cosas, sin embargo, el asunto de ese correo llamó poderosamente su atención: te deseo. Esas dos palabras se le clavaron en el corazón como fríos cuchillos. Pensó, además, que debía ser idiota por ser tan descuidado.

Cris llevó su dolor en silencio, no lo comentó con nadie, ni siquiera con su mejor amiga, con la que luchaba por no distanciarse, aunque cada vez se veían menos. Tardó semanas en perdonarle y, de hecho, estuvo a punto de dejarle. Mara, la pequeña, acababa de nacer y ella se sentía muy vulnerable tras el parto. No fue un embarazo tranquilo, no disfrutó de la experiencia como la primera vez con Mia, donde cada segundo supuso una bonita experiencia. En esta ocasión tuvo que hacer reposo durante unos cuantos meses y se sintió culpable, pues les prohibieron realizar el acto sexual, entre otros muchos vetos. Raúl dijo que su amante no era del entorno de Cris; insistió en que no había significado nada para él y que tan solo había sido sexo, sin ningún tipo de sentimiento que no fuera más que una mera atracción animal y que solo la amaba a ella. Lo intentó todo para que se olvidara de ese asunto, pero seguía estando latente y mucho más cuando encontraba algún un motivo para desconfiar de él. En este caso, el descubrir las entradas para un espectáculo en un lugar donde se supone que él no había estado ni debía estar le hizo saltar las todas las alarmas. ¿Estaba Raúl engañándola de nuevo?

Salió de casa y, tal y como estaba previsto, dejó los trajes en el tinte y se dirigió hacia el Parc de la Ciutadella. Necesitaba respirar y pensar... Ante todo, no quería derramar ni una sola lágrima con sus hijas presentes. Debía pensar en qué hacer. Volvió a casa con la idea de observar de cerca su comportamiento. Estaba malhumorada y triste, una mezcla de sentimientos que ya conocía para su desgracia. No se sentía con fuerzas para enfrentarse de nuevo a la misma situación que un tiempo atrás casi los lleva a la separación.

Llegó Raúl a casa, pero ella calló. No quiso sacar el tema a relucir, aunque tenía claro que iba a averiguar qué narices estaba pasando.

—¿Has podido hacer todos los recados? —Se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla —. ¡Las niñas se lo han pasado en grande!

—Sí, pude hacerlo todo.

—Estás muy seria, ¿te pasa algo? —Raúl miraba sorprendido a su mujer. La conocía perfectamente como para saber que algo le preocupaba.

—Me duele la cabeza... Tengo migraña. Comemos y me echo un rato en la cama. —Cris reprimió las lágrimas.

—¡Vaya! Yo que quería salir esta tarde con vosotras a merendar...

—A ver si se me pasa.

Comieron. Ella permaneció muda durante casi toda la comida. No tenía ganas de hablar, solo de llorar. Se estiró un rato en la cama y Mía la despertó a la cinco.

—Mami, ¿estás mejor? —Se echó junto a ella en la enorme cama y le acarició el rostro. Cris no pudo evitar que una lágrima le resbalara por el rostro.

—Estoy mejor, cariño. Me ducho, me pongo guapa y salimos, ¿vale, corazón?

—Mami, si lloras es que te duele mucho...

—Enseguida se me pasa, mi amor.

La niña bajó por las escaleras gritando.

—¡Mami viene!

Raúl ayudó a las niñas a vestirse y a las seis salieron en dirección al centro comercial para merendar y luego ir al parque. Empezó a refrescar y no pudieron quedarse durante mucho rato.

—¿Cenamos fuera? Si estás mejor, claro.

—Como quieras. ¿Ya lo tienes todo preparado para mañana? ¿Esta vez cuántos días te vas?

—Lo tengo todo listo. Volveré el domingo por la noche. Una semana... El simposio es muy largo.

—Ya... —respondió poco convencida.

—Pareces enfadada.

—Estoy triste.

—Pasaré rápido.

Raúl no imaginaba que la tristeza de su mujer no era causada solo por la inminente separación. Navegaba de nuevo entre las dudas de su fidelidad.

Cogió su mano y la apretó fuerte.

—Te quiero —dijo mirándola a los ojos. A ella se le anegaron de lágrimas.

Raúl se marchaba por la mañana, pronto. Las niñas todavía dormían. Cris se levantó y lo acompañó a la puerta, donde le esperaba el taxi que lo llevaría al aeropuerto.

—Que tengas un buen viaje. Llámame cuando llegues.

—Claro, cariño. Descuida...

Se besaron y Raúl subió al taxi sonriendo y lanzándole otro beso desde el interior del coche.

Cristina volvió a casa, cerró la puerta y se apoyó en ella. Bajó la mirada al suelo, suspiró y empezó a llorar con desconsuelo.

Al rato cogió el teléfono y llamó a Juan Vicens.

—¿Diga? —Juan contestó con voz de recién levantado.

—Soy Cristina Monferrat. Juan, te pido disculpas, sé que es domingo y muy pronto.

—No pasa nada, Cristina. ¿Va todo bien?

—Necesito que investigues a Raúl —lo dijo sin preámbulos ni dulzuras añadidas—: creo que me está engañando.

Juan, investigador privado y amigo de la familia, se quedó pasmado.

—¿Estás segura?

—No, por eso acudo a ti. Juan, creo que me la está pegando con otra. Le he pillado varias mentiras en los últimos meses y he descubierto que hace unos días no estaba donde debía estar. No quiero volver a pasar por esto.

—Cris, si investigo quizá encuentre cosas que no sean de tu agrado. Confirma que quieres que lo haga.

—Sí. ¡Hazlo! Te pasaré información por correo electrónico de su agenda para esta semana. Acaba de marcharse al aeropuerto, supuestamente se va a Abu Dhabi, a un simposio.

—De acuerdo. Necesitaré unos cuantos días. Estamos en contacto.

—Te pido la máxima discreción, aunque sé que no es necesario que lo haga. Mis padres no saben nada.

—¡Por supuesto! No hace falta que me lo digas.

Colgó y volvió a la cama. No quería dormir, simplemente echarse la manta por la cabeza y cerrar los ojos para olvidar todas las barbaridades que se le pasaban por la imaginación.

Tenía claro que, si la estaba engañando, no habría más oportunidades.

Capítulo 7

Jorge pasó por la finca pronto, de buena mañana. Cris llegó a los pocos minutos y se encontró con su padre y Pablo en la sala de juntas.

La transición debía ser rápida. Jorge quería salir de viaje con Helena y olvidarse de una vez por todas del trabajo. El tiempo corría en su contra y cada vez se sentía con menos energía.

—Pues bueno, no debería de haber ningún problema, pero ya sabéis que siempre me encontraréis al otro lado del teléfono. —Jorge entregó a su hija varias carpetas llenas de documentos y sonrió.

—¿Por qué tanta premura, papá? Te conozco y no es propio de ti, aunque si es lo que deseas...

—Hija, lo hemos hablado mil veces. Estás preparada y Pablo ha aceptado ser tu mano derecha. No veo ningún problema.

En ese justo instante, Jorge se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana..., se tambaleó y cayó al suelo, mareado.

—¡Papá! ¡Llamad a una ambulancia!

A los pocos segundos recobró la conciencia...

—Estoy bien —susurró—. Tengo la tensión un poco baja y...

—Ahora mismo vamos a urgencias. Jorge —Pablo intervino—, esto nunca te había ocurrido.

—No es necesario, de verdad —dijo casi suplicando.

—Estoy preocupada... Vamos al médico y que te hagan un chequeo. Papá, estás muy raro y sé que algo te pasa.

—¡No pienso ir! —alzó la voz.

—¿Puedes decirme qué ocurre? —Cristina estaba muy nerviosa—. Papá, ¿hay algo que no sepamos? ¿Ha vuelto?

No era tonta. Ni la actitud ni el estado de salud de su padre eran normales.

—Sentémonos. Pablo, quédate, por favor.

—¿Qué te ocurre? —Cris cogió a su padre de la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía miedo de oírlo.

—No puedes decir nada a mamá. Cariño, ¿me lo prometes?

Cris asintió.

—El cáncer ha vuelto —Cris se echó las manos a la cara intentando no escuchar lo que su padre le estaba intentando decir— en la peor de sus formas. No tiene solución, hija.

—¿Cómo que no tiene solución? ¿Algo se podrá hacer! ¿Quimioterapia? ¿Radioterapia?

—Jorge, seguro que hay algún tratamiento —Pablo intervino—. ¿Qué pronóstico te han dado?

—Seis meses con quimio, dos sin ella. Antes de que digáis nada he decidido no hacerlo —siguió de forma firme y con entereza—. No quiero pasarme los últimos días de mi vida en un hospital. Espero que podáis entenderlo.

—¡Papá!

Cris se abrazó a él llorando desconsolada al oír que su padre, de forma irremediable, se estaba muriendo. Permanecieron así largo rato. Ambos lloraron. Pablo decidió dejarlos solos en ese delicado momento.

—Prométeme que no le dirás nada a mamá. Se lo contaré yo, cuando llegue el momento... Quiero disfrutar de un buen viaje con ella sin que piense que me muero.

—Es tu decisión, papá... ¿Y quién me ayuda a mí? No entiendo por qué no quieres tratarte... Los milagros existen y los médicos a veces se equivocan.

—Cielo..., no existe tratamiento que me cure, solo alargaría mi vida de mala manera y, créeme, no vale la pena. Prefiero morir con dignidad.

—Te entiendo, papá... ¡pero es que me niego a perderte! —Cris seguía abrazada—. Quiero que busques una segunda opinión.

—Me ha visto Carlos que, como sabes, es uno de mis mejores amigos. ¿Acaso no crees que le habrá dado mil vueltas al asunto? Si él cree que es así, es porque es así y no hay nada que hacer. No confío en nadie más. Cris, cariño, todo tiene su fin y no me da miedo la muerte. Después del primer cáncer, lo que he poseído de vida ha sido un regalo impagable y no quiero volver a pasar por interminables sesiones de quimio que lo único que harán será debilitarme y sí, quizá, robarle algunas semanas a la muerte, pero ¿en qué estado? Lo único que me aterra es que os sintáis pérdidas o tristes, aunque sé que de alguna manera seguiré conectado a vosotras. Desde donde esté estaré cerca. Cielo...

—Papá, ¡te mueres! ¡Me siento impotente! —gritó con odio hacia la enfermedad—. No podré hacerlo sin ti...

Permanecieron abrazados largo rato, tanto que perdieron la noción del tiempo. Lloraron. Se miraban a los ojos y no podían evitar que las lágrimas afloraran. Ambos sabían que el fin estaba cerca y a Cristina se le cayó el mundo encima.

—Es importante que afrontemos el destino como viene. Cris, yo al menos me puedo despedir... Hay personas que mueren fulminados por un infarto y no pueden decir adiós. Creo que en el fondo soy un privilegiado.

—Papá..., es que no quiero siquiera pensarlo... Las niñas... son muy pequeñas aún. Va a ser muy duro para ellas...

—Los niños siempre asimilan mejor las pérdidas que los adultos. Recuerdo cuando murió Dani. Cuando te dijimos lo que había ocurrido fuiste la que más entereza demostraste. Una noche saliste al jardín, me cogiste la mano y me dijiste: «¿Ves esa estrella? Esa que brilla tanto... es Dani».

—Era muy pequeña..., no sabía lo que la muerte representaba.

—¿Y qué es la muerte más que otra etapa de la vida, hija? Le damos demasiadas vueltas. Soy católico, aunque no vaya mucho a la iglesia, y ya tengo ganas de volver a ver a Daniel, reencontrarme con él.

Cris pensó en sus hijas... Si a alguna le pasara algo sería incapaz de seguir. Admiraba la entereza de su padre ante la enfermedad y las consecuencias que tendría a muy corto plazo.

—Mamá... —pensó en lo difícil que iba a ser para ella—. Tienes que contárselo, no es justo.

—Lo haré. A la vuelta del viaje. Será como nuestra despedida. Cristina, hija, he sido y soy tan feliz... No sabes lo que me llevo... No todo el mundo puede decir lo mismo. Te quiero con todo mi corazón desde el día en que supe que mamá estaba embarazada. Te quiero pedir un favor, cariño...

—Lo que necesites, papi.

—Llegado el momento no quiero que alarguen mi vida de forma innecesaria. Quiero que Pablo y tú firméis como testigos en mi «consentimiento vital»; en otras palabras, que cuando sea la hora me dejen marchar sin prolongar mi vida de forma artificial.

Le besó en la frente. No hizo falta decir que sí. Cris adoraba a su padre, tanto como a su madre, y empezó a encajar momentáneamente el dolor. Quiso pensar que la vida les regalaba unas semanas para vivir en familia y disfrutar de muchos momentos juntos, aunque la sombría muerte

con su afilada guadaña aguardara cerca.

Esa noche Raúl llamó. No quiso decirle nada sobre la enfermedad de su padre y el inmediato desenlace. No tenía ganas de hablar con él de eso, ni de lo otro tampoco. Fue una llamada corta y extraña, y ambos intentaron que acabara rápido.

Cris cogió el teléfono y marcó el número de Pablo.

—¿Tienes algún plan esta noche? —preguntó.

—Iba a ver una serie de esas de moda, nada importante.

—Necesito salir y beber un par de copas con un buen amigo, ¿te apetece?

Pablo accedió de inmediato. Conocía a Cristina demasiado bien y estaba convencido de que la noticia que su padre les había dado la estaba destrozando y necesitaba una mano amiga y un hombro sobre el que llorar. Se conformaba con eso, con ser su amigo y confidente.

Cris dejó a las niñas acostadas al cuidado de Merche.

Apareció antes de la hora en el bar en donde habían quedado. Allí podían picar algo, beber y hablar con total tranquilidad. Era un lugar que habían frecuentado miles de veces durante su adolescencia y juventud. Pablo recordó que, sentados junto a aquella misma mesa, se habían dado su primer beso hacía ya muchos años.

La vio entrar por la puerta con semblante serio pero bella, como siempre.

—Perdona, llego tarde; mucho tráfico.

—Nada que perdonar, no hace mucho que estoy aquí —mintió.

—¿Qué te apetece beber? Por lo pronto tomemos una copa de cava mientras decidimos qué cenar; porque picaremos algo, ¿no? No sé el qué, pero algo pediré... —Cristina hablaba un poco aturullada, atropellándose. Tenía muchas cosas que explicar y deseaba decirlo todo de golpe, sin orden lógico alguno.

—Dos copas de cava rosado. —Pablo se dirigió al camarero—. Y tráenos la carta de tapas, si eres tan amable.

El camarero tomó nota rápidamente y desapareció.

Cristina se dio cuenta de que hablaba demasiado rápido y respiró profundamente para intentar tranquilizarse.

—Estoy fatal, Pablo. No sé cómo no lo he visto venir... Me había dado señales, pero nunca pensé que sería tan grave...

—Lo siento muchísimo, Cris. Ya sabes que Jorge es como un padre para mí.

—Y tú eres como un hijo para él. Sé que te adora.

—Nos conocemos desde hace tantos años... Mi padre y él eran como hermanos.

—Tu padre era un encanto. —Cris se puso nostálgica—. ¡Maldito cáncer de mierda!

—Creo que Jorge hace lo correcto. Mi padre murió en el hospital después de dejarse la vida con la quimioterapia y sabiendo de antemano que las sesiones no iban a servir para nada. Cada vez que le acompañaba a una sesión salía con menos fuerzas; un simple resfriado significaba un ingreso. Fue horrible.

—Lo sé. Respeto la decisión de mi padre... ¿Cómo se supera esto, Pablo? No puedo imaginarme la vida sin él. Sé que es ley de vida y todo eso que se dice, pero, dime, ¿cómo voy a seguir adelante cuando él se vaya?

—Tienes a tu madre, a tus hijas y a Raúl. Lo harás por ellos. Hay que seguir adelante por ellos y por ti. Es lo que tu padre querría.

Cris torció el gesto cuando mencionó el nombre de su marido.

—¿Va todo bien por casa? —Pablo preguntó al ver su cara de disgusto y sus ojos cristalizados.

—Sí, todo bien, como siempre —mintió—. Es solo que Raúl nunca está presente, ni cuando más lo necesito... Estoy cansada de tirar sola del carro.

—No sé qué decirte. —Pablo desvió la mirada evitando fijarla en sus ojos.

—Hoy ha llamado y no le he contado nada sobre lo de mi padre; no tenía ganas de hablar con él de eso.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras...

—Eres mi mejor amigo y lo demuestras a diario. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Pablo forzó una sonrisa y contuvo la tristeza al verse en la zona de amigos una vez más, cuando lo que él deseaba era rozar suavemente con la yema de sus dedos ese esbelto cuello, besarla en la boca hasta fundirse en uno solo, acariciar sus pechos y seguir la ruta de sus interminables piernas.

Cenaron y se pidieron unos gin-tonic; refrescaba, pero salieron a la terraza y el camarero, al pensar que eran pareja, les facilitó una manta para que se taparan juntos.

—Se ha pensado que somos una parejita... Quizá hasta pegamos y todo —bromeo Cris, ya un poco achispada, ante el silencio de Pablo.

—Creo que es el momento de irse a casa. Mañana será un día intenso y, además, tengo una reunión a primera hora. —Pablo puso una excusa para acabar con la velada antes de consumir las locuras que le pasaban por la cabeza.

—Perfecto. ¿Me acercas? Vine en taxi.

—¡Claro!

La dejó en su casa. Iba un poco perjudicada, ya que había bebido bastante, y era comprensible dadas las circunstancias.

—¿Quieres tomar una última copa? —Lo invitó a pasar.

—Mejor que no, Cris. Pero te acompaño arriba y te ayudo a meterte en la cama.

—He bebido demasiado... ¡Qué vergüenza! —Cris se lamentó arrastrando las palabras—. No quiero que me vea Merche, ¡ni las niñas!

Pablo la acompañó arriba y le quitó los zapatos. No quiso despojarla del tejanos ni de la camisa; tan solo le desabrochó el botón del pantalón para que durmiera más cómoda.

—Nos vemos mañana, Cris.

Cris no respondió. Cayó en un profundo sueño en cuanto su cuerpo rozó el colchón. Pablo la miró desde el quicio de la puerta y susurró:

—Te quiero...

Capítulo 8

El sonido del teléfono despertó a Cris en medio de la noche.

—¿Diga?

Solo obtuvo silencio, aunque notó a alguien respirar de forma agitada al otro lado.

—Ya está bien, ¿quién es y qué quiere?

Era el tercer día en que la despertaban a la misma hora. Nadie contestaba al otro lado. No eran horas para bromas y Cristina estaba bastante mosqueada.

—No llame más, ¿de acuerdo? ¡Deje de molestarme!

Intentó visualizar en la pantalla el número de teléfono, sin embargo, se utilizó uno oculto. Colgó.

Pensó que era imposible que fuera casualidad. ¿Tres noches seguidas y prácticamente a la misma hora? Imposible. Llamaban y nadie respondía, no era una equivocación al azar. No tenía enemigos, o al menos ella lo creía así. La única solución era desconectar el teléfono mientras dormía para no sobresaltarse, pues no había ningún delito que denunciar. Nadie la amenazaba, pero estaba harta de que la asustaran. Creyó que sería una buena idea comentárselo a Juan Vicens si seguían molestándola.

Cris acompañó a sus padres al aeropuerto para despedirlos. Iban a estar varias semanas de viaje visitando diferentes países.

—¡Pasadlo bien y no os preocupéis por nada!

—Estate tranquila, cielo.

—¡No os olvidéis de traerme un recuerdo de cada lugar en el que paréis!

Se fundió en un abrazo con su madre y luego con otro más intenso con su padre.

—Hija, ¡ni que no fuéramos a volver! —dijo la madre ante la efusión un poco fuera de tono de Cris, a su entender.

Se despidieron antes de traspasar el control policial del aeropuerto de El Prat. Ya lejos, Jorge se giró y le mandó un beso a su hija mientras a Cris se le cristalizaban los ojos.

Era viernes, lo que suponía que quedaban todavía dos días para que Raúl regresara a casa, pero Cris no tenía claro si quería que volviera o no... Por una parte, necesitaba mirarle a los ojos y preguntarle qué es lo que estaba pasando, pero por otro, estaba aterrada de lo que pudiera descubrir.

Juan Vicens todavía no se había puesto en contacto con ella y tampoco estaba segura de si estaba preparada para oír lo que ya imaginaba. No era tan tonta como para figurarse otra cosa.

Esa tarde llevó a las niñas a una fiesta de cumpleaños de unas compañeras de clase, y cuando volvieron a casa se sintió de nuevo cansada y triste. No quería seguir así... No se merecía lo que le estaba ocurriendo. Cerró los ojos como no queriendo admitir lo que con total seguridad creía que ocurría, pues era obvio que Raúl mentía. Suspiró profundamente para evitar llorar delante de sus pequeñas.

Mientras las niñas cenaban con Merche, se preparó un baño relajante acompañado de música suave y unas velas aromáticas, sus preferidas, de jazmín; se sirvió una copa de un blanco afrutado del que estaba muy orgullosa e intentó relajar su entumecido cuerpo. Acabó justo en el momento

de acompañar a sus adoradas hijas a la cama.

—¿Cuándo vuelve papi? —Mara miró a su madre con ojos tristes—. ¿Por qué no vive aquí todos los días como otros papás?

—Papá tiene que viajar mucho, cielo.

—No ha venido nunca a ver cómo hago ballet —intervino Mia, la mayor—. Todos los papis van, menos el mío...

—Seguro que irá a la próxima función. Papá os quiere mucho.

—Yo también le quiero mucho, pero a ti más, mami —dijo la pequeña colgada de su cuello.

Las acostó e intentó tranquilizarlas contándoles el cuento que seguían pidiendo noche tras noche, sin importar que ya lo hubiera explicado mil veces.

Cris estaba cansada, sin embargo, no tenía sueño. Se dirigió al despacho y conectó el ordenador. Por primera vez en todos esos años se dispuso a investigar acerca de la empresa donde trabajaba su marido. No halló demasiados datos que clarificaran sus sospechas, aunque le sorprendió que cuatro años atrás la sede social se trasladara a Madrid dejando solo una oficina comercial en Barcelona. Se extrañó de que Raúl no lo hubiera mencionado nunca. Él formaba parte del cuadro directivo, no tenía precisamente un cargo bajo y se suponía que su despacho se encontraba en la Ciudad Condal. También era posible que ese cambio de dirección de la sede principal se tratara de un mero trámite administrativo. En cualquier caso, Raúl pasaba muy poco tiempo en su despacho, con lo cual quizá tampoco fuera tan importante dónde estuviera la oficina principal de la empresa. Aun así, le fastidiaba que él fuera tan hermético cuando se trataba de hablar de su trabajo.

Cotilleó la página de su marido de una famosa red social. Sus amistades... casi todas en común, salvo unas pocas que debían ser contactos del trabajo; algunas fotos un poco antiguas. Nada fuera de lo normal... Eso sí, todo muy privatizado y con pocos detalles. Tampoco le chocó demasiado, dado el carácter reservado de su marido.

Cerró el ordenador de un golpe. «Pero ¿qué estoy haciendo?». Murmulló sabiendo que quizá se estaba pasando de rosca inmiscuyéndose en su parcela íntima. Cristina, entonces, decidió intentar no hacerse mala sangre hasta que Vicens le informara de sus hallazgos, si los había, pero se fue a la cama dándole vueltas a la cabeza y recomida por los celos.

Esa semana había sido de las más duras de su vida. No se quitaba tampoco del pensamiento que los días de vida restantes de su padre entraban en cuenta regresiva... y Raúl, su marido, como mínimo no era del todo sincero. No quería explicarle lo de su padre. No todavía. Lo principal era saber a qué juego estaba jugando y después ya se vería.

Despertó con una llamada de Raúl.

—Nena, ¿cómo estás?

—Bien... ¿A qué hora llegas mañana?

—De eso quería hablarte. No podré volver como tenía previsto, pues unos clientes quieren que me pase por sus instalaciones y están un poco lejos de donde me encuentro, a unas cuantas horas por carretera. Se trata de un lío bastante gordo que no puedo posponer. No me ha quedado más remedio que cambiar el vuelo de regreso. Lo siento.

—¿En serio? Las niñas te echan de menos.

—¿Solo las niñas? —preguntó ante el tono seco y frío de su mujer.

—Raúl..., esto debe cambiar.

—¡Estoy haciendo lo posible para que no os falte de nada!

—Sabes perfectamente que no es necesario tanto sacrificio, Raúl.

—Ya sabes lo que opino. No quiero discutir. Volveré el viernes por la noche. Ya hablaremos.

Te quiero.

—Adiós.

Colgó. Era la primera vez que ella lo hacía sin decirle nada cariñoso; ni un «te quiero», ni un «te amo». Estaba enfadada y no se creía esa excusa de los clientes.

Llamó a Vicens, no pudo esperar más a que él contactara. Respondió al primer tono...

—Hola, Cristina. Te iba a llamar ahora para quedar. ¿Te va bien que nos veamos hoy para comer?

—Has descubierto algo, ¿verdad?

—Nos vemos en *Mamma Rossa* a las dos en punto y te explico con detalle.

—Allí estaré. Gracias, Juan.

—Hasta luego.

No volvió a dormir abrumada por la parquedad de las palabras del detective, lo que le hizo pensar en que estaba en lo cierto. Llamó a Merche y puso una excusa para que se quedara a las niñas, ya que siendo sábado no era lo habitual.

Se subió al coche, necesitaba conducir... Era una manera de no pensar. Llegó hasta Sitges, en donde tantos veranos y fines de semana había pasado junto a sus padres y su hermano. Paseó por los alrededores de la que fue su casa de veraneo un día, la misma en donde Dani perdió la vida ahogado en la piscina. Tras el trágico suceso decidieron venderla y nunca más volvieron. No sabía muy bien qué la empujó hasta allí, quizá solo necesitara sentirse cerca de Dani. ¡Cómo echaba en falta a su hermano! Seguramente todo lo que estaba ocurriendo sería más llevadero con su compañía.

Se acercaba la hora de la cita con el investigador y Cristina regresó a Barcelona. Él ya le esperaba sentado junto a una discreta mesa alejada del resto de comensales. Estaba muy serio e imaginó que no traería buenas noticias.

—Bien, Juan, ¿has descubierto algo que justifique mis sospechas?

—Cris, no tienes ni idea de lo que he descubierto. Mira estas fotos. —Tras observarlas, Cris enmudeció.

Capítulo 9

Ese fin de semana se dedicó a estudiar todas las pruebas que Juan Vicens le había proporcionado. Tenía en su poder fotos y varios documentos que confirmaban que no estaba loca ni que su imaginación le estuviera pasando una mala jugada.

Compró un billete de avión con destino Madrid para volar el lunes por la tarde. Esa misma mañana se dirigió a la oficina y, sin dar explicaciones, puso una excusa para no ir a trabajar al día siguiente.

Los cincuenta minutos que separan Barcelona de Madrid se le hicieron interminables. Después de aterrizar pidió un taxi e indicó al conductor que la dejara en la dirección que Vicens le había facilitado. Estaba tan nerviosa que notaba con intensidad sus latidos en el cuello.

Llovía, pero eso no le hizo desistir y esperó frente a ese lugar, sentada en la terraza techada de una cafetería. Tras dos horas y debido al frío que hacía en Madrid –típico en esa época del año y tan diferente al clima húmedo y aún de suaves temperaturas de Barcelona–, se le empezaron a entumecer los músculos y estuvo a punto de desistir... hasta que la vio acercarse desde la distancia. La acompañaba un niño pequeño, de edad similar a Mara, cogido de la mano. Sin duda era ella, la chica de la foto: rubia, alta y delgada, bien parecida.

Se quedó pasmada, inmóvil, no sabiendo cómo actuar. ¿Iba hacia ella, sin más? ¿Qué le iba a decir? Pese a las vueltas que le había dado a esa situación en su cabeza tenía que improvisar, pues no llevaba nada preparado.

Ella siguió sentada en la helada terraza, pero le entró un calor muy fuerte por la espalda, tanto, que la hizo sudar a principios de noviembre como si fuera agosto.

La chica entró en el portal del número trece de la calle que le había dicho el detective. Cris pagó su consumición y, al salir de la cafetería, observó cómo Raúl entraba raudo en ese mismo portal llevando consigo diversas bolsas de un conocido supermercado. No esperaba encontrarlo. A él no.

Las lágrimas invadieron su rostro. Tuvo que volver a sentarse en una silla, pues sus piernas no la sostenían. Estaba bastante claro que su marido volvía a engañarla y el tema parecía serio: había un niño de por medio. ¿Sería de Raúl? Quizá esa chica fuera la canguro de ese crío... ¡podía haber miles de explicaciones! Aunque ninguna para situar a Raúl allí, cuando se suponía que estaba en algún lugar de Oriente Medio asistiendo a un congreso.

Se recompuso como pudo, se armó de valor y se dirigió hacia la entrada al bloque de pisos decidida a todo. Aprovechó que salía un vecino para colarse con una excusa. Miró en el buzón. No aparecían más que las iniciales R.R. y V.P, piso tercero cuarta. Era demasiada casualidad que las iniciales de Raúl estuvieran escritas en el mismo piso que le indicó el investigador. Pasó por la indignación, por el miedo, por la terrible incertidumbre, por el dolor de saber que quizá su relación, por la que tanto había luchado, únicamente fuera un espejismo.

Cogió fuerzas y subió. Era tarde, casi las once de la noche, e imaginó que el niño ya estaría durmiendo; no quería causarle ningún tipo de mal montando una escenita que se preveía inevitable: no a una criatura inocente. Tocó al timbre y la chica rubia abrió la puerta...

—Buenas noches.

—¿Eres Verónica Pardo?

—Sí, ¿qué desea? —La chica se asombró, ya que a esas horas no se esperan normalmente

visitas.

—¿Vive Raúl Romero aquí?

—Sí, es mi marido —contestó.

—Cariño, ¿quién es a estas horas? —Una voz conocida para ella se acercaba por el pasillo.

Raúl, recién salido de la ducha y tan solo llevando una toalla en la cintura, se acercó a la puerta y vio a Cristina. Se quedó blanco como la pared del recibidor de esa casa.

—Cristina, ¿qué estás haciendo aquí?

—Raúl, ¿quién es esta mujer? ¿La conoces? —Verónica alucinaba sin saber qué pensar.

Cristina se dirigió a Raúl y le dio una sonora bofetada que debió escucharse por todo el vecindario.

—Soy su esposa —se dirigió a ella—. Pero te lo puedes quedar para ti solita. Raúl, no te acerques ni a mí ni a mis hijas, ¿te queda claro? Solo hablaremos a través de nuestros abogados.

—Cristina, ¡espera! ¡Tenemos que hablar! ¡No es lo que crees!

Cris ya se bajaba las escaleras de dos en dos para salir de allí cuanto antes mejor. Los ojos anegados de lágrimas no le dejaban ver más allá de unos pocos centímetros. Se metió en un taxi y pidió que la llevara directamente al aeropuerto. Volvía a Barcelona, no tenía nada más que hacer en Madrid.

Cogió el último vuelo del día y se fue a un hotel; no quería ir a su casa y que las niñas la vieran en ese estado. Para entonces, su móvil ya acumulaba veinte llamadas de Raúl y otros tantos mensajes. No tenía ganas de hablar con él y de escuchar las excusas que quisiera darle. Ya no. Lo bloqueó. Al día siguiente pensaba acudir a su abogada para poner fin a esa historia.

Obviamente no durmió mucho, por no decir nada. Se levantó con una fuerte migraña provocada por el estrés vivido el día anterior y con los ojos hinchados de tanto llorar.

Consiguió una cita con su abogada esa misma mañana. Iba a solicitar el divorcio directamente, ni siquiera una separación previa. No pensaba darle más oportunidades. No quería verlo ni en pintura, aunque sabía que eso era prácticamente imposible, pues tenían dos hijas en común y ella, ante todo, no quería que las crías sufrieran. Ya buscaría la manera para verse con él lo menos posible y a solas, desde luego, no.

—Cambia las cerraduras y el código de seguridad de la alarma de tu casa. —Olivia Sanz, la letrada, intentó darle un primer consejo que era importante que siguiera—. Si se pone en contacto contigo o con las niñas remítelo al bufete. Sobre las cuentas bancarias...

—Cada uno tiene la suya. Tenemos una en común para los gastos donde cada mes ponemos un dinero —interrumpió Cristina.

—Mejor. Tú sigue poniendo la cantidad acordada cada mes. Por lo que veo, la casa es tuya y no hay hipoteca.

—No, no hay. Fue un regalo de mis padres y está a mi nombre.

—¿No tenéis ningún bien en común?

—Una pequeña casa en el Pirineo. Una pareada que compramos cuando nació Mia. Es la única propiedad que tenemos juntos.

—Perfecto. Déjame que redacte un preacuerdo y te digo algo. Me pondré en contacto con él para que solicite un abogado y podamos empezar las negociaciones.

—Las niñas...

—Te recomiendo que no pongas pegos en ese sentido. Un régimen de visitas estándar sería lo correcto. En su situación es probable que solicite la custodia compartida, pero no creo posible que se la concedan al viajar tanto por su trabajo.

—¡Eso ni de broma! De padre hace bien poco y no sería justo que ahora, por el hecho de

dejarle, quisiera tener la mitad del tiempo con ellas cuando nunca está presente. No quiero causarles ningún trauma ni que deban mudarse cada semana. Eso no, ni hablar.

—Tú misma lo has dicho, es un pésimo marido, sin embargo, no es mal padre cuando está.

—Es fácil hacer de padre en la distancia..., pero el día a día ha sido todo tarea mía. Cuando han estado enfermas, cuando he tenido que ir al colegio a hablar con los tutores... En casi todas las ocasiones donde se requiere un progenitor, ahí he estado yo mientras Raúl, seguramente, ya llevaba una doble vida.

Tras varias horas de reunión Cris decidió ir a buscar a las niñas al colegio y llevarlas a casa. De momento no iba a contarles nada, debía encontrar el momento idóneo para explicarles que papi no iba a volver a vivir con ellas. No era plato de gusto ni iba a ser sencillo, de hecho, no tenía ni idea de qué decirles. Tampoco se lo había contado a Merche, que se pasaba el día metida en casa, ni a sus padres, que seguían de viaje.

Esa misma noche puso en dos maletas la ropa de Raúl y la envió a Madrid por mensajero.

A la mañana siguiente, miércoles, justo antes de ir a trabajar, sonó su teléfono, se trataba de un número privado. Respondió con reservas pensando en que podía ser Raúl desde otro dispositivo...

—Soy Verónica. Estoy en Barcelona, ¿podemos quedar para hablar?

Cristina dudó unos segundos.

—¿Vendrás sola? No quiero ver a Raúl.

—Sí. Él no tiene ni idea de que estoy aquí.

Quedaron para verse esa tarde en una cafetería del centro comercial Las Arenas, un lugar público donde montar un escándalo estaba descartado, al menos por parte de Cris.

Pasó el día sintiéndose muy rara e intentando evitar a Pablo, que enseguida se percató no solo por su comportamiento, también por su lenguaje corporal, que algo gordo le ocurría, aunque ella no quiso contárselo. Esquivó sus preguntas como si fueran dardos, pues no quería desmoronarse. Se lo pensaba contar, sin duda, pero llegado el momento.

Capítulo 10

Cris compareció a la cita con Verónica. Esperó una hora a que llegase, y justo cuando se disponía a irse, hizo acto de presencia.

—No llegas puntual, ya me iba...

—Disculpa el retraso. No recordaba el tráfico que había en la ciudad, llevo algunos años viviendo en Madrid...

—Tú dirás... No tengo demasiado tiempo.

—¿Es cierto que estás casada con Raúl? ¿No estáis divorciados desde hace unos años?

—¿Perdona?

—Cuando empecé con él, hace casi cinco años, sabía que estaba casado, sin embargo, me explicó que se estaba separando y, poco tiempo después, le concedieron el divorcio.

—Llevamos casados siete años y medio. Nunca nos hemos separado.

—Eso no es posible. Nos casamos hace dos años y pico en Madrid. Tenemos un hijo de tres años: Álex.

—Verónica, creo que está bastante claro: nos ha engañado a las dos. Como a dos imbéciles... Seguro que cuando estaba en casa conmigo, tú pensabas que estaba de viaje por Oriente Medio o Norteamérica o donde quiera que te haya dicho.

—¡Joder! —Verónica se echó las manos a la cabeza, horrorizada—. ¿Mi matrimonio no es válido entonces? ¿Llevo todo este tiempo viviendo una mentira? ¡Maldito cabrón!

—Yo llevo casi ocho. Qué quieres que te diga... Pronto será libre, porque esta misma mañana he puesto el tema en manos de mis abogados. Voy a pedir el divorcio y espero que me lo concedan lo más rápido posible. ¿Eras tú la que llamaba por las noches y no contestaba?

—Sí, era yo. No me atrevía a hablar. Sospechaba que Raúl estaba con otra y me fijé que tu número de teléfono era uno de los más marcados de su agenda. De saber que seguía casado...

—Tenemos dos hijas pequeñas, ¿qué les digo? ¿Que papi es un cabronazo y que tienen un hermanito nacido de una relación adúltera? Me sabe mal por ti y no tengo nada en tu contra, de veras, Verónica, pero tú y yo no tenemos nada más que hablar. Si ves a Raúl dile que no se nos acerque. Deseo que os vaya muy bien, aunque si yo estuviera en tu lugar saldría corriendo. Creo que ha demostrado con ambas que es muy mala persona.

Cris se levantó y se marchó. Solo deseaba llegar a casa y abrazar a sus pequeñas. Esa noche durmieron las tres juntas en la cama que Raúl había compartido con ella hasta hacía pocos días.

Decidió trabajar desde casa esa semana. Se acercaba la peor época del año para el negocio y tenía muchos frentes abiertos que debía dejar bien atados. Estar volcada en sus proyectos la ayudaría a seguir adelante. Al menos a mantener la cabeza centrada en otras cuestiones.

Pablo se presentó a mediodía, preocupado.

—¿Qué pasa, Cris? Llevas unos días esquivándome y sé que algo te ocurre. ¿Es por lo de tu padre?

Cristina se vino abajo. Le contó todo lo que estaba pasando con su marido.

—¡Será hijo de puta! —exclamó—. ¿Cómo ha podido hacerte algo así?

Lejos de sentirse afortunado por saberla libre, se sentía desdichado por ella y podía sentir su

dolor. Sus marcadas ojeras no dejaban lugar a dudas de su sufrimiento. Le habían destrozado el corazón y su proyecto de vida. Aunque él fuera un cabrón, cosa de la que Pablo no tenía dudas, nunca pensó que no la tratara como se merecía.

Estuvo consolándola durante horas... Ella no dejaba de llorar. Era una mujer fuerte, pero todo era muy reciente y doloroso. Pese a sus sospechas, nunca pensó que fuera capaz de hacer algo así. No es que su marido le pusiera los cuernos..., se había casado con otra, aunque ese segundo matrimonio solo fuera papel mojado.

—Sabes que aquí estoy para lo que necesites. No hace falta que te lo diga.

—Gracias... Pensaba contártelo, pero no encontraba el momento... Es que es tan difícil de digerir todo esto...

—Puedes llamarme a la hora que quieras. Cuenta conmigo en todo momento.

—Eres el mejor hombre que he conocido... Qué pena que no llegáramos a más.

A Pablo se le encogió el alma al oír esas palabras que Cris comentó en voz alta y que no eran más que un lamento. Es lo que él hubiera querido, ser el todo de ella, su mitad exacta, su universo. Contuvo las ganas de besarla, abrazarla; no era el momento. Y en el caso de ser correspondido, siempre le hubiera quedado la duda de haberse aprovechado de su estado vulnerable.

Ya salía por la puerta cuando vieron llegar el coche de Raúl.

—¡No te marches, te lo ruego! —suplicó a Pablo con evidente nerviosismo.

—Tranquila, no pensaba hacerlo —respondió al intuir que la cosa no iba a acabar bien.

Se acercó a ellos hecho una furia.

—¿Qué cojones hace este imbécil aquí? —Se acercó de forma agresiva hacia Pablo, quien ya se había puesto en posición de defensa por si debía actuar—. ¡Quiero hablar con mi mujer! ¿Lo pillas?

—¿Con cuál de ellas? ¡Cabronazo! —gritó Cris—. ¿Con qué derecho vienes aquí hecho una furia? ¡Bastardo! ¡Cerdo!

Cris le golpeó con los puños en la espalda, lo hizo repetidamente, aunque él apenas se inmutó dada su evidente superioridad física. Se giró y la agarró de los brazos.

—¡Suéltala! —Pablo los separó y lo agarró por la pechera—. ¡Lárgate de aquí!

—¡Quiero ver a mis hijas y no me iré hasta que lo consiga!

—¡No están aquí! ¡Márchate! —gritó Cris de nuevo.

—¡Tengo que recoger mis cosas! ¿Ni siquiera vas a dejar que me explique?

—Raúl, ¡no hay nada que explicar! He hablado con Verónica. ¡Te has casado con otra mujer estándolo conmigo! ¡Eres bígamo! ¡Podrías ir a la cárcel! ¿Qué les vas a explicar a tus hijas?

—Cariño, déjame entrar y hablamos...

—Cristina no quiere hablar contigo. —Pablo lo agarró del brazo y se lo retorció fuertemente hacia atrás causándole un intenso dolor que le hizo doblarse—. Te aconsejo que te metas en el coche y salgas cagando leches de aquí. ¡No lo empeores más!

—¡Ya tienes a Cristina a tu disposición! —Le dio una patada haciéndola caer hacia atrás—. No creo que tarde en abrirse de piernas... Es justo lo que llevas deseando tanto tiempo, ¿verdad?

Pablo le pegó un puñetazo en la cara que lo tumbó y, entonces, Raúl, levantándose en un solo movimiento, se dirigió a él incrustándole su cabeza en el abdomen. Ambos cayeron al suelo y se revolcaron mientras se daban golpes por todas partes.

—¡Parad! ¡Joder! ¡Parad! —Cristina intentó separarlos, sin éxito.

Unos vecinos, alarmados por los gritos, habían llamado a la policía, que no tardó en acudir. Raúl, al oír la sirena, se metió en el coche y se marchó a toda prisa.

—¿Estás bien, Cris?

—No..., no lo estoy. Estoy sobrepasada.

Llegaron los agentes y Cristina decidió interponer una denuncia contra su todavía marido y tuvo que acudir a comisaría para refrendarla. Se pasaron gran parte de la tarde prestando declaración. Su abogada también acudió para intentar tranquilizarla y conocer de cerca los hechos, por si fuera conveniente pedir una orden de alejamiento.

—Estoy mejor, de verdad. Ha sido el susto. Lo he pensado mejor y no quiero denunciarle.

—Señora —intervino el agente—, si la ha agredido debería hacerlo.

—No ha sido para tanto. Una discusión que se nos ha ido de las manos..., nos estamos separando.

—Cristina, no puedes dejarlo así, podría volver a intentarlo. —La abogada intentó convencerla.

—No. No quiero hacerlo. Esto haría mucho daño a mis hijas y estoy completamente segura de que no volverá a ocurrir; le conozco bien. Es cierto que no ha sido el marido perfecto, es más, puede llegar a ser arrogante, altanero y creído, pero nunca me ha puesto la mano encima, ¡nunca! Hasta hoy, ¡jamás!

—Sopesaré con mi cliente esta decisión y, en cualquier caso, volveremos a la comisaría si hay necesidad. Quizá debamos solicitar una orden de alejamiento —dijo la abogada, a lo que la chica que le tomaba declaración no puso objeción.

—¡No me puedo creer que sea tan cabronazo! —le dijo a Pablo tras salir de allí—. Te acompaño a casa. No quiero que estés sola estos días, además, tus padres no están. Te ha agredido, Cris. Deberías meditar lo de la denuncia y que lo mantengan alejado de vosotras.

—Estaré bien y no se te ocurra decir una palabra de esto a mis padres; ellos no saben nada de esta movida. Tampoco creo que vuelva a aparecer y no volverá a tocarme, lo sé. Además, no puede entrar en casa. He cambiado todos los códigos de acceso y las cerraduras.

—Eso no evitará que te vaya a buscar al trabajo o te siga, ¡yo qué sé! Puedes quedarte en mi casa si lo deseas... Tengo sitio de sobras para las tres.

—Pablo, no te preocupes. Iré a buscar a mis hijas a la fiesta de cumpleaños, las llevaré a casa con mi mejor sonrisa e intentaré que todo parezca lo más normal posible. De hecho, creo que sí debería hablar con Raúl, con un poco de calma. Las niñas no deben sufrir, no quiero esto para ellas. Si tengo que tragar, tragaré.

—Tu abogada quiere solicitar una orden de alejamiento.

—No lo permitiré.

—No seas idiota, Cris.

—Pablo, es el padre de mis hijas. Que haya sido un cabrón conmigo no significa que no sea un buen padre...

—Un padre que no está nunca y que tiene una doble vida... ¡Despierta, Cris!

—Voy a intentar quedar con él mañana y hablaremos. Lo haremos en terreno neutral, con mucha gente de por medio, no estaré sola. No debes preocuparte. Quiero solucionar esto de la forma más civilizada posible. Puedo manejarlo. Confía en mí.

Regresó a casa con sus hijas y no dijo ni una palabra. Disimuló su tristeza ante ellas, como siempre, camuflándola con una sonrisa, aunque estas eran forzadas, ya que su boca se negaba a hacer el gesto.

Cuando ya por fin consiguió tranquilizarse, cogió el teléfono y envió un mensaje a Raúl: «Te escucharé. Mañana en la cafetería de siempre, a las nueve y treinta».

Capítulo 11

Cuando Cristina llegó al punto de encuentro, él ya estaba allí. Se levantó e intentó darle un beso en la mejilla, pero ella lo rechazó.

—No he querido denunciarte esta vez, aunque te garantizo que, si me vuelves a montar un numerito o me tocas, no lo dudaré. Ahora soy toda oídos: estoy deseando escuchar las elaboradísimas excusas que me vas a soltar por esa boquita.

—Déjame hablar... He sido un auténtico imbécil, eso lo primero. La he cagado, ya lo sé. Lamento mucho lo que ocurrió ayer. Lo siento, de veras. Ya sabes que yo no soy así..., perdí los estribos...

—Creo que es algo más que cagarla. ¿Sabes lo que más me duele? Que tus hijas están creciendo sin padre y pensando que te matas a trabajar por ellas, cuando la verdad es que, cuando estaba pariendo a Mara, tú ya te follabas a otra. Está claro que es la misma mujer con la que me engañabas entonces... ¿Por qué? Si no me amabas, no tenías ninguna obligación de seguir conmigo... ¿O es que me vas a decir que nos amas a las dos? ¡Ahórratelo! ¡No me vengas con argumentos de baratija!

—Conocí a Verónica en la oficina y sí, tuvimos un lío. Lo dejamos y al poco tiempo volvimos. ¡No sé por qué hice esa tontería! La cosa se fue complicando; se quedó embarazada... Debo decirte que nuestro matrimonio fue un paripé, pues contraté a un actor para que nos casara ante su insistencia... Es todo falso...

—¡Eres un cerdo! No sé cómo no me he dado cuenta antes... No dudas en hacer cualquier cosa con tal de conseguir tu objetivo. No solo lo has demostrado conmigo... Tu interés por mí está claro: soy una Monferrat, pero ¿y engañar hasta el extremo a esa pobre infeliz? No tienes límites, Raúl. Me das miedo... Tu ambición te matará.

—No es verdad. Estoy enamorado de ti...

—¡No me mientas más! ¡No juegues conmigo! ¿Cómo has podido hacernos esto todos estos años?

—Cristina, necesito que me perdones; voy a dejarla.

—Raúl, ¡me importa una mierda lo que hagas! Lo nuestro se ha acabado. Jamás voy a perdonarte lo que me has hecho... ¡lo que nos has hecho! Ya he hablado con mi abogada y se pondrá en contacto contigo. Voy a solicitar el divorcio.

—Cris..., yo te quiero.

—¡No! —Cristina golpeó la mesa con el puño—. No quiero que me digas que me quieres, ¡cállate la boca! Solo te pido que lo hagamos lo mejor posible. ¡Por las niñas!

—Necesito que lo comprendas... Me he equivocado.

—¡A cualquier cosa le llamas tú equivocación! Eso ya me da igual, Raúl. Jamás volveré a estar contigo. Esto que tú llamas error es la peor traición que me esperaba de ti. Me has mentido en muchas ocasiones, desde hace años. No sé cómo he sido tan imbécil. Mi padre tenía toda la razón contigo... Eres un impostor, un interesado, un maldito egoísta.

—Fuimos muy felices..., no lo niegues.

—Eres un fraude..., un asqueroso embuste. Adornaste mi vida con purpurina barata y me lo creí durante años, pero ya no te creo y has quebrantado mi confianza hasta el infinito. —Cris permaneció en silencio unos segundos—. Pensaré en la manera de explicárselo a las niñas y te

diré algo, pero pienso que deberíamos hacerlo juntos.

—El domingo me voy a Madrid.

—Creo que el sábado será el mejor día. Les explicaremos que papá y mamá se quieren mucho, pero que han decidido vivir separados un tiempo... Lo haremos de la mejor forma posible y lo embelleceremos lo que sea preciso: no quiero que ellas sufran, ¿lo entiendes? Ni palabra por el momento de tu otra mujer y tu hijo. Lo introduciremos más adelante. ¿Te ha quedado claro? Si te quieres llevar algo de casa lo coges y te vas. Y hazlo rápido, porque jamás te dejaré volver a entrar en ella.

Raúl suspiraba y miraba a Cris a los ojos. Estaban llenos de dolor y también de rabia: nunca la había visto así.

—¿Lo entiendes, Raúl? No quiero que metas la pata...; son muy pequeñas.

—¿Y lo nuestro acaba así? ¿Sin más? ¿No me vas a dar una oportunidad? Mírame a los ojos y dime que no me amas. —Intentó coger su mano y ella la apartó.

—Estás rematadamente loco si piensas que lo mío es un calentón y que mañana se me va a pasar. ¿Oportunidad? Te di una, hace años, y lo has vuelto a arruinar. Te lo advertí en su momento, te dije claramente que jamás te perdonaría otro «desliz». No quiero tenerte cerca, Raúl, ¡me das asco! ¡Quiero olvidar que te he conocido! Cuando firmemos el convenio de separación y el divorcio, solo hablaremos de las niñas cuando sea estrictamente necesario. Venderemos la casa del Pirineo y aquí acabará todo. Tengo principios y dignidad, no sé si tú puedes decir lo mismo...

—Tú me empujaste a sus brazos, ¿recuerdas? —atacó intentando que sonara cruel—. No me dejabas tocarte, y tras el parto aún fue peor... Al menos ella le pone ganas cuando follamos...

—Eres un bastardo insensible. No te mereces ni que te mire a la cara, ¡ni el agua que bebes! Te espero el sábado en casa, luego desaparecerás de mi vida. No me la juegues, Raúl. Te aseguro que iré a por todas si me jodes. Como marido ya no tienes nada que hacer. Ahora toca comportarse como un padre.

Cristina se levantó y se marchó. Tuvo suficiente. Intentó llevar la conversación de forma adulta y madura. Si alguien tenía algo que reprochar ¡era ella! Sin embargo, Raúl, como siempre, intentaba que se sintiera culpable manipulándola y dándole la vuelta a la tortilla.

Recordó cuando nació Mara y lo sola que se sintió. Su depresión postparto; ese dolor inexplicable en el alma, ese vacío en el corazón..., esas irremediables ganas de llorar, ese sentimiento de infinita soledad. Lo tuvo que superar sola... Tenía un bebé y una niña muy pequeña, la necesitaban y ella estaba pasando el peor momento de su vida. Fue en ese punto cuando Raúl empezó a ausentarse muchos más días seguidos, pasando incluso semanas enteras fuera de casa.

Ató cabos: traslado de la oficina a Madrid y Verónica también se fue para allá... Raúl debió pensar que sería fácil llevar esa doble vida teniéndolas a las dos. Lo quería todo. Su codicia extrema iba más allá del dinero. ¿Las amaba a ambas? A Cristina no le entraba en la cabeza esa opción, lo consideró puro egoísmo. Creerse capaz de tener a dos mujeres en su vida suponía todo un reto para él. Le maldijo por ello. Estaba rozando el límite, llegando a la delgada línea que hay entre amor y el odio. Sí, su corazón le amaba, aunque deseaba detestarle con todas sus fuerzas. Era cuestión de tiempo.

Capítulo 12

Pablo había quedado con Claudia para cenar; era su ligue de la temporada y apenas llevaban unos meses saliendo. Le caía bien, era simpática y guapa, además de inteligente. Sin embargo, no era Cristina, y sabía a ciencia cierta que esa cita iba a ser la última con ella. Aunque Cristina «estaba libre», todo ese proceso estaba empezando y no era el momento de intentar nada. En todo caso, ¿qué era él más que un buen amigo? Se lo había dicho tantas veces...

Cupido disparó la flecha por error, sin mirar, sin calibrar las consecuencias, y afectó más a uno que al otro, pero eso él ya lo sabía de antemano y jamás se iba a enamorar de Claudia. Se equivocó alargando la situación y dándole esperanzas con ello.

La recogió en su casa. Salió preciosa con su larga melena rubia al viento. Sonrió al verle al volante de su vehículo y, en ese mismo instante, él supo que le iba a hacer daño, no obstante, no quería demorarla más. Esos meses con ella solo habían servido para reafirmar lo enamorado que estaba de otra mujer y no le parecía justo seguir con una relación en la que Claudia se estaba implicando mucho más que él. Nunca podría darle lo que ella necesitaba. No quería una relación intensa con ella, no estaba preparado: amaba a otra.

No hablaron jamás de amor, ni nunca se dijeron un te quiero, aunque fuera el ligue más duradero de los últimos años.

—¿Cómo fue el día? —Al subir al coche, Claudia lo besó en los labios de forma suave y tierna...

—Bien, mucho lío en el trabajo —respondió al beso sin entusiasmo, un poco frío—. Estoy algo cansado.

—Haces cara de estarlo, la verdad. Tengo un remedio para eso. —Llevó la mano directamente a su entrepierna, aunque Pablo ya había iniciado la conducción.

—¡Para! Estoy conduciendo...

—¡Bueno! Qué humor traemos... Luego te explico esta técnica de relajación, en el restaurante.

—Tenemos que hablar, Claudia. —Paró su coche en una esquina, puso los *warnings* y cogió aire.

—Esa frase siempre trae fatales consecuencias. No me lo endulces, te lo ruego.

—Eres una mujer hermosa e inteligente y me gusta estar contigo, sin embargo...

—Sin rodeos, no me insultes la inteligencia, por favor.

—No puedo seguir así... No siento más que una bonita amistad por ti y veo que tú me das el cien por cien. No es justo.

—¿Yo me he quejado? ¿Crees que quiero casarme o algo? Te recuerdo que soy alérgica al matrimonio.

—Amo a otra mujer, esa es la verdad.

—¿Te estás viendo con otra? Eso sí que no me lo esperaba de ti. No es que me hayas prometido fidelidad, pero pensaba que al menos sí sinceridad...

Claudia se sorprendió y se molestó. El hecho de que no estuvieran comprometidos no significaba que todo estuviera permitido.

—No, no estoy con ella. No soy correspondido. Ni siquiera lo sabe.

—Pablo, lo pasamos bien juntos, ¿en serio quieres dejarlo?

—No quiero utilizarte. Quiero dejar las cosas claras: nunca podré darte más que lo que

tenemos ahora y sé que, de alargarlo, las cosas se pueden complicar, y yo no quiero hacerte daño.

—Eres un buen hombre. Guapo, simpático, que me lleva a cenar a sitios caros y me hace barbaridades en la cama, ¿qué más podría desear? Además, te ganas muy bien la vida...

—Claudia, créeme, mereces algo mejor. Lo pasamos bien juntos, sí, pero nunca habrá amor, sé que no me enamoraré de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo enamorado de la misma mujer desde hace veinte años y no puedo sacármela de la cabeza.

—Nunca me has hablado de esa mujer. ¿Es tu ex?

—No, ¡qué va! Aquello fue una cagada épica..., duró muy poco.

—Es una pena que te cierres al amor o al menos a una relación. Si no eres correspondido, ¿por qué no lo intentas? Creo que congeniamos bien... ¿Es que quieres quedarte solo?

—Solo me vibra el corazón cuando estoy cerca de ella. Sé que es imposible, sin embargo, la amo...

—¡Qué cursi...! No te pega nada...

—¿Quieres que te deje en casa?

—Preferiría que cenáramos primero como teníamos planeado.

Lo hicieron y se comportaron como si nada hubiera ocurrido, en especial Claudia, que no volvió a mencionar el tema. La llevó de vuelta a su casa y lo invitó a subir a tomar la última copa. Como era de esperar tuvieron sexo, un buen sexo: era lo habitual. A ambos se les daba bien, se comenetraban en la cama y disfrutaban juntos, pero era eso nada más: algo animal en lo que los sentimientos no iban a influir jamás, al menos por parte de él, ya que su corazón tenía dueña.

Pablo se vistió a medianoche y se fue sin hacer ruido, observando a Claudia por última vez.

—Gracias por ser tan maravillosa —susurró.

Cuando llegó a casa escribió una carta para Cristina. Lo hacía a menudo, sin embargo, nunca las enviaba. Tenía decenas de ellas donde le abría su corazón, pero acababan guardadas en un cajón de su escritorio cogidas todas ellas con un lazo rojo de raso. Era su manera de vaciar su alma, describir lo que le estaba matando suavemente.

Tras esa enésima misiva se acostó en su enorme, fría y vacía cama. Entraban ya los primeros rayos de sol por las rendijas de la persiana e intentó conciliar el sueño, sin éxito.

Capítulo 13

Ese sábado no iba a ser uno cualquiera: era el día en que iban a hablar con las niñas.

Cristina se levantó con un intenso dolor de estómago ante la angustiada situación que se avecinaba.

Mara estaba desayunando su batido de cacao con unas tortitas que, a primera hora, Cris había preparado con mimo. Mientras, Mia, la mayor, se hacía la remolona en la cama. Fue a su encuentro.

—¡Va, bichito! Levántate, que el desayuno ya está preparado.

—No me encuentro bien, mami. Estoy mareada.

La niña estaba pálida, cosa extraña, pues solía despertarse con las mejillas sonrosadas y un brillo especial en los ojos... y ese día estaban ausentes.

Cris tocó la frente de la pequeña. Estaba un poco caliente.

—Vaya, parece que tienes un poco de fiebre, cariño. ¿Te duele algo?

—Solo me siento cansada, mami. Tengo sueño.

—¿Te duele el oidito? ¿La garganta?

—No. Un poquito aquí. —Se tocó la cabeza.

Mia, desde hacía unas semanas, mojaba la cama de nuevo. Cris no le dio importancia en su momento, pensó que era alguna tontería que preocupaba a la niña y se limitaba a cambiarle las sábanas, sin reñirla ni hacer comentario negativo alguno.

Le puso el termómetro para confirmar sus sospechas y, efectivamente, la niña tenía unas décimas. Nada importante. Le dio un poco de paracetamol y dejó que siguiera en la cama. Pensó que quizá se había enfriado.

—Luego te traigo un poco de sopita, ¿vale?

—¿Vendrá hoy papi?

A Cristina se le rompió el corazón. No supo qué contestarle y le dio un beso en la frente.

—Luego vengo, cariño. Descansa un poquito.

Notó cómo la niña temblaba y la tapó con su manta favorita: una de unicornios de colores.

Bajó las escaleras al encuentro de Mara, sintiéndose culpable por dejar a Mia cuando más la necesitaba, pero no tenía más que dos manos y la pequeña ya llevaba demasiado tiempo sola en la cocina. Era una niña que no solía meterse en líos, pero sin duda esa estancia de la casa era la más peligrosa para los enanos.

—La Tati está malita —dijo a Mara—. ¿Me ayudarás a cuidarla?

—¡Claro, mami! Hoy podemos cocinar juntas su plato favorito, así se pondrá buena enseguida.

—Mara quedó a la espera de respuesta y abrió sus enormes ojos que poseían un tono exacto al de su padre. Cada vez que la miraba, Cristina veía a Raúl reflejado en ellos.

Se acercaba la hora en que su todavía marido debía llegar a casa. Mia seguía en la cama, había vomitado un par de veces y Cris que ya estaba asustada, se puso muy nerviosa, pues la niña estaba quejosa y tristonera. Muy apática, además.

Finalmente, Raúl entró por la puerta con semblante serio.

—¡Papi! —Mara corrió y saltó a sus brazos—. ¡Pinchas! —Soltó al rozarle la cara con los labios.

—No me ha dado tiempo de afeitarme, cielo.

—Pero estás muy guapo. Estás muy «atractivo» —afirmó con su lengua de trapo.

Raúl y Cris se cruzaron una mirada y no pudieron evitar sonreír ante las ocurrencias de la pequeña artista de la casa.

—¿Dónde está Mia? —preguntó al no verla pululando por ahí.

—No está muy fina, lleva todo el día en la cama.

—Subo a verla.

—Te acompaño.

La niña no demostró demasiado entusiasmo al ver a su padre, y es que estaba indiferente y con un cansancio atípico en niños de su edad.

—Cris, vamos al hospital. No tiene buena cara.

—Me lo estaba planteando, la verdad. Ha vomitado un par de veces y lleva todo el día así, decaída.

No hizo falta comentar que posponían la conversación pendiente para otro momento. Lo más urgente era llevar a Mia al médico. Dejaron a Mara con la Tata y en un suspiro llegaron al hospital de niños. Mia se desmayó en la sala de espera, lo que aceleró su ingreso.

Cris estaba desquiciada de los nervios. Raúl le cogió la mano y ella no se la retiró; no era momento de discutir y necesitaba apoyo y consuelo.

La doctora Jiménez se puso con las pruebas y les hizo unas cuantas preguntas:

—¿Hace muchos días que está así?

—No, en realidad solo hoy. —Cris temblaba—. Estos últimos días es verdad que ha estado un poco tristona, pero lo he achacado a otros motivos.

—¿Come bien?

—Sí. El apetito no lo ha perdido. De hecho, durante estas últimas semanas está comiendo incluso más de lo que es habitual en ella.

—¿Tiene más sed?

—No sé qué decirle..., no he prestado atención a eso. Sí que es cierto que vuelve a orinarse en la cama algunos días. Pensé que era un poco de estrés y no le di importancia. Está más cansada y a veces con un malhumor impropio de ella. Debí traerla antes. —Cristina se sintió culpable.

—No se martirice. Son síntomas que podrían confundirse con un simple constipado. Una última pregunta, ¿hay alguna persona diabética en la familia?

—En la mía no, que yo sepa —contestó Cris, asustada.

—Soy adoptado —siguió Raúl—. Imposible saber si en mi familia biológica hay algún miembro que sufra esta enfermedad. ¿Cree que podría tratarse de diabetes?

Ambos se miraron con el terror escrito en la cara.

—Quiero hacerle pruebas. Le acabo de pedir unos análisis de sangre y orina y una eco abdominal. Le hemos dado un antiemético para evitar los vómitos, eso hará que se sienta mejor. Les informo en breve.

La doctora desapareció entre las cortinas del *box*. Mia dormitaba en la cama y Raúl cogió su minúscula mano.

—Pequeña, te vas a poner bien —dijo con los ojos llorosos mientras le acariciaba el cabello.

Las horas en urgencias transcurrían muy lentas. Pasaron la noche esperando noticias, pero no fue hasta media mañana cuando llegó la doctora acompañada de un colega. Se retiraron para que la niña no les escuchara...

—Señores Romero, ya tenemos los primeros resultados. Todo indica que Mia es diabética, casi con total seguridad, diabetes mellitus del tipo uno.

—¡Dios mío! —Cris se llevó las manos a la cara.

—Le hemos practicado unos exámenes aleatorios de azúcar en sangre, también la prueba de glucohemoglobina que mide el nivel de azúcar en sangre de la niña en las últimas semanas y ambas pruebas, junto con los síntomas, no dejan lugar a dudas sobre el diagnóstico.

—¿Qué hemos hecho mal? ¿Por qué a nosotros? ¿Me he equivocado con su alimentación? ¿Fue algo que ocurrió durante el embarazo por culpa del estrés?

—Señora Romero, Cristina, si me permites... Es importante que sepas que hoy en día seguimos sin saber por qué un niño sufre esta enfermedad. Es un proceso autoinmune en el que el organismo actúa contra sus propias células beta, las que fabrican la insulina; las destruye y provoca una situación de ausencia de esta sustancia y, por tanto, la aparición de la diabetes. Se ha asociado con factores ambientales, la dieta, las infecciones pasadas e incluso la vida intrauterina. Aun así, seguimos sin conocer el proceso que provoca este cambio en la respuesta inmune que conduce a la destrucción de dichas células. Es muy importante que evitéis culpabilizaros..., eso no ayudará a tratar la enfermedad.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora? —preguntó Raúl—. Tenemos otra hija, ¿debemos hacerle pruebas a ella también?

—Le haremos un control a su hermana, aunque no tiene por qué sufrirla. De momento, Mia se quedará un par de días en observación; queremos asegurarnos de que responde bien al tratamiento. Un consejo: no dramaticéis con la niña, pues podrá hacer una vida normal, como cualquier chiquilla de su edad. Deberá medirse los niveles de glucemia e inyectarse la insulina... de por vida. Sin embargo, hoy en día hay aparatos muy sencillos que ella misma podrá manejar más adelante y con mucha soltura.

—Sé que no es tan simple y que puede complicarse —intervino Cris.

—Cierto, pero llevaremos un intenso control y con las pautas que os daremos cuando salga del hospital, todo será más llevadero. Creedme —La doctora se señaló con el dedo en el pecho—, soy diabética desde los diez años y eso no me ha causado ningún impedimento en mis metas.

—Es muy pequeña y odia las agujas... —Raúl intentaba asimilar lo que se les venía encima.

—Acostumbrarse es más fácil para los niños de lo que creéis. Lo que sí es importante es que Mia viva en un ambiente estable, sin estrés y que habléis con los profesores de su escuela y demás familiares y amigos para que estén avisados y atentos a sus reacciones. Intentad quitarle hierro al asunto y que no se sienta una niña enferma. No obstante, debe ser consciente de lo que conlleva ser diabética.

Cristina se abrazó a Raúl. En ese momento no lo odiaba, ni siquiera recordaba lo mal que se lo estaba haciendo pasar; eran tan solo unos padres que habían recibido una muy mala noticia y necesitaban apoyarse.

—El doctor Estévez es pediatra y, además, nos da apoyo como educador en esta materia con los nuevos casos. Os ayudará a vosotros y a la niña a entender lo que significa esta enfermedad. Por la tarde pasaré de nuevo a ver cómo está. Si os surge alguna pregunta no dudéis en contactar conmigo o con mi compañero.

Estrecharon las manos con los doctores; se hallaban consternados ante el hecho de que la pequeña debería vivir el resto de su vida pendiente de las señales que su cuerpo le enviara, saber reconocer cuándo este iba mal, comunicarlo y actuar. En un solo segundo, a Cris se le pasó de todo por la imaginación y no le gustaba lo que veía. Su pequeña podría sufrir un coma diabético, quedarse ciega y mil cosas más...

—He anulado mi vuelo a Madrid. Me quedo en Barcelona —afirmó Raúl—. Nuestra hija nos necesita a los dos. Juntos. No deberíamos explicarles lo de la separación hasta que Mia esté estable.

Cris lo miró en silencio, sopesando cada una de sus palabras. Sabía que tenía razón, sin embargo, jamás le perdonaría su canallada, en eso no habría vuelta atrás. Los doctores les informaron de que la niña necesitaba una cierta estabilidad y equilibrio en su vida: un disgusto podía ser fatal en los inicios de la enfermedad, alterándola por completo.

—Puedes quedarte en casa unos días y ya veremos qué hacemos. Tu ropa está en Madrid, espero que hayas traído algo contigo. Supongo que no hace falta que te diga que dormiremos separados... Haré el papelón de mi vida por mis hijas, ¿lo entiendes?

Raúl la miró triste. Se estaba dando cuenta de que su familia se había ido a la mierda y que ellas le importaban mucho más de lo que alcanzaba a imaginar. Su hija mayor sufría una enfermedad dura, de por vida, sin cura y en un futuro cercano ya no podría estar junto a ella, ni cogerla de la mano cuando lo necesitara, no estaría allí... Se le rompió el alma y eso que, recordando el daño que le había hecho a Cris, pensó que carecía de ella. Ni siquiera entraba en sus planes volver a Madrid, pero allí le aguardaba otro hijo, Álex, que no era culpable de la situación que habían creado los adultos. Era pronto para hacer planes, aunque si algo tenía claro era que no quería abandonar a sus hijas y que iba a luchar por ellas.

Capítulo 14

Después de tres días de ingreso permitieron a Mia regresar a casa, aunque eso sí, con un seguimiento muy estricto. Le habían comprado varios regalos para hacer de su vuelta una fiesta, entre ellos un unicornio gigante de peluche de color rosa que ocupaba media cama.

La niña encajó bastante bien el hecho de su enfermedad, seguramente por no ser consciente de todo lo que acarrearía ser diabética a tan corta edad. Sus padres, junto con el médico, se lo explicaron con dulces palabras que ella pudiera entender con sus poco más de seis años. Aun así, como es de suponer, no entendía nada.

Todavía se estaban adaptando a las mediciones de su nivel de azúcar, que debían hacer varias veces al día, y a las dosis de insulina. Cris era la que solía inyectársela. Para el futuro, una vez estuviera bajo control, se plantearon cambiar a un método menos doloroso: una bomba insufladora de insulina, parches o algo similar que no alterara demasiado su hasta ahora idílica infancia.

Los padres de Cris adelantaron la vuelta de su viaje en cuanto supieron de los problemas de su nieta. A ella se le rompió el corazón al encontrarse con su padre. Durante esas semanas en que habían estado viajando ya le notó un bajón físico importante. Por desgracia, era evidente que su cáncer avanzaba según lo previsto, dejando una huella cruel e inevitable en su rostro.

Encontró un hueco a solas con su progenitor, sirvió dos tazas de té y le cogió la mano:

—¿Cómo te sientes, papá? ¿Has reunido fuerzas para hablar con mamá?

—Estoy bien, cielo. No encuentro el momento... Además, ahora tiene otras preocupaciones.

—Papá..., no podemos alargarlo más.

—Con lo de la niña está muy nerviosa. No quiero crearle más estrés.

—Hablaré con ella para que esté tranquila. Al principio será duro para todos, pero Mia es una guerrera y se amoldará, estoy segura.

Intentó calmarlo, aunque sus ojos indicaban que se estaba dando por vencido. No tuvo el valor para explicarle lo que había sucedido con Raúl y este tampoco conocía aún el desarrollo de la dolencia de Jorge. Ellos no notaron nada fuera de lo normal, pues tanto Cris como su todavía marido estaban desarrollando su papel a la perfección, por el bien de la familia.

—He tenido que dejar a Pablo al frente de todo en la bodega. Estos días quiero estar con mi hija y no pensar en nada más.

—Por supuesto, cariño, la niña es lo más importante.

—Estoy informada de todo lo relacionado con la finca y sé que Pablo lo hará mejor que bien. En ese sentido estoy tranquila.

—Mañana iré a ver a Carlos, el doctor De la Serna.

—Te acompañaré.

—¡No, déjalo! Quédate con la niña. Después intentaré hablar con mamá... No sé cómo afrontarlo.

—Estaré contigo, papá.

Cristina besó a su padre en la mejilla, alargándolo con un cálido abrazo. Ambos sabían que pocos mimos como ese se darían en el futuro, un futuro que estaba a la vuelta de la esquina. Permanecieron así unos minutos hasta que Helena entró en la estancia.

—¡Qué bonita estampa! ¿Qué hacéis tan melancólicos? Tampoco hemos estado tantos días fuera —bromeó.

—Mami, ven. Únete a nosotros...

La pequeña Mara quiso también fundirse con ellos, aunque apenas les llegara a las rodillas.

Raúl observaba desde la puerta de la habitación, en silencio. Sintió celos: él nunca tuvo unos padres que le protegieran, mimaran y le dieran calor cuando las cosas iban mal. Sus padres adoptivos, fallecidos ya hacía algunos años, eran mayores y no demasiado afectuosos, aunque no podía decir que le trataran mal, simplemente eran poco cariñosos con él.

Helena y Jorge se fueron a casa a descansar. Mientras, Mara jugaba con su padre en la sala de estar y Cris leía unos cuentos a Mia. Todo parecía perfecto, sin embargo, no lo era ni por asomo... Pero ella no podía permitirse el lujo de estar deprimida ni de derrumbarse.

—Mami, no estés triste. —Mia acarició su rostro mientras Cristina retenía una lágrima.

—No lo estoy, cariño.

—Yo lo sé. Cuando esta arruguita de aquí aparece —Señaló su frente—, lo estás. No puedes disimularlo, mamita.

—Es solo que quiero que seas muy feliz, cariño. —Le cogió la mano y se la llevó hacia sus labios, besándola con dulzura.

—Eres la mejor mamá del planeta y del universo. —Mia se acurrucó en sus brazos y a los pocos minutos se quedó dormida.

Fueron unos días muy ajetreados. De hecho, Cris se sentía como viajando a la velocidad de la luz y quería parar.

Pablo la llamó al móvil y Cris descolgó al primer tono.

—¿Cómo está la nena?

—Está bien, muy tranquila... No es muy consciente.

—Los niños se adaptan a todo con una facilidad pasmosa, mucho mejor que los adultos. ¿Tú cómo lo llevas?

—Peor que ella, sin duda. Y ver a Raúl por casa no me ayuda en absoluto.

—¿Quieres que nos veamos para comer, tomar algo o lo que sea?

—Es pronto todavía. Quizá mañana pase por la finca un momento, pues hay un par de cosas que tengo que comentarte.

—Si lo prefieres me acerco yo a tu casa, como gustes. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Pablo. Ya te diré... Un beso.

Se recostó de nuevo en la cama con Mia, que ya dormía profundamente, y lloró en silencio. Demasiados disgustos para asumirlos de forma rápida. Cris notó cómo regresaba la maldita ansiedad a su cuerpo.

Raúl entró en la habitación...

—Mia se ha dormido y Mara te echa de menos. ¿Por qué no vienes y jugamos los tres al «enredos»?

—Raúl...

—Déjala dormir, lo necesita. Mara lleva horas preguntando por ti.

—Ahora bajaré. Pondremos una película y haré palomitas.

—Perfecto. Te espero abajo.

Cris se lavó la cara con abundante agua. Tenía los ojos hinchados y unas ojeras que evidenciaban su estado de preocupación. Era obvio que se estaba viniendo abajo y no podía permitir que eso ocurriera. Respiró llenando el pecho de aire varias veces hasta que sintió un poco de alivio y bajó las escaleras al encuentro de Mara.

—Mami, ¡ya era hora! ¿Ponemos la peli de Elsa?

—La que tú quieras, cariño, pero antes te ayudo a ponerte el disfraz, ¿te apetece?

Mara no dudó en correr hacia su habitación para ponerse el vestido azul y plata de Elsa, la de *Frozen*. Se colocó en el pelo la larga trenza rubia postiza y bajó brincando los escalones de dos en dos.

—Mara, poco a poco, que te vas a caer —la riñó en tono dulce.

Se sentaron los tres en el sofá y comenzó la proyección. Raúl se ubicó al lado de Cris y a los pocos minutos intentó cogerle la mano, aunque ella se la retiró. No quiso ser brusca ante Mara, pero lo miró indicándole con ello que no era de su agrado que lo hiciera.

Al finalizar la película, Mara cenó y la metieron en la cama. Se quedaron solos...

—¡Por fin! Un poco de tranquilidad —exclamó Raúl ante el silencio de Cris.

—Es agotadora la pequeñaja —intervino Cris unos minutos más tarde—. Me recuerda tanto a ti...

—En cambio Mia es calmada y paciente, como tú. Quiero comentarte algo.

—Dime.

—Mañana iré a Madrid a solucionar unos temas. Solo serán un par de días.

—Me parece bien. Me imagino que esos temas son Verónica y Alex...

—Sí. Debo hablar con ella y explicarle la situación.

—Raúl, recuerda que no vives aquí. Esto es solo circunstancial. En cuanto Mia esté mejor debemos hablar con ellas, pues nada ha cambiado... Ni mis sentimientos ni las ganas de perderte de vista han desaparecido. El único motivo por el que te permito estar en mi casa es para que Mia no se altere.

Raúl permaneció en silencio unos segundos... Sabía que según lo que respondiera podría desembocar en una pelea y decidió dejarlo estar.

—¿Puedes decirme qué le pasa a tu padre? Lo vi con muy mala cara. —Decidió cambiar radicalmente de tema.

Cristina cerró los ojos, se dirigió a la cocina y se sirvió una copa de vino tinto.

—¿Quieres una? —Le ofreció, aunque con desgana. Raúl aceptó la invitación.

—Mi padre está muy enfermo, Raúl. El cáncer ha vuelto... Le han dado apenas unas semanas de vida.

—Lo siento.

—¡No mientas! Sé que lo odias.

—Cómo eres... No lo siento tanto por mí como por ti y por las niñas. Sé lo importante que es Jorge para vosotras. No tengo nada que reprocharle en ese sentido.

—Será muy complicado con tantos cambios en nuestras vidas afrontar otro golpe. No sé si podré, no estoy preparada. —Se llevó la mano a la cara, apartando una lágrima que huía mejilla abajo—. Te pido, por favor, que no comentes nada; mi madre todavía no lo sabe.

Acto seguido, Cristina decidió callar y no comentar nada más. No quiso dar señales de vulnerabilidad y que estas dieran pie a que él intentara consolarla. Tenía miedo de intimar, pues eso supondría un paso atrás.

Se tomó el vino prácticamente de un trago y se marchó de la estancia.

—Hasta mañana —dijo de forma seca.

Subió a su habitación, aunque primero hizo una parada en el cuarto de sus hijas, contiguos al suyo y lejos del de invitados, que es donde estaba alojado Raúl.

Él, cabizbajo y triste se retiró, no sin antes hacer una parada en el cuarto donde yacía su aún mujer.

—Aunque no te lo creas, todavía te amo —dijo Raúl desde la entrada a su habitación, justo antes de marcharse.

Cris le oyó perfectamente, no obstante, se hizo la dormida. Apretó los dientes y sus ojos volvieron a llenársele de lágrimas; se envolvió en la sábana e intentó mecerse en los brazos de Morfeo, lo cual solamente conseguía a base de pastillas.

Capítulo 15

Raúl cogió el vuelo a primera hora de la mañana. Llegaría a Madrid con más dudas que con las que se fue. De camino a casa compró un coche de juguete para el niño, uno de esos deportivos coloridos que tanto le apasionaban al chaval.

—¡Papi! ¡Por fin!

Alex se colgó de su cuello.

Verónica lo esperaba sentada en el sofá del comedor con cara de pocos amigos.

—¡Va, cariño! —Se acercó a su hijo—. Acabamos la sopa y a dormir la siesta. Dejamos a papá descansar y después jugáis.

—¡No tengo sueño! —se quejó el pequeño.

—Siempre dices lo mismo, enano, y luego te quedas como un tronco durante tres horas. —Raúl lo besó en la frente.

Esperaron a que el niño acabara de comer y lo llevaron a dormir, con la promesa de que al despertar irían al parque a jugar.

—Voy a darme una ducha rápida, ¿quieres unirme?

—No, mejor te espero aquí. Tenemos que hablar.

Raúl se duchó, se puso ropa cómoda y volvió al salón. Se sirvió una cerveza y se sentó junto a Verónica.

—¿Cómo está tu hija? —Intentó que no sonara frío, sin conseguirlo.

Le explicó con pelos y señales los detalles de todo lo que estaba ocurriendo con Mia...

—¿Eso quiere decir que te vuelves a Barcelona? ¿Nos dejas?

—Verónica, debo estar con ellas. Vendré cuando pueda.

—Cristina tiene razón: eres un cabrón, nos has engañado a las dos.

—Ya hemos hablado de esto. Se me fue de las manos. Nunca quise hacer daño a nadie. Y no, no estamos juntos. En cuanto podamos se lo explicaremos a las niñas y me iré de esa casa.

—¿No me amas?

—Sí, te quiero. Ya lo sabes.

—Y a ella, ¿la quieres? ¡No me mientas!

—No empieces, Verónica.

—¿Cuál es el plan, entonces? ¿Te divorcias y volvemos a casarnos para que sea legal? No entiendo nada, Raúl. Estoy confusa, ¡mucho!

—Quiero que volvamos a Barcelona. No quiero perder a mis hijas y... ya veremos qué hacemos.

—¿A Barcelona? ¿Y mi trabajo, qué?

—Ya sabes que hay una oficina allí. Pediremos el traslado.

—¿Sabes qué creo? Que lo quieres todo y eso no puede ser.

—Lo tengo decidido. Si quieres, vienes; y si no, te quedas aquí, pero Alex se viene conmigo.

—¡Y una mierda! ¡El niño vivirá conmigo!

—Verónica, estoy pasando por un momento muy duro: o vienes o te quedas, así están las cosas. Tengo mi piso de soltero en Barcelona, así que no supone ningún problema. Nos podemos instalar los tres allí, buscamos un colegio para el niño y vemos cómo va todo. Es lo que puedo ofrecerte ahora mismo.

—Podría denunciarte por lo que nos has hecho, sin embargo, soy una imbécil que está locamente enamorada de ti y no lo voy a hacer. Aún no sé por qué. —Suspiró en el vano intento de encontrar una explicación, sabiendo de antemano que se estaba equivocando.

—Si no hubieras insistido con lo del matrimonio cuando nació el niño, nunca me hubiera casado...

—¡Eres cruel! No sabes el daño que me estás haciendo.

—Es la única verdad. Podíamos haber seguido viviendo juntos y ya está. Con Cris no me une nada más que mis dos hijas y sabes que te quiero a ti... Mira todo lo que he llegado a hacer por estar contigo.

—Aún resultará que la culpable soy yo... Eres increíble.

—Pero me amas y eso es lo único que importa.

Se acercó a ella y la agarró por la nuca, atrayéndola hacia su boca. Estaba enfadado y la besó con fiereza... A Raúl los enfados se le hacían más llevaderos practicando sexo.

—¡No quiero! ¡Aparta! —Intentó zafarse de él, aunque su cerebro no acompañaba a su corazón.

—Sí quieres... Lo noto, lo sé. —Palpó su húmeda entrepierna—. Me deseas tanto como yo a ti...

Le arrancó la blusa y acarició sus pechos erectos. Los lamió mientras ella gemía de placer.

Lo hicieron en el sofá, con brusquedad, alcanzando el clímax con suma facilidad.

Verónica se levantó furiosa tras el acto.

—¡Joder, Raúl! ¡No puede ser que cada vez que tengamos un problema lo intentemos solucionar follando!

—Piensa en lo que te he dicho. Instalémonos en Barcelona y todo será más fácil, ya no hay razones para vivir aquí.

—Claro, se ha destapado tu sucia mentira y ya no hay necesidad de estar a seiscientos kilómetros de distancia.

—Piénsalo y dime algo. Volveré a Barcelona el viernes y necesito que, para entonces, me des una respuesta.

—También deberemos decirle a Álex que tiene dos hermanas... ¡Ya me dirás cómo!

—Es pequeño y no será complicado. Se lo explicaremos llegado el momento.

—Necesito tiempo para meditar, Raúl.

—Creo que no hay nada que pensar, nena. —Tras unos segundos de silencio, Raúl continuó—. Salgo a correr un rato, necesito que me dé un poco el aire.

Se vistió con prendas deportivas y salió disparado, dejándola con la palabra en la boca.

Verónica tomó una ducha y se preparó una infusión mientras meditaba llorando a lágrima viva. Los celos la estaban matando y estaba enfadada con ella misma. Sentía cómo su dignidad la observaba desde lejos riéndose de ella... No quería ser el segundo plato de nadie.

Su matrimonio era una farsa y vivía inmersa en un cuento que se había tornado maléfico. Lo amaba, pero no deseaba vivir con el miedo en el cuerpo cada vez que su «marido» saliera de casa.

Eran ya demasiados años navegando en un mar de mentiras. No era justo ni para ella ni para Álex. O todo o nada, o blanco o negro, y sabía que con Raúl nunca lo tendría, pues había sido capaz de llevar esa doble vida durante tiempo sin pestañear.

No quería denunciarlo y que tuviera problemas, eso tampoco, sin embargo, estuvo pensando unos pocos minutos sobre ello y siguió un impulso... Llenó una bolsa con cuatro cosas para ella y su hijo y se fueron dejándole una nota.

Raúl, no me busques. Necesito distanciarme y meditar. No me fío de ti, ya no. Me llevo al

niño, pues necesita una madre, espero que lo entiendas. Algún día te contactaré, no obstante, te suplico que me des el tiempo que necesito para aclararme. Me iré lejos, no sabrás a dónde. Te he querido más que a nada ni a nadie y lo arriesgué todo por nosotros, aun así, no puedo seguir ahogándome en mis propias dudas y muriendo entre mis delirios. Siento que me falta el aire. Verónica.

Salió corriendo con el niño aún medio dormido en brazos, la mochila y el peluche favorito del pequeño, y cogió un taxi sin saber exactamente a dónde ir.

Raúl regresó a casa y la encontró vacía. Apretó los puños al leer la nota...

—¡Zorra! ¡No te llevarás a mi hijo! —gritó enfurecido mientras golpeaba la pared hasta pelarse los nudillos.

Decidió regresar esa misma noche a Barcelona, no sin antes empezar a urdir un plan para encontrar a Verónica y, lo más importante, a su hijo.

Capítulo 16

Raúl pasó todo el vuelo pensando en cómo encontrar a Verónica. Tenía sus recursos, desde luego, y no pensaba pasar por alto el «incidente». No podía denunciarla por llevarse al niño, ya que ella podría hacer lo mismo con él... Era una situación complicada.

No era tonto y sabía que tarde o temprano la encontraría.

Una vez en Barcelona, y como ya era tarde, prefirió quedarse en su piso de soltero, ese lugar donde solía llevar no solo a Verónica, sino también a cualquier mujer que se le pusiera a tiro.

Envió mensajes a varias conocidas de Verónica, sin éxito. A algunas de ellas incluso se las había follado en algún momento de su vida. Empezó a sentirse frustrado al no conseguir dar con ella.

«Maldita puta estúpida» —murmulló a solas.

Cogió el móvil y llamó a Sandra, una amiga íntima de Verónica que conoció en Barcelona unos años atrás. No se llevaban demasiado bien, sin embargo, si alguien podía saber de su paradero tenía que ser ella. Descolgó al primer tono...

—¿Qué quieres, Raúl? —respondió muy seca.

—Ya sabes qué es lo que quiero: saber dónde están mi hijo y mi mujer.

—¿Tú mujer? ¿Cuál de ellas? —ironizó.

—Nuestros problemas privados no son asunto tuyo.

—Verás... Nunca me he creído nada relacionado contigo, eres un ser oscuro y mentiroso. Le he dicho mil veces que te deje y por fin me ha hecho caso.

—No entiendo tanta inquina...

—Eres un farsante, lo sé desde el primer minuto; un psicópata emocional de manual. Mucha fachada, pero eres únicamente eso, un espejismo.

—Te repito que a ti eso no te incumbe. Solo quiero hablar con ella.

—No quiere verte y no deberías insistir. Te ha pedido espacio, un tiempo para pensar. Si de mí dependiera estaría todo dicho y no volverías a verle el pelo.

—¡Sandra, necesito verla! Me he separado de verdad y no estoy con Cristina. Si no lo hice antes es porque está loca... Es una decisión firme. Solo me importan ella y Álex.

—No insistas, me lo ha explicado todo: cuando tu mujer se presentó en Madrid, tu doble juego... Tienes muy poca dignidad y piensas que las personas están ahí para que tú las utilices a tu antojo.

—Sandra, ¿está en Barcelona? ¿En tu casa?

—¡Por supuesto que no! No somos idiotas... Ambas sabíamos que me preguntarías. ¡No la encontrarás nunca!

Raúl colgó el teléfono y lo lanzó contra la pared rompiéndolo en mil pedazos. Decidió que, al día siguiente, iría directamente a casa de Sandra para hablar con ella cara a cara.

Cristina acompañó a su padre a ver al doctor De la Serna. Insistió en que quería estar con él.

Le hicieron varias pruebas y, al poco, rato el médico entró en la consulta...

—Jorge, en líneas generales tu estado de salud es bueno, dentro de la gravedad que supone tu enfermedad. Si comparo los resultados con el análisis anterior, la analítica no muestra alteraciones importantes.

—Ya te dije yo que no me iba a dejar ganar la partida tan fácilmente —respondió.

Cris miró a su padre con orgullo. Era un hombre muy luchador y en los últimos meses de su vida estaba plantando cara con muchísimo valor.

—Nos vemos en quince días entonces —añadió el doctor—. No dejes de llamarme ante cualquier cambio, por pequeño que sea.

—Aquí estaremos —contestó Cris.

Al salir, Jorge se dirigió a su hija.

—Creo que es el momento perfecto para hablar con mamá, pero lo haré solo.

—¿Seguro que no quieres que esté contigo?

—No, hija. Esta noche la llevo al teatro, después le contaré todo. Solo necesitaba reunir fuerzas y hoy Carlos me las ha dado. Parece que la dama de la oscuridad no tiene la prisa que habíamos pensado en acudir a mi encuentro.

Besó a Cris en la mejilla.

—Te invito a almorzar —continuó—, me apetece mucho estar con mi niña.

—Claro, papá. La niña se ha quedado con Merche y Mara está en el colegio. Comemos, recogemos a la peque y volvemos a casa.

Almorzaron en uno de los locales favoritos de la familia, Ca la Pili, que no era más que un restaurante de barrio, familiar y acogedor, con un menú diario de doce euros, en donde cocinaban la mejor *escudella* de Barcelona, a la que ambos les volvía locos.

Recogieron a Mara y regresaron a casa. Jorge se fue directo a la suya, ya que disponía del tiempo justo para cambiarse y acudir al teatro.

Cris entró por la puerta y se encontró a Raúl sentado en el sofá, jugando con Mia.

Se extrañó, pues pensaba que aún andaba por Madrid y, además, no le había avisado que volvía... y mucho menos a casa.

—Raúl, ¿puedes venir un momento?

Se dirigió hacia la pequeña sala junto al comedor, donde tenían la biblioteca, que también usaban como sala de entretenimiento.

—He vuelto antes de lo previsto, disculpa que no te haya avisado. —Se adelantó observando en su cara que no le había gustado verlo allí.

—Deberías haberlo hecho, no te esperaba. No me hace ninguna gracia que te presentes aquí como si no pasara nada.

—Te he pedido perdón. Tienes razón, debí informarte. He dejado a Verónica... —mintió.

—¡No me cuentes tu vida! No me interesa si estáis juntos o no..., eso no modifica en nada mi decisión.

—Solo quería que supieras que para mí lo importante sois vosotras. —Intentó coger su mano, pero ella la rechazó.

—¿Y tu hijo? ¿Qué pasa con él? ¿No te das cuenta de que no es tan simple? Eres un inconsciente.

Cris salió de la sala y se dirigió hacia su habitación en la planta de arriba.

—Hablemos, Cris...

—Déjame tranquila, te lo suplico.

Raúl regresó junto a Mia, cabizbajo, y a los pocos minutos subió las escaleras en busca de Cristina, en el justo instante en que salía de la ducha.

—¿Qué haces en mi habitación?

—¡Nuestra! Hasta hace bien poco.

La cogió por la nuca con una mano mientras con la otra soltaba el pliegue de la toalla que

envolvía su húmedo cuerpo y esta cayó a sus pies. Le acarició un pecho con el dorso de la mano, delicadamente y disfrutando de cada centímetro.

—Eres tan bella... y yo tan imbécil... Te he tenido que perder para darme cuenta de todo lo que te quiero...

Cris permaneció muda unos instantes dudando por un segundo y evocando lo mucho que aún le deseaba. Cerró los ojos anhelando que los últimos meses hubieran sido una simple pesadilla, pero de repente los abrió y lo vio claro. Le dio una fuerte bofetada que resonó por toda la habitación.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¡Te juro por Dios que si vuelves a tocarme te mato!

Recogió la toalla y se cubrió, a la vez que le indicaba con el dedo que se fuera por donde había venido.

Raúl sintió la frustración pegada a su piel, sabiendo que la había perdido para siempre.

—Sé que te he hecho un daño irreparable... No sabes cómo lo siento.

—¡Márchate! No quiero verte más por aquí.

—¿Y las niñas?

—Dales una excusa de las tuyas, sabrás cómo hacerlo. Eres el rey de las mentiras, haces malabares con las personas, eres un profesional del engaño... Quiero que te largues de mi casa, ¡ya! Mía está mucho mejor. De hecho, mañana vuelve al cole. No tardaremos en explicarles lo que ocurre entre nosotros, la verdad. No me parece justo estar viviendo esta farsa ante ellas.

—Cris, recapacita. Solo unos días más...

—No te quiero por aquí. Lo nuestro ha muerto y me dan náuseas cada vez que te siento cerca. Mañana te llamaré mi abogada para fijar un régimen de visitas con las niñas. Nunca me negaré a que las veas, puedes estar tranquilo en ese aspecto.

Las crueles y, a la vez, sinceras palabras de Cris se le clavaron directamente en el corazón.

—Por cierto, anoche me llamó Verónica: me dijo que te ha dejado y que se ha largado; sigues mintiendo como un bellaco. Lo perderás todo, Raúl.

Tal y como Cris le indicó, se excusó con las niñas y salió por la puerta.

Capítulo 17

Raúl se despertó con una fijación: ir a casa de Sandra y sonsacarle como fuera dónde se escondía Verónica.

Cogió su deportivo y se dirigió hacia Sant Cugat, población muy cercana a Barcelona. Sandra vivía en una casa enorme en la mejor urbanización de la zona. Fue lo único que sacó de su divorcio con un rico empresario ruso que la dejó por otra más guapa, más joven y menos arpía.

Raúl la conoció en una fiesta de unos amigos comunes mucho antes de irse a vivir con Verónica, aunque ya salían juntos. Tuvieron un lío que duró un par de meses. Eso sí, se trataba de puro sexo y no implicó nada más. Era una de las muchas amantes que pasaron por su cama durante esa época. Ella decidió dar carpetazo al asunto cuando se enteró de que su amiga sí estaba enamorada, ya que la amistad era sagrada para ella. Se dieron cuenta desde ese momento de que iba a ser difícil llevarse bien, pues eran como el agua y el aceite, sin embargo, en el fondo, los dos eran iguales..., pensaban que el dinero podía comprarlo todo, y eso no siempre funciona, especialmente en lo que se refiere a sentimientos. A partir de ese momento se vieron solamente en unas pocas ocasiones, y con amigos.

Llegó y aparcó justo delante de la lujosa vivienda y, decidido, subió hasta llegar al porche de esa casa que conocía tan bien.

—Te esperaba de un momento a otro —dijo Sandra al abrir la puerta envuelta en una ligera bata de raso color *nude* a conjunto con su camisión.

—¿Dónde está Verónica?

—Pasa, te pondré una copa.

—Es un poco pronto para copas, veo que no has cambiado tus hábitos.

—No te hagas el mojigato conmigo...

Sirvió dos *whiskeys* de su mejor botella irlandesa, con mucho hielo. Eran solo las once de la mañana.

—No quiere verte; ¿qué parte no entiendes? —siguió—. Has jugado a dos bandas, quizá a más... Te conozco muy bien y sé que ella no ha sido la única, y eso está muy bien cuando tienes una relación abierta, pero no es tu caso. Te gusta jugar con fuego y llevarlo todo al extremo..., lo quieres todo. No te has quemado, te has carbonizado.

—No me juzgues, tú no eres mejor que yo...

—Yo no me he casado con otro estándolo ya. Nunca te conformas con poco. Te ha explotado la bomba en la cara y no mereces menos.

—¿Me vas a decir dónde cojones está? ¡Tiene a mi hijo, podría denunciarla!

—¡No me hagas reír! Ella también a ti, no lo olvides. Te ha pedido tiempo, dáselo.

—Eres una zorra. Siempre quisiste que nos separáramos.

—Porque sabía cómo la ibas a tratar. Lo llevas en la sangre: eres infiel por naturaleza.

Raúl la cogió del cuello y la apoyó contra la pared haciendo fuerza y levantándola unos milímetros del suelo.

—¡Dime dónde está!

Sandra no podía respirar. Él se dio cuenta de que estaba utilizando demasiada fuerza y tan solo quería asustarla, presionarla para que le dijera dónde estaba escondida Verónica con el niño. La soltó.

Ella corrió atravesando el salón y cogió un cuchillo de la cocina.

—¡Eres un hijo de perra!

Se dirigió hacia él esgrimiendo el cuchillo de forma amenazadora. La esquivó como pudo, cogió su brazo y se lo retorció hasta que logró que soltara el arma. En ese instante, ella le pegó una patada en los testículos haciéndolo caer de rodillas, gritando de dolor. Sandra intentó salir corriendo de nuevo, pero él la cogió por uno de sus tobillos, desestabilizándola y haciéndola caer, golpeándose la cabeza con el reborde de la chimenea.

Sangre, mucha sangre... Silencio, miedo...

Raúl se aproximó.

—¡Dios mío! ¡Sandra! —Se echó las manos a la cara.

Le tomó el pulso, pero ella no reaccionaba... Estaba muerta.

Toda su vida pasó por su cabeza en pocos segundos. Había sido un desafortunado accidente. Él no quería matarla, pero iba a ser muy difícil explicar lo sucedido a la policía, y más tras el altercado que había tenido con su mujer semanas atrás y que lo llevó a comisaría.

Pensó rápido. El vaso con sus huellas fue lavado, así como también diversos rincones de la casa donde él intuyó que pudieran quedar rastros. Eliminó cualquier indicio de su paso por la vivienda apresuradamente y salió de allí intentando que nadie lo viera. Era una urbanización tranquila, de poco tránsito, y eso le calmó. Subió al coche y salió a toda velocidad.

Tomó la autopista sin saber todavía a dónde se iba a dirigir; solo condujo sin rumbo fijo. Necesitaba quitarse esa imagen de la mente. Él era cualquier cosa menos un asesino.

Llegó hasta Berga, a unos noventa kilómetros de distancia. Conocía un pequeño hostel familiar donde podía quitarse de en medio durante unos días, sin preguntas. Luego, cuando todo estuviera más calmado, ya volvería o, caso de seguir la cosa revuelta, ya pensaría en otra opción. Estaba asustado. Por primera vez en su vida temió lo peor. No quería tener sus manos manchadas de sangre. Era conocedor de que estaba metido en un buen lío.

Mandó un escueto mensaje a Cris diciéndole que estaría unos días fuera por trabajo y así permanecería recluido en esa pequeña localidad un tiempo sin levantar sospechas.

No tardó en salir en las noticias el hallazgo del cuerpo:

Esta mañana, a las trece horas, ha aparecido el cuerpo sin vida de Sandra Vivancos, exmujer del acaudalado magnate del petróleo Ruso Igor Sokolov, en su casa de Sant Cugat. Fue descubierto por una empleada del hogar al incorporarse a su jornada laboral. No hay signos de violencia. La policía baraja todas las hipótesis e investiga si pudiera tratarse de un accidente o, por el contrario, de un homicidio.

Ese telediario de las nueve de la noche petrificó a Raúl, pero le dio un rayo de esperanza: el accidente no estaba descartado. De hecho, lo fue. No quiso en ningún momento acabar con su vida, pero huyó de allí complicando su implicación. Hubiera sido demasiado complejo tener que explicarlo... Una mujer con la que has tenido un *affair*, amiga de tu mujer, que a la vez no es tu mujer porque eres bígamo...

Capítulo 18

El móvil de Cris sonó a primera hora de la mañana; era su madre.

—Cris, una ambulancia acaba de recogernos... Vamos al hospital, papá está muy mal. Ayer pasó el día vomitando y —Se ahogaba entre lágrimas— esta mañana tenía mucha fiebre; ha llegado un momento en que no me reconocía, decía cosas sin sentido. ¡No sé qué pasa! Parecía un simple virus de estómago.

—Voy para allá inmediatamente.

Cristina cogió un taxi, estaba demasiado nerviosa para conducir. Llegó al hospital y se encontró con su madre en la sala de espera.

—Está dentro, ¡no me dejan estar con él!

—Le están haciendo pruebas, mamá.

—No es el cáncer, ¿verdad? ¡Dime que no, hija! Dime que es algo que le ha sentado mal... — Helena cogió la mano de Cris en busca de lo que realmente quería escuchar.

—¿No te ha contado nada?

—¿De qué hablas, cariño?

Cris se lo explicó todo. Su madre no tenía ni idea y pensó que, al final, no reunió el valor necesario para confesárselo.

—¡Este hombre no tiene remedio! Hace meses que sospecho que algo le pasa... No entiendo por qué no me lo ha dicho.

—No quiere hacerte sufrir.

Se abrazaron y permanecieron así largo rato, hasta que apareció el médico de urgencias.

—Hemos llamado al doctor De la Serna. Es su médico y teníamos orden de avisarle cuanto este momento llegara: está muy mal... Como saben, su cáncer se extendió al hígado y al pulmón — el médico prosiguió como si Helena fuera conocedora de las últimas novedades—. Sufre una insuficiencia hepática aguda.

—¡Explíquese! ¿Qué significa? —preguntó Helena.

—Su hígado no funciona. No es capaz de ayudar en la desintoxicación del organismo, debido a que este metaboliza sustancias potencialmente dañinas tornándolas inocuas. Esto le ha provocado una encefalopatía hepática empeorando su función cerebral, ya que las toxinas le han llegado al cerebro. Por explicarlo con pocas palabras...

—¿Es el final? —preguntó Cris.

—Es el principio del final. Sus órganos empiezan a fallar, no obstante, no podemos asegurar si el fatal desenlace sucederá mañana, pasado o dentro de una semana...

—¿Puede recuperarse? —interrumpió Helena—. ¡Algo se podrá hacer!

—Ahora le vamos a poner una vía y una sonda para...

—¡No lo hagan! —intervino Cristina—. Mi padre firmó el consentimiento vital: no quiere que le alarguen la vida de forma artificial. No tengo aquí los papeles, pero puedo ir a buscarlos.

Helena la miró sorprendida ante la entereza que su hija estaba demostrando en tan delicado momento y, además, sabiendo que ella tenía instrucciones precisas. Jorge no solía dejar cabos sueltos.

—No es necesario que los traiga —dijo el médico—. Sinceramente, es la mejor decisión que pueden tomar. Si no les importa, quisiera hacerle un TAC y esperar a que llegue el doctor De la

Serna.

En ese justo instante este entraba por la puerta, todavía vestido de calle, portando la bata y el estetoscopio en la mano.

—Helena... —La abrazó con cariño—. Vamos a hacerle un par de pruebas. Entiendo que el doctor Prado ya os ha puesto al corriente de la situación.

Helena y Cris asintieron.

Le hicieron las pruebas, fueron unas pocas horas y los dos médicos valoraron la situación: no había vuelta atrás. El cáncer estaba ganando la batalla. Aunque luchara como un jabato, se había apoderado de las pocas fuerzas que le quedaban.

—Helena, Cristina. —Carlos se dirigió a ellas—. Creo que lo mejor es que le sedemos. No habrá vuelta atrás..., será lo que su enorme corazón aguante —dijo el doctor y amigo visiblemente afectado—. Le daremos morfina para que no sufra en estos últimos momentos. Es lo que él quería.

—Lo sé —intervino Cris con los ojos enrojecidos.

—¿Podemos estar con él? —preguntó Helena.

—Todo el tiempo que deseéis. Ahora mismo lo trasladaremos a una habitación en una planta tranquila y podréis estar junto a él en todo momento.

—Una vez se duerma, ¿no recuperará la conciencia nunca más? —intervino Cris.

—No. De hecho, ahora está despierto, pero no conoce a nadie. Es por las toxinas: han envenenado su cerebro, pues su hígado es incapaz de limpiar su sangre, como os han explicado. Lamento mucho esta situación. —A Carlos se le llenaron los ojos de lágrimas recordando su vieja amistad.

—Hagámoslo. ¿Estás de acuerdo, mamá? Es lo que él quería.

Helena asintió entre lágrimas, siendo incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. No se podía creer que su marido ya no estuviera como tal. No podía imaginarse la vida sin él, pero desde luego no quería que padeciera lo más mínimo.

—Le suministraremos la medicación. No se angustiará, os lo garantizo.

—¿Qué pasará a partir de ahora? —preguntó Helena.

—Se dormirá y se irá poco a poco. Es importante que sepáis que no va a padecer en ningún momento. Es como cuando una vela se va apagando...; puede durar horas, algunos días..., no se sabe con certeza.

—No pienso moverme de su lado —indicó Cris aferrada a la mano de su madre.

Subieron a Jorge a la planta séptima. Tal y como el médico había indicado, se trataba de una planta tranquila; supusieron de inmediato que a ese lugar enviaban a la gente a morir en paz y lo agradecieron. Las enfermeras eran maravillosas, concienciadas con lo que allí, por desgracia, sucedía a menudo.

—Deberíamos avisar a la familia y amigos cercanos, cariño. —Helena suspiró—. Quizá quieran despedirse de él...

—Sí, creo que es justo. Avisaré a todos.

Al primero que avisó fue a Pablo. Quiso hacerlo por teléfono envuelta en lágrimas. Sabía que adoraba a su padre y que le gustaría pasar por el hospital a decirle adiós. Era tarde, las diez de la noche de un viernes y no tardó en llegar: fue el primero. Jorge se encontraba ya bajo los efectos del potente sedante que no le permitiría despertar jamás. Se le veía tranquilo y con la cara mucho más relajada que cuando aún conservaba la consciencia. En realidad, parecía feliz. Avisó también a la Tata, para que se quedara con las niñas; eso no iba a ser un problema, pues Merche era como de la familia.

Pablo cogió la mano de Jorge nada más entrar por la puerta y no pudo evitar que una lágrima

resbalara por su mejilla. No le importó parecer débil ante la mujer que amaba: adoraba a Jorge tanto como si se tratara de su propio progenitor, no en vano había ejercido un papel similar con él desde que su padre partió al otro mundo, ya hacía algunos años.

—Jorge, ¡cómo te echaré de menos! —le habló pese a que sabía que no le oía—. Va a ser muy duro sin ti..., has sido como un padre para mí.

Cris se acercó y le acarició la espalda en un gesto cariñoso de consuelo.

—El médico nos ha comentado que no sufre..., es lo que él quería. —Lo abrazó notando así una calidez indescriptible y sintiendo un pequeño escalofrío distinto al de otras ocasiones.

—Cualquier cosa que necesites, llámame. Mañana volveré a pasar y os relevaré un rato.

—No es necesario, Pablo.

—Quiero hacerlo.

Se quedó un rato más con ellas y a medianoche regresó a su casa, ya que sentía que debía darles intimidad en esa situación tan delicada. Con el alma medio partida se metió en la cama intentando por todos los medios dormir. Recordó algunos de los momentos vividos junto a Jorge y se le encogió el corazón. No podía ni quería imaginarse la vida sin él, sin sus lecciones laborales y de lo mucho que había aprendido de la vida a su lado; sentía que se lo debía todo profesionalmente hablando.

A la mañana siguiente, Cristina se puso en contacto con Raúl para informarle de la situación. Fue muy escueta utilizando un mensaje instantáneo que no fue respondido en ese momento. Pensó que estaría de viaje y ni siquiera sabía dónde. Le pareció descortés no explicarle que su suegro se estaba muriendo..., quisiera o no quisiera, seguía siendo oficialmente su marido.

La noche pasó y ninguna de las dos se movió de la habitación. Estuvieron permanentemente pendientes de su respiración, cada vez más espaciada entre exhalación y exhalación, «como una vela que se apaga», retumbó en su cabeza la frase pronunciada por el doctor. Cristina miró por la ventana observando cómo amanecía en Barcelona; el tráfico a esa hora aún estaba tranquilo, la ciudad comenzaba a despertar y ella sintió que ese día iba a ser el último. Barajó la idea de traer a las niñas a que se despidieran del abuelo, pero la descartó, pues Jorge estaba conectado a diversas máquinas y no hubiera sido para las pequeñas una tarea fácil de asimilar. Helena bajó a la cafetería a tomarse una infusión mientras Cris lloraba una vez más acariciando los cabellos de su padre.

—Papá..., estoy aquí... Dicen que no puedes oírme, pero —Suspiró profundamente—, también sé que puedes sentirme, como ahora sientes mi mano sobre la tuya ¿verdad? —Le secó el sudor de su frente—. Me darás fuerzas para seguir, lo sé. Voy a intentar ser fuerte... por mí, por mamá, por mis hijas..., a las que tú tanto amas. Eso no va a ser nada fácil. Quizá sea lo más duro que me ha pasado en la vida, verte aquí inerte, dormido, sabiendo que pronto te irás, aunque ¿sabes qué me consuela?, que vas a abrazar a Dani. —Se secó con el dorso de la mano las lágrimas que le caían por la mejilla—. Prométeme que nos vais a guiar, a cuidar... No podremos si no nos envías tu bendición cada día, papá...

Entró la enfermera que cada pocas horas le controlaba las constantes vitales. No hizo falta cruzar demasiadas palabras.

—¿Necesita algo? Puedo traerle unas galletas y un vaso de leche.

—No se preocupe, mi madre volverá ahora y bajaré a la cafetería de enfrente, así me dará un poco el aire.

—No dude en pedirme lo que necesite —intervino de nuevo la enfermera.

—Eres un ángel —respondió Cris con cariño.

A media mañana llegó Pablo. Había tenido el detalle de primero pasar por casa de Cristina y

meter en una bolsa una muda de ropa y algún que otro artículo de primera necesidad en su neceser.

—Muchas gracias, me va muy bien. Llevo unas pintas...

—Estás preciosa.

—Nos están tratando muy bien. Incluso nos han ofrecido un baño para asearnos... Con tu permiso, me daré una ducha rápida, ahora que estás con él; no lo quiero dejar solo.

—Tú pide lo que necesites...

A la hora de la comida la convenció para salir de entre esas cuatro paredes durante poco más de una hora y almorzar en un pequeño restaurante situado frente al hospital. A Pablo le sorprendió no ver allí a su todavía marido y le pareció muy canalla que aún no hubiera hecho acto de presencia en esos momentos tan delicados. Ni siquiera recibió una simple llamada... No preguntó y no quiso saber... Lo único que Pablo sentía es que debía estar junto a Cris en uno de los peores momentos de su vida.

Capítulo 19

No fue una sorpresa que esa madrugada, a las tres y quince minutos, Jorge exhalara su último suspiro, con la calma reflejada en el rostro, tal y como les habían prometido. Helena y Cristina situadas en la cabecera de la cama, acompañándolo a emprender ese viaje sin retorno, uno que debía hacer solo y que dejaría por el camino a muchas personas sin consuelo.

Fue curioso; el Barça ganó un campeonato esa misma noche y la gente seguía celebrando el triunfo de su equipo en la ciudad. Coches que tocaban el claxon y gente feliz cantando por la calle..., parecía un homenaje, ya que Jorge era un culé empedernido. Cris sonrió por un segundo, pensando en que a su padre le hubiera encantado estar allí, en la Font de Canaletes, celebrándolo como solía hacer con su camiseta azulgrana. Y seguro que lo estaba.

El doctor De la Serna se ocupó del papeleo. «*Exodus vitae* a las 3.15 a. m.». A Cristina le parecieron hasta bonitas y bucólicas esas palabras para definir la partida de su padre.

Sin esperar un minuto se hizo cargo de todos los trámites posteriores al fallecimiento, ya que a Helena le hubiera sido imposible, pues estaba tan afectada que salió de allí con una receta de tranquilizantes bajo el brazo.

El velatorio fue ese mismo día, que justo comenzaba, y el entierro sería un día más tarde. Jorge era un hombre querido y admirado, y tenían claro que mucha gente de distintas partes, no solo del país, sino incluso del resto de Europa querría venir a despedirle. Pablo les ayudó a contactar con todo el entorno laboral y social. Fue una gran ayuda.

Cris intentó localizar de nuevo a Raúl dejándole varios mensajes a los que él, de nuevo, no respondió. Lo dejó por imposible. Ya le daba igual; Raúl había pasado a un segundo plano. Helena estaba en casa de una amiga que la había acogido y cuidaba de ella.

Regresó a casa. Disponía de unas pocas horas hasta que el velatorio comenzara y sus pequeñas aún dormían. Merche se abalanzó a sus brazos hecha un mar de lágrimas. Hacía casi cuarenta años que conocía a la familia y lo sintió como si fuera un miembro más.

Estuvieron así unos minutos. Resultaba complicado distinguir quién consolaba a quién.

—Se fue sin sufrir, Merche, como él quería...

Merche seguía llorando sin consuelo.

—Debo explicárselo a las niñas —intervino Cris—, va a ser muy duro y difícil...

—Los niños son tan especiales... Estoy segura de que sabrás escoger las palabras adecuadas, eres una madre maravillosa. ¿Avisaste a Raúl?

Cristina la miró a los ojos. Le explicó que sí, que lo había intentado y que solamente le quedaba llamar a la oficina porque él no respondía a sus mensajes y eso empezaba a ser muy extraño. También se armó de valor para explicarle que se estaban separando, sin entrar en detalles escabrosos que solo le pertenecían a ella.

—Mi niña, pobrecita —se compadeció—. No mereces esto, hija. Te prepararé algo caliente.

—Gracias, Merche, pero mejor más tarde. Me estiraré un par de horas. Llevo dos días sin apenas dormir. Cuando se levanten las niñas avísame, por favor.

Se fue a la cama y agarró un peluche, el único que conservaba desde su tierna infancia. Uno que Jorge había conseguido en una feria cuando era una mocosa y que siempre estuvo con ella. Ese delfín medio tuerto ya, ajado por el paso de los años, lo conservaba como oro en paño. Eran bonitos recuerdos de la infancia. No durmió, pero estar abrazada a él alivió su dolor de alguna

manera.

Las niñas se despertaron solas y no hizo falta que Merche les avisara. Cris se duchó rápidamente y se vistió. Bajó cuando las pequeñas estaban ya desayunando.

Se acercó a ellas y las besó con cariño...

—Mamita, tienes los ojos rojos, ¿has llorado? —preguntó Mara, la pequeña.

—Hijas, os tengo que contar algo muy triste...

—Sé lo que ha pasado —contestó Mia—. Es el abuelo que se ha ido al cielo, ¿verdad?

Cristina se quedó petrificada y dejó hablar a la niña.

—Esta noche ha venido a verme y me ha explicado que se iba con el tito Dani y que no estuviéramos tristes —siguió—. No te preocupes, mami, ¡estaba muy contento!

—Sí, cariño. Eso os quería explicar. El abuelo se ha ido al cielo.

—¿Y podemos ir a verlo al cielo cuando queramos? —intervino Mara mientras se metía una cucharada de cereales con leche más grande que ella en la boca—. Allí no hace frío, ¿verdad, mami?

—No, cariño, no hace frío...

—No podemos ir, so tonta —dijo Mia—, ¡está muy lejos! ¡Ningún avión vuela tan alto! Cuando alguien se va al cielo lo puedes ver aquí —Se señaló el corazón—. Me lo dijo el abuelo hace tiempo.

—¿Se ha ido porque ya no nos quiere? —Mara arrugó la nariz, hizo un puchero y sus ojos empezaron a cristalizarse.

—No, cariño, al contrario: nos quiere muchísimo. El abuelito estaba muy enfermo y se ha ido con los ángeles...

—¿La abuela también se va a ir? —Mara comenzó a llorar.

—No, mi amor... La yaya está bien, mi vida.

—Mara, no llores. El abuelito está bien. —Mia la abrazó muy fuerte—. Además, me ha dicho que cuidará de nosotras.

—¿Y si tiene hambre? ¿Hay restaurantes en el cielo? Porque la yaya no va, ni la Tata... Entonces, ¿quién va a cocinar?

—Tranquila, pequeña... no pasará hambre.

—¿Y por qué estás triste entonces? —preguntó de nuevo.

—Es mi papi y no quiero que se vaya... Soy una egoísta, ¿verdad?

Mia se levantó y fue derecha hacia su madre.

—Mamita, te quiero mucho.

La pequeña se unió al abrazo y permanecieron juntas mucho rato. Cristina se dio cuenta de la madurez de su hija mayor y de la elocuencia de la pequeña, siempre con preguntas difíciles de responder. Se alegró de que fueran así: espontáneas, alegres, maduras a su modo... No podía imaginar mejores hijas.

Al día siguiente, tal y como estaba previsto, se celebró el sepelio de Jorge. La iglesia estaba abarrotada, tanto, que muchos tuvieron que quedarse fuera. Cristina y Helena confirmaron lo que ya sabían: que era un hombre muy querido y admirado y, por supuesto, nadie quiso faltar en ese último adiós. Nadie, excepto Raúl, que no se personó y ni tan solo contestó a las insistentes llamadas o a los mensajes de su todavía esposa.

Cerca de Cris, aunque en un discreto segundo plano, Pablo, que durante la ceremonia no pudo evitar verter sus lágrimas en más de una ocasión recordando lo que Jorge había significado para él. También sintiendo el dolor que Cristina emanaba por todos los poros, pese a su aparente serenidad: podía tocarlo, sentirlo... tan fuerte como si le clavaran una daga directa en el corazón.

Cuando todo hubo acabado, una discreta comitiva formada por los parientes y amigos más cercanos se dirigió al cementerio a despedirle. Pablo se atrevió en algún momento a coger la mano de Cristina, por unos segundos. Ella lo miró compasiva y afligida: sabía que para él era casi tan duro como para ella.

Empezaron a marcharse todos los integrantes, incluida Helena, apoyada por su mejor amiga, Mercedes. Cris se quedó sola con Pablo:

—Gracias, de corazón... —dijo mirándolo a los ojos.

Él clavó su mirada en ella y sonrió discretamente mientras le acariciaba el hombro.

—Necesitaré que te hagas cargo del negocio los próximos días. Estaré cerca, pero ni mucho menos al cien por cien; mi madre me necesita y tengo mil trámites que hacer.

—No necesitas pedirlo. Tómate los días que precisés. Si tengo alguna duda te llamaré.

—Sé que no es momento, pero quería comentarte que tengo varias entrevistas esta semana de las que tú deberías hacerte cargo: necesitamos una persona que nos asista, una mano derecha que nos gestione la agenda y realice tareas de oficina y de organización. Ya hace semanas que seleccioné varios currículos que me pasó la agencia de reclutamiento y mañana vendrán dos candidatas, ¿estás de acuerdo?

—Nos irá muy bien tener a alguien cerca. Te lo iba a proponer, de hecho.

—Te pasaré los detalles por correo. No sabes cómo te agradezco todo lo que haces por mí, por el negocio...

Pablo la cogió suavemente por la barbilla y a punto estuvo de besarla. No lo hacía por complacerla, él siempre estaría disponible para ella, en todos los sentidos.

—¿Quieres que comamos algo? —le propuso.

—Necesito descansar. Llevo muchos días sin dormir y, la verdad, no tengo apetito.

—Lo entiendo. Te acerco hasta casa.

—Tranquilo, vine con el coche. Me iré directa a recoger a las niñas y para casa.

—Intenta descansar, ya hablaremos; y no te preocupes por la finca.

—Sé que la dejo en las mejores manos.

—¿Has sabido algo de Raúl? —se atrevió a preguntar lo que llevaba días rondándole por la cabeza.

Ella se quedó unos segundos en silencio, meditando bien su respuesta.

—No..., y a estas alturas preferiría no volver a oír su voz nunca más. —Con esa frase él comprendió su estado de frustración, y no era para menos dadas las circunstancias.

Capítulo 20

Habían pasado ya unas semanas desde la muerte de Jorge y todos habían vuelto a sus vidas. Cris seguía sin noticias de Raúl y pensó en que simplemente se había quitado de en medio por alguna extraña razón que no lograba entender. Dejó de intentar contactar con él e informó a su abogada del hecho, y esta ya había denunciado formalmente el abandono del hogar, ante lo que pudiera ocurrir. La peor parte la llevaban las niñas, que no dejaban de preguntar por su padre a cada momento. Porque ya no era solo que no vivía en casa, es que ni siquiera las llamaba por teléfono como solía hacer casi todos los días antes de que se fueran a dormir. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. A Cristina se la llevaban los demonios y sabía que se le acababan las excusas que les daba para que no se preocuparan.

Ese viernes por la tarde llamaron a la puerta. Cristina abrió: era la policía. Dos agentes, una mujer alta y delgada de unos treinta y cinco años y un hombre algo más mayor. Ella llevaba la voz cantante.

—¿Es usted la señora Romero? —preguntó la mujer.

—Estoy separada del señor Romero. Soy Cristina Monferrat. —Estrechó su mano con la de la agente—. Pasen. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Tiene muchas multas acumuladas? Las de velocidad son su especialidad —ironizó.

—Soy la inspectora Paredes y mi compañero, el Sargento Herrera. ¿Tiene usted idea de dónde está?

—No. Hace semanas que no sé de él y ahora mismo prefiero seguir sin noticias tuyas. — Siguieron conversando ya acomodados en el salón mientras disfrutaban de una taza de café...

—Entiendo —respondió Paredes—. Es urgente que pase por comisaría a prestar declaración.

—¿Todo eso por unas simples multas?

—Señora Monferrat, Cristina, si me permites. —A Cristina le pareció correcto—. No ves mucho las noticias, ¿verdad?

Abrió los ojos, sorprendida..., dudosa ante los hechos de que se iba a enterar.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha hecho esta vez?

—Hace un mes, la señora Sandra Vivancos fue encontrada sin vida en su casa de Sant Cugat. En un principio se valoró la posibilidad de un accidente, pero cada vez toma más cuerpo que se trate de un crimen. Su marido, disculpe, exmarido, fue captado por las cámaras de seguridad del vecindario esa misma mañana cuando llegaba en su vehículo, que aparcó en la misma puerta del domicilio de la víctima. También fue grabado cuando se marchó. Necesitamos tomarle declaración de forma urgente.

Cristina hizo cálculos y rápidamente ató cabos, pues la desaparición de Raúl coincidía con el mismo día del presunto asesinato. Era todo demasiado extraño.

—Barajamos varias posibilidades y lo cierto es que él estuvo allí a la hora en que la víctima perdió la vida, según ha dictaminado el forense —siguió relatando la agente Paredes—. ¿Conocía usted a esta mujer?

—No, no tengo ni idea de quién es ni qué relación podía tener con mi exmarido. ¿Creen que fue él? Es un cabrón, perdón por el calificativo, pero no un asesino. —Se echó las manos a la cabeza y pensó en sus hijas.

—No te estamos diciendo que sea un asesino, simplemente tenemos conocimiento de que

estuvo por allí esa mañana y que se vio con ella. Lo que no sabemos es por qué motivo visitó el domicilio de la señora Vivancos, por eso necesitamos tomarle declaración. Hasta el momento, ninguna de las informaciones que hemos obtenido nos lleva hasta él y en su trabajo no saben nada... Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra y eso, Cristina, es muy sospechoso. Para colmo, su coche está matriculado en Madrid y resulta que tampoco vive allí... Los vecinos tampoco saben nada.

—¿Ha dejado su trabajo? —Cris cada vez estaba más sorprendida.

—Parece ser que durante esas mismas fechas y sin dar demasiadas explicaciones rescindió su contrato —intervino el agente Herrera—. Respecto a lo que uno es o no capaz de hacer... nunca se sabe, no acabamos de conocer bien a las personas, pese a que convivamos con ellas. ¿Seguro que no te suena de nada el nombre de la víctima? Puedes tomarte el tiempo que necesites.

—No, ¡no tengo ni idea de quién era esa mujer ni de que la conociera Raúl! Esto es muy surrealista, estoy alucinando. Hasta hace pocas semanas mi vida era idílica... Todo se ha desmoronado... —Cris sollozó.

—Cristina —siguió la inspectora—, ¿tienes la menor idea de dónde puede estar? Tarde o temprano lo encontraremos y creo que la mejor opción es que se presente voluntariamente y preste declaración. No puedo darte más detalles, de hecho, ya te he contado demasiado y no debería compartirlo, pero hay pruebas físicas de que estuvo en su casa. No sé si sabías que está fichado...

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡No me lo puedo creer! ¡Nunca me lo comentó! Como os he dicho, hace semanas que no le veo el pelo. Ni siquiera se presentó al funeral de mi padre, su todavía suegro. Bien pensado, si lo encontráis, encerradlo y tirad la llave.

—Cristina, no fue por nada grave, tonterías que se hacen cuando uno es joven, pero al estar sus huellas dactilares en nuestra base de datos, estas han sido cotejadas con unas encontradas en la vivienda, con resultado positivo... y eso no es una buena noticia para él. Si se pusiera en contacto contigo llámame enseguida. —Paredes le dio una tarjeta—. De hecho, tal y como pintan las cosas, vamos a pedir una orden de búsqueda y captura.

—Descuida, lo haré.

—¿Vives aquí sola? —preguntó Herrera.

—Sola no, con mis hijas. Son pequeñas.

—Ve con cuidado. Contáctame si surgieran novedades.

—Lo mismo te digo, informadme si dais con él.

Los agentes se despidieron y se marcharon.

Cristina cogió el teléfono y le dejó el enésimo mensaje a su todavía marido.

«Te busca la policía, han venido a casa. ¿Qué has hecho? Debes presentarte en cualquier comisaría. ¿Dónde cojones estás? ¡Estás loco! Piensa en tus hijas y en tu otro hijo... ¿Has matado a esa mujer? ¡Dios, Raúl! ¿Qué coño hacías allí?».

Obviamente, no recibió respuesta alguna.

Capítulo 21

Transcurridos dos meses, Raúl seguía desaparecido y la policía, tal y como advirtió, lanzó una orden de búsqueda y captura. Consiguieron seguir el rastro de la tarjeta de crédito, pero este se perdía en la localidad de Berga, donde sacó bastante cantidad de efectivo en distintas entidades bancarias. No la volvió a usar. Además, su teléfono también dejó de emitir señal, esta vez cerca de la frontera con Francia, dificultando la investigación. Y para colmo, su coche apareció abandonado en Toulouse, así que le perdieron la pista. Conforme los agentes avanzaban en su investigación se confirmaba que Raúl era un sospechoso más que tangible.

La víctima, Sandra Vivancos, tenía evidencias físicas de un forcejeo, y por ello comenzaron a indagar, dejando de lado la posibilidad del accidente. No tardaron en encontrar las huellas de Raúl en diversos lugares de la casa... Al fin y al cabo, ni era tan listo ni tampoco un profesional del crimen, así que cometió fallos de novato. Una vecina también confirmó haberlo visto salir de forma apresurada y coger el coche, desapareciendo con premura: no pintaba mucho a su favor.

Cristina se armó de valor tras unas semanas. Su madre ya era conocedora de la separación, no obstante, le faltaba hablar con las niñas. No le gustaba mentirles, pero en este caso endulzó cuanto pudo la explicación: les contó que los papis necesitaban estar separados y que papá iba a pasar una larga temporada fuera de casa, pues estaba trabajando en otro país. Poco a poco les iría contando la verdad. Durante los primeros días las niñas lloraron y no lo pasaron bien. Sin embargo, lo triste es que estaban tan acostumbradas a estar en un segundo plano en la vida de su padre que en poco tiempo dejaron de quejarse. Cada vez preguntaban menos por él y se espaciaban sus lamentos.

Pablo las entretenía, como solía hacer de tanto en tanto, llevándolas a tomar un helado o al circo, especialmente si Cristina estaba ausente por algún motivo, y eso quizá hizo que no fuera tan duro para ellas.

Cristina, mujer decidida y fuerte, intentaba en cada día vislumbrar un nuevo horizonte, tanto familiar como laboral. Decidió poner a la venta el domicilio conyugal y mudarse un poco más cerca de su madre y de la bodega... Esa casa, pese a que era suya, le traía demasiados recuerdos que se agolpaban en su pecho, ahogándola. Recibió diferentes ofertas por ella y las estaba estudiando. Pidió ayuda a Pablo.

—¿Qué te parece? Yo creo que esta es la mejor oferta que voy a tener encima de la mesa.

—No está nada mal. Todos éramos conocedores de que los Correa-Fernández estaban enamorados de tu casa. Siempre que jugaba al golf con él me lo decía.

—Incluso me han ofrecido más de lo que pedía, solo para estar los primeros en la lista.

—¿Seguro que quieres vender?

—Debo hacerlo. Esta casa es demasiado grande. Aparte, me trae demasiados recuerdos y deseo olvidar.

—¿Aún le amas después de todo?

—Es difícil de explicar —confesó—. Digamos que he abierto los ojos. He estado ciega mucho tiempo... Obviamente, no deseo estar con él, ni le amo con la misma devoción, sin embargo, tengo una sensación de abandono y vacío muy grande. Aún le doy vueltas sobre dónde estará y por qué ha huido... Pienso en las niñas y se me parte el corazón. Mi vida ha sido un infierno este último año... Necesito pasar página. Creo que merecemos ser felices.

—Sé que es muy fuerte todo lo que has vivido... Debes empezar a olvidarlo todo, no solo por ti, por tus hijas. Te necesitan. Y a él lo encontrarán, no lo dudes: al que al cielo escupe en la cara le cae.

—¿Y si no es culpable? ¿Y si hay una explicación? Lo sé, soy una imbécil ilusa, y si no fuera por los que estáis animándome... no sé qué sería de mí.

—Deberías aceptar la propuesta de compra, y si quieres salimos el viernes para celebrarlo. — Intentó cambiar de tema viendo que se venía abajo.

—¿Me estás pidiendo una cita? —A Cris le sonó extraña la propuesta, pese a que habían salido juntos mil veces.

—Puede ser. ¿Te animas? Dejamos a las niñas con tu madre o la Tata y te invito al cine y a cenar. Tienes que divertirte un poco y sacar a la Cristina divertida que te has empeñado en esconder.

—No me ha quedado otro remedio —se justificó—. De acuerdo. Hoy mismo pediré a mi abogada que prepare el papeleo de la compraventa y acepto encantada tu proposición. —Cris sonrió animada y ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que lo hizo—. Pero eso sí, invito yo. Me van a dar un pastón por la casa, es lo menos que puedo hacer. Hasta que encuentre la vivienda idónea viviré en la antigua masía del payés que cuidaba las tierras de la finca: es enorme y está acondicionada. Así no me tendré que dar tanta prisa.

Pablo asintió encantado. Quedaban dos días para la cita y ya estaba nervioso. Ella empezaba a mirarle de forma distinta a como solía hacerlo cuando estaba con Raúl, y lo notaba. ¿Y si después de todo había alguna pequeña posibilidad de que dejara de verle solamente como su amigo y paño de lágrimas? Regresó a casa sin perder la sonrisa. Esa tarde, a Pablo se le abrió una rendija por la que empezaba a pasar mucha luz. Se sintió por fin feliz tras mucho tiempo.

Como era de esperar, los compradores esa misma semana efectuaron todas las transacciones, no fuera que Cristina se lo pensara dos veces. Se vendió el inmueble en lo que canta un gallo.

Tenía Cris medio organizada la mudanza, aunque muchos de los muebles se quedarían allí por propio deseo de los compradores, a lo que Cristina no puso objeción alguna. Eran muebles hechos a medida y lo más probable es que no los aprovechara en lo que sería su nuevo hogar.

Antes de cerrar la puerta, por última vez echó un vistazo a su alrededor y suspiró con retazos de melancolía. Tenía claro que no todos los recuerdos eran malos, de hecho, entre esas paredes también había sido muy feliz: nacieron las niñas y allí dieron sus primeros pasos y tropezones. También, los muros fueron testigos de la pasión que sintieron, de los besos, las caricias y sus cuerpos amándose en cada rincón... Sin embargo, eso formaba ya parte del pasado y debía encerrarlo bajo llave y tirar esta al fondo del mar.

Como habían acordado, Cristina salió con Pablo, pero tal y como supuso, acabó llorando, recordando los malos tragos que la vida le estaba poniendo por delante. Pablo se desanimó, pues en su imaginación, en esa perfecta noche estrellada, ella debió acabar entre sus brazos, jugueteando con su piel hasta el amanecer...

Aunque significó un paso más conseguir sacarla de su encierro, su sueño distaba mucho de verse cumplido.

Capítulo 22

Las niñas aceptaron de buen grado ese cambio de domicilio y se amoldaron a una vida un tanto más rural, aunque ni mucho menos tenía que ver con el día a día de cincuenta años atrás. Iban a ir a un colegio inglés, cercano a esa pequeña población. No se sentían extrañas entre las viñas, que eran las mismas que las habían visto nacer..., las mismas en las que habían jugado con el abuelo, perdidos entre el sarmiento o ayudando al Señor Esteban, el ya nonagenario payés, que tantos años estuvo al frente de la vendimia, controlando que ese fruto creciera con la suficiente calidad como para hacer esos caldos que tanto se apreciaban en muchos rincones del planeta. Uno de los mejores vinos de la bodega, un excelente Cabernet Sauvignon premiado en diversas ocasiones, fue bautizado en honor a su apellido como Herencia Gispert, un homenaje tras pasar más de media vida en esos campos. Su edad no le permitió seguir por más tiempo con la dureza de ese trabajo tan y tan cansado y que tanto exigía. Sería su nieto, Javier, quien fuera ahora el que controlaba ese mismo proceso casi con tanto amor como lo hizo su abuelo.

Finalmente, no iba a significar un cambio tan drástico para las niñas y, además, dispondrían de su abuela mucho más a menudo. Helena vivía cerca de la finca, le gustaba la pintura y pasaba muchas horas paseando a través de las ochocientas hectáreas de terreno en busca del encuadre perfecto para su nueva obra. Al morir Jorge se escudó todavía más en el arte: le faltaba el aire y pintando sentía un poco de paz.

La Tata, soltera y sin familia a la que atender, no dudó en mudarse con ellas: la necesitaban más que nunca. Para Merche, aunque no hubiera lazos de sangre, los Monferrat eran como si en realidad la compartieran por sus venas.

Cristina, tal y como había planificado, se instaló en la masía anexa a la bodega, la misma donde vivió Esteban durante muchos años, hasta que encontrara un nuevo hogar que la hiciera sentir cómoda. No tenía prisa alguna, de hecho, empezó a desarrollar un fuerte aprecio por esa villa que había sido ampliada unos años atrás con el sueño de convertirlo en un hotel rural, proyecto que estaba aparcado por falta de tiempo y que Cristina pensaba retomar. En el patio se encontraba un pequeño huerto semiabandonado y decidió que sería bonito retornarlo a la vida involucrando a las niñas. Hasta entonces, esa casa había servido poco más que para quedarse circunstancialmente a dormir si la jornada se alargaba demasiado o ante cualquier contratiempo y, también, para organizar presentaciones de nuevos productos.

Viajó fugazmente a Madrid para asistir a una convención junto con otros productores de vinos. Pablo se quedó al frente de la finca. Dedicaban parte de su día a enseñar a Alicia, su reciente fichaje, para que estuviera informada de todos los procesos y maneras de trabajar.

—En el manual de procesos hay un paso que no sé muy bien qué significa, Pablo. —Ya tenían una cierta confianza y se tuteaban, lo cual siendo jóvenes era lo habitual—. Se trata del desfangado.

—Alicia, habrá muchas cosas escritas en ese manual que es normal que no entiendas, seguramente te sonarán a chino si no estás muy familiarizada con el mundo de la enología. El desfangado es la eliminación de las materias sólidas en suspensión existentes en el mosto después del prensado, en la elaboración de vinos blancos y rosados, y sirve para obtener un mosto limpio, de modo que en fermentación nos aportará aromas más netos. No es sencillo, tampoco pretendas aprender todo en las pocas semanas que llevas...

—Me siento tan a gusto trabajando contigo, bueno, con vosotros —rectificó—. Parece que hace años y no días... Quiero saberlo todo de este mundillo, ¡me apasiona!

—Poco a poco, las cosas requieren su tiempo.

—Sé que tengo mucha suerte: estoy aprendiendo del mejor. —Se acercó de forma inapropiada a él, casi rozándole, a pocos milímetros de sus labios.

Las mejillas de Pablo enrojecieron ligeramente y se apartó. Se sintió muy violento. Ella retrocedió unos pasos y se giró dándole la espalda. La vio alejarse con su ceñida falda de tubo gris marengo y su blusa blanca semitransparente...; quizá no era la vestimenta apropiada, pensó. Pero lo cierto es que le quedaba como un guante. Alicia se fue hojeando unos documentos que llevaba dentro de una carpeta, lo cual la hizo parecer más sexy e interesante. Era una mujer atractiva, sin duda, de unos treinta años, rubia y esbelta, con un cabello lacio y largo muy diferente al de Cristina. Él no era idiota y sabía que se le estaba insinuando, aun así, jamás iba a tener nada con ella. Era una compañera a la que quería hacer sentir cómoda, pero él era su jefe y ella su subordinada. Amaba a Cristina, aunque estuviera a años luz de su alcance. No obstante, Pablo tenía sus necesidades, como todo ser humano, y no pudo evitar sentir una cierta excitación.

—¡Alicia! —Alzó la voz para hacerse oír con claridad—. Mañana necesito que traduzcas el contrato de los americanos; lo tengo que enviar cuanto antes.

—Por supuesto, Pablo. Lo tengo casi terminado. El lunes a primera hora te lo dejaré en tu mesa.

—Pásamelo por correo electrónico, será suficiente. Gracias y hasta mañana. —Fue un tanto frío, intentando poner distancia y dejar claro quién era el que mandaba.

Ella se giró sonriendo ligeramente. Se pasó un mechón por detrás de la oreja y siguió a lo suyo, ignorando lo sucedido, como si nada hubiera ocurrido.

Cris aterrizó con en el último puente aéreo y regresó a casa. Estaba deseando abrazar a las niñas, aunque estas ya estaban en la cama cuando cruzó el umbral de la puerta. Cenó algo en el avión, un simple bocadillo y un refresco, y aunque la Tata le había dejado preparada y lista para calentar un poco de lasaña, prefirió comer una pieza de fruta y tomar una infusión. La reunión de Madrid había ido genial y, además, ese mismo día les dieron la gran noticia: su vino se hallaba entre los finalistas del premio Viña de Oro, otorgado por la prestigiosa revista *More than Grapes*. Estaba contenta, pero no podía evitar sentir que la pesada sombra de Raúl la siguiera perturbando. Ni su propio amigo, el investigador Juan Vicens, sabía nada de él: seguía desaparecido. Su pista se perdió en Francia bastantes semanas atrás. Ella solo pretendía que se entregara a las autoridades y no causara más daño y, por supuesto, disolver su matrimonio, esa odiosa mentira que ya se estaba alargando en el tiempo. Aunque su abogada le había comentado el hecho de que podía solicitarlo de igual manera como «divorcio por incomparecencia», prefería que diera la cara. Sus hijas, en especial Mia, habían desarrollado lo que los adultos llamamos resiliencia: alguna vez preguntaban por él, pero se amoldaban cada día a su ausencia con la entereza que a ella le faltaba.

Esa noche, la tempestad azotaba cual furiosa bestia, haciendo estremecer los tejados de la casa y provocando un fuerte apagón que dejó la finca a ciegas. Era algo habitual en la zona, aunque eso no evitaba que Cris sintiera un miedo inenarrable.

Cogió la linterna del cajón del sifonier situado en el comedor y subió a su habitación. Pasó a ver a las pequeñas y las arropó con mimo. Se metió en la cama, que estaba fría, ya que por la noche solía refrescar congelando las sábanas. Se durmió rápido. A medianoche, unos pasos la

despertaron: se oían ruidos extraños que provenían de la buhardilla. Con un gesto infantil se cubrió la cabeza con la colcha y empezó a sudar. Desde pequeña que odiaba la oscuridad tanto como a las tormentas, las temía con todas sus fuerzas. Sacó la mano y alargó el brazo hasta la mesilla, lo suficiente como para poder alcanzar el teléfono. Marcó el número de Pablo, no sabía a quién acudir más que a él, y este descolgó al primer tono.

—Pablo, hay alguien en la casa. Oigo pasos arriba.

—¿Qué dices?

—Ahora ha parado. Estoy aterrada.

—Está lloviendo con bastante viento, se habrá roto alguna ventana.

—Tengo miedo.

—Voy para allá. Llego en veinte minutos.

—No hace falta, tienes razón..., habrá sido la lluvia. Perdóname...; ya sabes que me da muchísimo miedo la oscuridad.

—No me cuesta nada venir y así desayunamos juntos.

—Como quieras, pero aún es pronto. No debí despertarte con mis paranoias. Últimamente estoy atacada de los nervios.

—Es normal, Cristina. Estás sola en una casa más vieja que un bosque; no hay luz y está cayendo una tormenta de miedo... Hasta yo lo tendría. —Intentó quitarle hierro al asunto.

—Sigue durmiendo. Mañana es sábado, día de descanso... Bueno, hoy.

—Tenía previsto pasar por la bodega, tengo algunos asuntos que resolver —insistió—, así que en un rato estaré ahí. Traeré unos churros.

—¡Genial! Me has convencido.

Ambos durmieron un rato más. Cristina se tranquilizó al oír una voz amiga que la calmara, eso siempre la ayudaba en momentos estresantes y especialmente si las palabras las pronunciaba Pablo: significaban un bálsamo de paz para ella.

Mara apareció pronto por la mañana, demasiado pronto incluso para ser una niña muy madrugadora.

—Mami, ¿puedo dormir un rato contigo? —preguntó bajito como si no quisiera que nadie más que su madre la escuchara.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Tuviste una pesadilla? Fue solo la tormenta. —Intentó que se sintiera mejor, pues veía en su carita un atisbo de preocupación.

Mara se metió en la cama con ella y la abrazó muy fuerte.

—Mami, ha venido a casa.

—¿Quién? ¡Nadie ha venido a casa!

—Era papá. Me desperté y le vi..., me dio un beso y me dijo que todo saldría bien.

Cristina se quedó sin palabras y achuchó a la pequeña. Una lágrima despistada se derramó por su mejilla. Dedujo que la niña echaba de menos a su padre y que todo lo que ella creyó vivir fue, en verdad, un sueño de aspecto muy real, como suelen tener los niños. Mara era una niña con una imaginación desbordante y lo demostraba todos los días. Tampoco era la primera vez que tenía un sueño que a la pequeña le parecía tan verídico.

Capítulo 23

Pablo llegó por mañana con los churros y un termo con chocolate caliente. Se acomodó en la cocina y preparó la mesa para cuatro.

—¡Buenos días, Bella durmiente del bosque! Todo lo que traigo es apto para diabéticos. — Sonrió.

—Lo tienes todo controlado, no lo dudaba. Empecemos nosotros; dejaré dormir un poco más a las pequeñas.

—¿Has subido al desván para comprobar si todo está correcto?

—¡No, qué va! Siempre me ha dado miedo subir ahí. ¡No voy sola ni de coña! —Agitó las manos con un exagerado gesto de negación.

—Luego subo yo, si quieres.

—Sí, mucho mejor —contestó aliviada—. Hoy Mara me ha dejado sin palabras.

—¿Qué ha hecho esta vez la pequeñaja? —preguntó con cariño sentido por la niña a la que prácticamente había visto nacer.

Cris le explicó el sueño de la niña.

—¿Te has planteado que quizá no fuera un sueño? —dijo Cristina al acabar la explicación como si eso fuera lógico.

—Raúl no es idiota, no se atrevería a ponerse en peligro de esa manera, por mucho que las eche de menos.

—No dejo de darle vueltas a la cara de mi hija cuando me lo estaba contando: estaba realmente convencida de que era él.

Pablo pasó una de sus manos por la parte derecha de su cabeza, acomodando un mechón rebelde de su cabello.

—Y si eso es así, ¿cómo ha podido entrar aquí sin que te enteres? Eso es poco probable, por no decir imposible.

Las niñas se unieron al desayuno y dieron por terminada la conversación, por el momento.

Al finalizar, subieron al desván. Cristina cogió su mano: le daba terror ese sitio enorme, oscuro y lleno de trastos antiguos. Él la sujetaba con fuerza.

—¡Qué raro! No hay ninguna ventana rota —intervino Pablo.

—Te digo que esta noche aquí había alguien. He podido notarlo con todo mi ser.

—A ver si será un fantasma... —Pablo bromeó mientras observaba la cara de terror de Cris ante ese comentario—. Es solo una broma... Puede tratarse de algún pequeño roedor; por aquí estará lleno.

—No estás consiguiendo que esté más tranquila —le riñó.

—Esta casa está en medio de la nada, en pleno campo. La naturaleza provoca ruidos extraños y más durante una tormenta.

—Sí, eso es cierto. —Intentó consolarse con ese comentario.

—Puedo mudarme aquí durante unos días. Esta casa es enorme y hay sitio de sobras. Ni siquiera notarás que estoy.

—Eso es pedir demasiado, Pablo.

—Lo hago encantado y, además, en esta época del año en la que estamos tan liados con la bodega, casi mejor.

—Como quieras, pero no te sientas obligado.

Pablo le guiñó un ojo afirmando su conformidad.

—Por cierto, no podré viajar a Londres para la gala de la entrega de premios. La niña tiene visita con su médico y, aunque se trata de un simple control, no quiero que vaya con mi madre o con la Tata: debo estar yo.

—Iré yo, no hay problema. Sin embargo, me encantaría que fuésemos los dos.

—Ve con Alicia. Ella va a ser muy importante para la imagen de la empresa: llevará parte de los eventos y así la introduces en el mundillo.

Pablo dudó unos segundos...

—De acuerdo. El lunes hablamos con ella; no creo que suponga un problema.

—Entonces me quedo mucho más tranquila. Mía se encuentra en los inicios de su tratamiento y no me quiero perder nada, y mucho menos dejarlo en manos de otros. Debo estar a su lado siempre que sea posible.

—Habrá más premios y más eventos. Lo que debes hacer es estar con ella. Te conozco y sé que te ha costado tomar esta decisión.

—No dejo de pensar en mi padre. Le echo tanto de menos... No hay día en que no piense en él. Le tengo tan presente...

—Con el tiempo esa sensación de dolor disminuirá y le seguirás notando cerca de una forma no tan dolorosa, créeme.

—Él siempre me guiaba, era algo más que un padre. Yo no sería lo que soy ahora si papá no hubiera estado a mi lado.

—¿Qué te voy a decir que nos sepas? —intervino Pablo—. Cuando papá falleció él se hizo cargo de mi vida.

—Era tu padrino.

—Mis padres no pudieron escoger a alguien mejor. Quería comentarte algo —siguió—. Ojalá ganemos el Viña de Oro..., por él. Me gustaría cambiarle el nombre y hacerle un homenaje llamándolo Legado Monferrat, si estás de acuerdo.

—Es un nombre fantástico para ese maravilloso vino. Me parece una gran idea.

—Es la última elaboración en la que estuvo cien por cien involucrado. Se lo merece.

—¡Claro!

Cogió su mano con cariño y la miró fijamente. Y es que las miradas dicen tanto..., aunque sus ojos eran la balada triste perfecta. Ella esbozó forzosamente una sonrisa. Se hallaba un poco descolocada y, desde luego, ya empezaba a mirar a Pablo de otra manera. Se había convertido en su confesor y en alguien en quien confiar, más que en ningún otro.

Estaba aterrada. No quería sentir nada. Su corazón estaba calcinado y tenía miedo de seguir sintiendo. Pablo la notó incómoda, se separó y dejó de mirarla. Le parecía casi imposible atravesar el caparazón de su alma herida.

—¿Cómo va con Alicia? —Cris cambió de tema—. Parece espabilada, tuviste buen ojo.

—De entre las candidatas que entrevisté es a la que vi con más potencial, aparte de su formación. Pero bueno, todo se verá. Aún es pronto.

—Parece simpática. Lo cierto es que no he hablado mucho con ella y creo que debemos llevarnos todos bien.

—No te preocupes, poco a poco se irá involucrando en el mundo del vino. Sigue en fase de prueba.

—Me da la sensación de que no te convence...

—No es eso. Simplemente es que es un poco prematuro hacer un juicio de si tiene lo que tiene

que tener para trabajar aquí.

—Tú dile que se va de viaje a la gala y verás qué contenta se va a poner...

—Mejor díselo tú. Como bien dices, habéis interactuado poco y será una manera de conectar.

—Tienes razón, como siempre. El lunes me la llevaré a comer y se lo propondré. Quedan apenas dos semanas y aunque hemos confirmado nuestra asistencia, hay que buscar hotel, billetes de avión y demás.

—Yo me encargo, descuida.

Pablo se despidió de ella. La llama seguía latiendo en su pecho con fuerza y le costaba horrores no contárselo, ser honesto y dar la cara, pero la veía tan asustada que no era capaz de verbalizarlo ante el miedo al rechazo.

Mara estaba más contenta que un perro con dos rabos. Parecía no recordar nada de ese sueño que tanto la había trastornado y Cris decidió no mencionarlo. La chiquilla desayunó y se puso a hacer un puzle mientras Mia dibujaba y estaba la mar de tranquila inmersa en su mundo creativo. Cris se dispuso a repasar unos documentos y se encerró en la habitación que había habilitado como despacho. Entretanto, la Tata se hacía cargo de las niñas.

Los números no eran lo suyo, de hecho, eran su asignatura pendiente. Sin embargo, no era tan torpe como para no darse cuenta de un movimiento inusual en una de sus cuentas bancarias. Ciento veinte mil euros habían sido transferidos a un banco de Costa Rica y se extrañó. Tan solo ella y Pablo tenían acceso a los bancos. Alarmada, le envió el detalle por correo electrónico a su colega. Era una suma importante como para pasar desapercibida en una contabilidad tan transparente como la de su empresa. También envió ese mismo documento a su contable, por si sabía algo o podía averiguar de qué se trataba. Esperaba una respuesta inmediata, no obstante, no pudo evitar que un nombre retumbara en su cabeza: Raúl.

Capítulo 24

Tras varios días de investigación solo pudieron confirmar lo que ya sospechaban: les habían robado ciento veinte mil euros. Ni rastro de quién pudo ordenar esa acción. El banco de destino tampoco proporcionó ninguna información escudándose en que no podían facilitar datos de sus clientes. Parecía magia... Alguien «autorizado» había realizado ese traspaso, alguien con las credenciales y los permisos adecuados. Las claves de acceso estaban, al igual que todos los papeles importantes, en la caja fuerte del despacho de la finca, cuyo acceso estaba restringido a Cristina y Pablo. A nadie más.

Lo pusieron en manos de su asesoría jurídica, pero Cris lo tenía claro: Raúl estaba detrás de todo eso. De alguna manera había conseguido robar los códigos de acceso a sus cuentas. Lo primero que hicieron fue cambiarlos todos de nuevo y blindar el acceso.

Estaba devastada; durante años puso todo el empeño en su relación pese al viento en contra. No resultó como deseaba y se sentía humillada por él. Ya no era solo el desamor, el romperle todos sus esquemas, su sueño de vida y el de sus hijas...; era, también sin duda, un potente miedo, pues no sabía de qué podía ser capaz. Raúl estaba en busca y captura por un supuesto asesinato y todo indicaba que él estaba implicado. Tenía miedo. ¿Y si realmente se estaba paseando por la finca como si tal cosa? Ya no conocía al que había sido el amor de su vida.

Alicia, su nueva colaboradora, se alegró al saber que se iba a Londres con Pablo y a nada más ni nada menos que a la gala de entrega de premios. Eran finalistas y las posibilidades de ganar muy altas. De hecho, entre el gremio ya se barajaba su nombre como vino ganador.

Ella terminó sus estudios en *marketing* internacional y, apenas rozando los treinta, ya acumulaba unos pocos años de experiencia en empresas importantes. El salto al mundo del vino suponía un reto para ella y deseaba triunfar entre aquellas viñas para darle a su historial laboral la brillantez que creía merecer. Alicia tenía esa mezcla de belleza y ambición que a veces resulta peligrosa. Caminaba ligera como una mariposa, sin embargo, llegado el momento, ese sigilo podía ser el de una venenosa serpiente llegando a ser amenazante como las nubes negras lo son de tormenta.

Cris fue la encargada de darle la noticia a la hora de comer y no notó nada extraño en su comportamiento que le hiciera dudar de su profesionalidad, y no entendió por qué Pablo era tan reticente con ella. A su juicio, parecía una buena chica, demasiado dispuesta incluso, y no quería que se «quemara» antes de tiempo: les vendría muy bien alguien con ganas, impulso y sobre todo, que quisiera a la empresa como si fuera suya.

Mientras comían, Alicia recibió una llamada a su móvil particular y se retiró para hablar con más privacidad. Cris observó cómo su perfecto cutis de porcelana se tornaba blanco como la nieve.

Obviamente no era tan cotilla como para querer escuchar su conversación y tampoco estaba esta a su alcance auditivo, pero observó su lenguaje corporal y notó la incomodidad con la que atendió la llamada.

Alicia volvió a sentarse junto a Cris...

—Disculpa la interrupción, Cristina. Cosas del alquiler.

—Si puedo ayudarte en algo solo tienes que decirlo.

—Nada importante —apostilló—. Lo he dejado con mi novio y el piso que compartíamos me lo quedo yo... Me está poniendo alguna que otra pega con el papeleo. Ahora sigamos con esta deliciosa lubina a la sal —zanjó.

Cris no quiso insistir. Tampoco era cuestión de que le contara toda su vida. Ella no pensaba hacerlo tampoco, pues era hartamente difícil de explicar y no tenían la confianza suficiente. Siguieron comiendo como si nada.

Alicia, al igual que Cris, era una mujer de conversación fluida, culta y con numerosos recursos a la hora de relacionarse, justo la característica imprescindible que debe tener alguien al que se le ha encomendado la tarea de la comunicación de la empresa. Cristina se sorprendió al comprobar que Alicia llevaba tan bien la ruptura con su pareja y pensó que lo más probable es que lo dejara ella. Se olvidó del tema rápidamente, pues, en definitiva, tenía mil cosas en las que pensar.

Regresaron a la finca. Pablo se hallaba en el laboratorio investigando un nuevo tipo de uva no autóctona de la zona y que tenían mucho interés en cultivar. Si querían innovar debían hacer cosas distintas a las que hacen otras bodegas de la zona e incluso del país. Había viajado a Francia para conseguir reunir toda la información necesaria. Además, lo que hacía más complicado el tema era que todas sus viñas eran ecológicas, lo cual significaba que no utilizaban ningún tipo de pesticida, y no tenía muy claro si ese frágil tipo de fruto podría adaptarse al clima y a las agresiones del ecosistema de la zona. Suponía una nueva meta y a la vez un nuevo quebradero de cabeza, pero a él le apasionaban los retos y ese era uno de ellos.

Cada cual siguió a lo suyo, y a los pocos minutos de sentarse en su bonito sillón de cuero en el despacho principal, Cristina recibió una llamada en su móvil:

—Diga...

No hubo respuesta.

—¿Quién es?

El silencio se prolongaba..., apenas era audible una respiración agitada.

—¿Eres tú, Raúl? No intentes joderme. Sé que nos han robado... ¡Daremos contigo!

Colgaron. El que fuera que llamaba decidió cortar la comunicación.

Cris se dirigió al despacho contiguo, el de su compañero.

—Estoy segura de que quien nos ha robado es Raúl —soltó sin miramientos.

—Yo también lo pienso. —Calló unos segundos, meditabundo—. ¿Cómo ha podido hacerlo? Él no tiene acceso a la caja fuerte...

—No tengo ni idea, no obstante, sé que ha sido él al igual que sé también que me acaba de llamar, aunque no dijera nada: era un número oculto, pero estoy convencida de que era Raúl.

—¿Solo por su respiración?

Cris lo miró y asintió.

—Es muy típico de él. Le gusta tenerlo todo absolutamente controlado y yo ahora no estoy bajo su paraguas... Le reconcome por dentro. Lo sé.

—Deberíamos de dar parte a la policía.

—¿Y qué les digo? ¿Que alguien me ha llamado? ¿Que no ha dicho palabra y me ha colgado?

—Sí..., tienes razón, es un poco estúpido.

Lo que voy a hacer es reforzar los accesos a esta finca, blindarla si hace falta... No quiero que se acerque a mis hijas.

—¿Todavía piensas que ha estado aquí? No creo que sea tan tonto como para pasarse por tu casa sabiendo que lo buscan.

—Precisamente, como no es tonto habrá hallado la manera de hacerlo sin ser advertido.

—Ya sabes que desde hoy me mudo aquí, al menos una temporada. Puedes estar tranquila.

—No me da miedo estar sola, solo me da terror que mis hijas puedan sufrir algún daño. Lo cierto es que, como dices, la finca es demasiado grande para estar solas las tres; nos vendrá bien un poco de testosterona entre tanto estrógeno —bromeó.

Pablo agarró su mano y le acarició el dorso. Ella lo miró a los ojos unos segundos, de forma más cariñosa de lo habitual y..., acto seguido, se retiró diciéndole:

—Puedes traer a tus conquistas si quieres...

Se giró y regresó a su despacho, dejando a Pablo con la boca abierta por su comentario.

Se encerró y removi6 unos papeles que tenía sobre la mesa, dejándolos de lado. Miró por la ventana. Cierta es que tras la lluvia los viñedos aún lucían más lindos. Los actores principales del paisaje, las vides junto con los rosales que ayudaban como repelente natural de los insectos que pueden arruinar la siembra, se llenaban de millones de gotas de agua creando una preciosa estampa, todo y que el exceso de agua podía fastidiar bien la cosecha. A Cris siempre le pareció de lo más bonito que habían retenido sus ojos. Se sintió orgullosa del legado de su padre y de cómo este había luchado para que ese pequeño negocio, al inicio, fuera la gran bodega en la que se había convertido. Cris llevaba en las venas la suficiente garra como para sacarlo adelante y seguir su vida sin Raúl... Tan solo deseaba que lo cogieran y pagara lo que tuviera que pagar. No le tenía miedo, y si tuviera la mala suerte de encontrárselo en su camino, lucharía como una leona para proteger a sus hijas y su negocio, como si fuera lo último que debiera hacer en la vida.

Capítulo 25

Año 2000. Centro de Barcelona

—Hay dos fallecidos —comentó el bombero cuando salió del piso tras apagar el incendio y mientras se despojaba del casco protector—. Es bastante probable, por la postura de los cadáveres, que les haya pillado durmiendo y el humo los matara.

—El triste clásico de todos los inviernos —comentó el compañero.

—Todo indica que la estufa prendió la cortina de la habitación y se propagó de forma muy rápida por toda la casa. Pobre gente...

—La niña está siendo reconocida por los médicos.

—¿Está bien?

—Un poco asustada, pero inusualmente tranquila.

—Tendrán que venir los psicólogos para que le expliquen con calma que sus padres no han sobrevivido...

—Ya lo sabe. Es lo primero que ha preguntado, si habían muerto: lo ha dicho casi sin pestañear.

—¿Qué edad tendrá?

—Me ha dicho que once.

—Debe estar en estado de *shock* y todavía no ha reaccionado.

Los bomberos recogieron todo el material y se marcharon mientras una ambulancia trasladaba a la única superviviente de la tragedia al hospital, para cerciorarse de que realmente no sufría ningún daño.

En el hospital lo confirmaron, y surgió la terrible pregunta: ¿qué hacer con ella? Nadie la había reclamado. Por lo que consiguieron averiguar, sus padres eran alemanes y no tenían a nadie allí. Lo más sensato era llamar a los servicios sociales y que estos se hicieran cargo de la menor; ya investigarían si existía algún familiar, aunque fuera lejano, que pudiera acogerla. No era el mejor escenario para una preadolescente que acababa de ver morir a sus progenitores, pero no había alternativa.

Sonia, la enfermera jefe, llamó a su contacto en la fiscalía de menores y se encargó de la pesada burocracia para trasladarla. Pese a que gozaba de una estupenda salud, esa noche se iba a quedar en el hospital, eso estaba claro. Nadie podía creer que saliera del domicilio, como aquel que dice, por su propio pie. El incendio debió originarse sobre las doce de la noche, cuando todos ellos debían estar ya metidos en la cama... Resultaba inexplicable, casi un milagro, que esa preciosa niña de rostro dulce y angelical hubiera sobrevivido a tamaña experiencia. Sonia, que era madre, se estremeció; estaba deseando acabar el turno, llegar a casa y abrazar a sus dos hijos. No quería ni imaginar que pudieran sufrir algo similar a lo que esa pequeña había experimentado. Se quedó junto a ella en la habitación mientras dormía plácidamente.

La vinieron a buscar sobre las siete de la mañana. Enseguida le conseguirían una familia de acogida, pero al menos pasarían tres o cuatro días hasta que eso ocurriera.

—No quiero irme, Sonia; ¿no puedo quedarme en tu casa? —dijo con los ojos llorosos.

—No, cariño. Pero no porque yo no quiera..., no me dejarían. Estarás bien. —Sonia tenía el corazón roto—. No serán más que unos días, hasta que alguien pueda hacerse cargo de ti... ¿Tus

padres no tenían hermanos ni nada? ¿Algunos amigos cercanos?

—Mis padres no tenían más familia que yo...

Sonia la miró y se le escapó una lágrima al advertir el futuro tan incierto que le esperaba.

—...aunque yo sí tengo más familia...

Cristina pasó la semana respondiendo correos y gestionando visitas: hacía muy poco que las organizaban en su finca y funcionaban muy bien. Estaba muy de moda tanto celebrar una boda entre viñas como que unos cuantos amigos se juntaran para hacer un maridaje de vinos y quesos o recorrieran los campos en *quad* para acabar disfrutando de una buena degustación en la bodega. Era una parte más del negocio que esperaba dejar en manos de Alicia, sin embargo, a Cris le gustaba llevar un seguimiento cercano, sobre todo cuando estas actividades finalizaban y los clientes dejaban sus comentarios. Muchos de ellos solían repetir y eso era muy positivo.

Esperaba la visita de uno de sus distribuidores, Gorka, de la zona norte. Era un chico apuesto y bien plantado, como se suele decir... En el pasado ya le había tirado la caña.

Gorka llegó puntual; Alicia lo hizo pasar a la sala de reuniones y le sirvió un café. Cris entró en la sala con algunos documentos en una carpeta que sostenía contra su pecho.

—Veo que has fichado una ayudante, ¡ya era hora! —comentó mientras la saludaba dándole dos sonoros besos en la mejilla que disfrutó gratamente—. Esto está creciendo mucho y nunca viene mal una ayuda. —Observó cómo Alicia se retiraba de la estancia y se recreó sin disimulo admirando sus posaderas.

—Sí, no hace mucho que Alicia está con nosotros. Ha sido una decisión acertada, pues ha llegado un punto en que no podemos abarcarlo todo y menos si queremos crecer.

Estuvieron hablando largo rato de negocios y estudiaron los reportes de venta a fondo.

—Estoy en conversaciones para abrir mercado en Asia y me encantaría representaros.

—¡Estupendo! De hecho, te has adelantado, pues te lo quería proponer. Estamos deseando hacerlo, es algo que Pablo y yo hemos hablado en múltiples ocasiones.

—¡Es un público brutal! Los vinos españoles cada vez gustan más y estoy convencido de que va a ser un gran éxito.

—¡Pues no se hable más! ¡Luz verde! Prepara una propuesta y organizamos una reunión con Pablo para comentar los detalles.

—Te invito a cenar... —Gorka no dejaba de intentarlo, pese a que Cris siempre le rechazaba las invitaciones que no fueran estrictamente relacionadas con el trabajo.

—¿Hoy? —respondió—. Me va fatal, pero la próxima vez que vengas igual quedamos. —Le guiñó un ojo.

Gorka sonrió de oreja a oreja... Al menos volvería a Bilbao con una posibilidad bajo el brazo.

Pablo estaba un poco inquieto. Se acercaba el momento del evento en Londres y le fastidiaba bastante no poder acudir con Cristina, ya que consideraba que podría ser una buenísima oportunidad para estar a solas y, quién sabe, quizá confesarle sus sentimientos. Lo veía poco probable, no obstante, ¿y si surgía la oportunidad? Tenía muchos puntos a favor, no solo que se compenetraban de maravilla y se conocían a la perfección, también que sus hijas lo adoraban. De hecho, ya vivía en la casa, en el tercer piso concretamente, una planta que ellas apenas pisaban. Era una especie de apartamento con, incluso, su pequeña cocina, aunque en realidad compartía mesa y mantel con ellas; tenía su propio baño y una sala de estar junto a la habitación. Estaba feliz de estar allí y cada día que pasaba cerca de ellas suponía un regalo para él.

Estuvo observando unas fotos antiguas que aún conservaba en una pequeña caja de color azul

metalizado, una que Cris le había regalado durante su noviazgo. Era su tesoro particular. Se entretuvo con una en concreto, una en la que aparecían juntos en el paseo marítimo de Vilanova, frente al puerto. Admiró su sonrisa, ya casi marchita en los últimos tiempos; sus cabellos al viento, con esa melena rizada tan marcada y negra como el carbón cayéndole por la espalda; su rostro, más luengo que redondo, y tez suave como la seda; su boca, perfecta, sonrosada y con labios carnosos. Recordó que sus besos sabían a miel y que besarla era como pasear por un prado a media tarde con el sol dándote suavemente en el rostro... Sus ojos almendrados, profundos y sinceros: era como observar la oscuridad de un hondo pozo..., no tenían fin. Apretó la foto que le evocaba mil sensaciones contra el pecho y pensó en que la situación no podía seguir así. Tenía que arriesgar y decirle lo que sentía. No había otro camino, ya que empezaba a dolerle demasiado. A la vuelta de Londres intentaría abrir su corazón. Estaba aterrado, sin embargo, en los últimos tiempos la veía mucho más cercana y quizá esa remota posibilidad no fuera tan inaccesible. La situación era límite para él y no podía continuar viviendo bajo el mismo techo sin confesarle sus sentimientos.

Capítulo 26

Cristina se subió en el coche y lo notó congelado. Allí, por la noche, refrescaba bastante y añoró un poco Barcelona. Aunque estuviera a menos de cuarenta minutos por la autopista, la diferencia de temperatura era considerable. La visita en el médico era pronto y Mia se quedó frita en el asiento de atrás después de colocarse el cinturón.

La observó por el retrovisor. Era una niña preciosa y se sintió orgullosa de ella. Hacía apenas unos meses que le habían diagnosticado la enfermedad y lo sobrellevaba de manera sumamente madura... Esa niña, sin duda, era especial. Se acordó de nuevo de su hermano Daniel, pues Mia físicamente se le parecía mucho. Suspiró y siguió atenta a la carretera, que ya comenzaba a colapsarse conforme se acercaba a la gran ciudad. Llegaron con media hora de antelación y se fueron a desayunar a un pequeño bar frente a la clínica.

Mia había recuperado peso y su tez volvía a estar sonrosada. Se pinchaba sola y nunca protestaba. Con todo lo ocurrido, la muerte de su abuelo, la marcha de su padre, el diagnóstico..., que no se hubiera venido abajo era de admirar. Si sus hijas lo llevaban bien, era de justicia que ella levantara la cabeza y volviera a sonreír. Sí, iba a empezar a aceptar invitaciones masculinas y a salir de nuevo, ¿por qué no? Se le ocurrió, además, llamar a su mejor amiga y quedar con ella: la había tenido muy abandonada desde que se casó con Raúl, viéndose de ciento a viento. Ese viernes, por la noche, las niñas se iban a quedar con la Tata; y mientras que Pablo y Alicia estaban en Londres, ella se iría de cena con Alba. Cenaría en un local de moda en Barcelona, para luego ir a bailar, algo que casi tenía olvidado en la memoria. Dormiría en su casa para poder disfrutar y desmelenarse si se daba la ocasión y así no conduciría de vuelta a altas horas de la noche. Le encantó ese plan. Añoraba los momentos que habían vivido juntas y estaba deseando retomarlos.

La visita médica fue genial. El doctor encontró a la niña en perfecto estado y a Cris se la notaba emocionada. Solo quería olvidar lo mal que lo estaba pasando y volver a ser feliz: se lo merecía. Alguna vez pensó en que tuvo la felicidad plena, pero todo fue ficticio. Ahora la quería de verdad.

De vuelta recogieron a Mara del colegio y regresaron a la finca. Mientras la Tata las entretenía, Cris se fue al despacho un rato, no demasiado, pues en breve tenía que arreglarse y salir pitando de nuevo hacia Barcelona. Sonó el móvil y dio un respingo al observar que se trataba de un número oculto.

—¿Diga?

De nuevo el silencio al otro lado. Insistió pidiendo que alguien respondiera, pero tan solo se oía una respiración, la misma de la última vez.

—Sé que eres tú, Raúl. ¡Déjame tranquila! ¡No me das miedo! ¡Muérete! ¡No me llames más!

Acto seguido, colgó, satisfecha de por fin haberlo puesto en su sitio. Eran tan típico de Raúl el insistir cuando le quitaban el caramelito..., como un niño pequeño. Deseaba con todas sus fuerzas que saliera de una vez por todas de sus vidas, que lo atrapasen y lo encarcelaran.

Se sintió empoderada tras colgar el teléfono.

Tomó una ducha y se arregló. Se despidió de las niñas y se fue a la cena. A esas horas empezó a estar pendiente de los mensajes de Pablo, pues deseaba que le llegara uno en donde este le comunicara que habían ganado. Lo ansiaba por su padre, fue su lucha, su herencia, su esencia...

su todo.

Se encontró con Alba y se abrazaron por largo rato. Se añoraban. Se había divorciado de Julio un par de años atrás y, como Cris, volvía a estar en el mercado de solteras, aunque sin ningunas ganas de enamorarse.

—¡Estás preciosa, nena! —soltó Cris a su amiga—. Desde la última vez que salimos a cenar... ¿Cuánto hace? ¿Un año?

—Demasiado, sí... ¡Nos han pasado tantas cosas! ¡No perdamos el tiempo y pongámonos al día!

—Lamento no haber podido estar más pendiente de ti, sobre todo tras lo del divorcio. No he estado a la altura de nuestra amistad y ahora me doy cuenta de todos mis errores.

—Estamos aquí para eso, ¿no? —Alba cogió su mano y la apretó fuerte—. Yo tampoco lo he estado y me sabe muy mal.

—Tengo tantas cosas que contarte...

—¡Y yo a ti! Pero la noche es joven y tenemos tiempo para todo, amiga.

Recibió un mensaje de Pablo: habían ganado el premio. Ahora sí que podían celebrarlo a tope y, a la vuelta de su socio, montar una buena fiesta.

Cenaron. Y como era de esperar, fueron a un local de moda a tomar unas copas. No tardaron en encontrar chicos que las agasajaran, aunque ligar no era el objetivo ese día.

Bailaron. Cristina ni siquiera recordaba la última vez que lo hizo con tanta alegría y es que, encima, el hecho de ganar el premio le había causado un subidón de adrenalina brutal.

—Alba, voy al baño y a fumar un cigarro. Vigíame el bolso, *please*.

—No sabía que habías vuelto a fumar...

—Solo lo hago esporádicamente, si salgo a tomar algo y eso... En casa, en el día a día, nada de nada y menos delante de las niñas.

Su amiga asintió y le dio el okey alzando el pulgar derecho. Estaba hablando de forma animada con uno de los chicos que habían conocido esa noche y le prestó la justa atención.

Cris se dirigió hacia el lavabo. Entró y se encerró en uno de los cubículos para poder hacer sus necesidades tranquila. Tocaron a la puerta...

—¡Está ocupado!

Insistieron.

—¡Un poco de paciencia, mujer! —gritó entre risas.

Abrió y la empujaron suavemente de nuevo hacia dentro. No era una chica, era Raúl.

—¡No grites! —Le tapó la boca con la mano—. Prométeme que no vas a gritar... No te voy a hacer ningún daño, Cris.

Asintió con la cabeza, aterrorizada.

—Te soltaré si prometes que no la vas a liar. Solo quiero hablar contigo un minuto y me iré para siempre, desapareceré de tu vida...

Volvió a confirmarlo.

—Cris, escúchame... —Dejó libre su boca y ella inhaló aire llenando sus pulmones ansiosos—. Fue un accidente, yo no quise matar a esa mujer. No sé cómo explicarlo... Fui a verla a su casa para sonsacarle información sobre el paradero de Verónica... Discutimos, dio un traspié y cayó contra la chimenea, con la mala fortuna de que se abrió la cabeza.

Cris lo observaba muerta de miedo, con lágrimas recorriendo sus mejillas. No se atrevía a hablar.

—¡Vamos, Cristina! ¡Tú me conoces, joder! ¡Sabes que soy incapaz de hacer eso! ¡No soy un asesino!

—Y si es así, ¿por qué no te has entregado? —se atrevió a decir.

—No me van a creer y lo sabes.

—Tienes antecedentes, ¿qué más escondes? No te conozco, Raúl. ¿Me has seguido? ¿Me estás vigilando?

Raúl la apoyó contra la pared del baño, con una mano le acarició el cuello y con la otra golpeó la pared con fuerza.

—¡Tienes que creerme! ¡No soy un maldito asesino, joder! ¡Puedo ser un hijo de puta, pero no un criminal!

Cris estaba tan asustada —pese a que quiso aparentar no estarlo— que notó de nuevo la vejiga llena, a punto de explotar y, de hecho, contra su voluntad, unas gotas de orina se escaparon por sus piernas, que le temblaban como un flan. Raúl estaba desencajado, desesperado.

—Raúl..., no le diré nada a nadie, ni siquiera te denunciaré por lo del dinero que te has llevado...

—¿De qué dinero me hablas? Solo he venido a decirte adiós. Me voy lejos. No volverás a saber de mí. Quiero que intentes que mis hijas me olviden, no deseo que me recuerden el día de mañana como el padre asesino que las abandonó. Si supieras toda la verdad, Cristina...

Estaba perpleja y sus palabras la despistaron por completo.

—Raúl, ¿de qué verdad me hablas?

—¡De tu familia y sus oscuros y asquerosos secretos!

—No entiendo... ¿Qué secretos? —respondió.

—Aunque no te lo creas, te he querido más que a nada. Debo irme, Cristina... —Suspiró.

Raúl besó los labios temblorosos de Cris mientras acariciaba su mejilla llevándose el rastro de una lágrima. La miró por última vez y salió corriendo entre la multitud de la sala.

Cristina se sentó un rato en la taza del váter, con las manos apoyadas en su rostro. Sentía cómo podía venirse abajo de un momento a otro. Se quedó unos minutos llorando, mirando al frente, a esa puerta blanca llena de garabatos idiotas...

—Cris, ¿estás bien? —Alba entró preocupada al lavabo ante la tardanza de su amiga.

—Estoy un poco indispuesta... Supongo que la cena me ha sentado mal —mintió de forma deliberada—. Creo que la fiesta ha acabado para mí.

—Pues nada, nos vamos a casa. Te hago una infusión y charlamos, si te sientes con ánimo.

Se retiraron. Cristina no quiso explicar nada de su encuentro con Raúl. Necesitaba primero poderlo procesar en su cabeza. No entendía nada.

Pablo subió al escenario a recoger el trofeo: una preciosa copa en cristal checo con el pie de oro. Ese premio es el que más ilusión le hacía, pues había estado involucrado en la creación de ese caldo desde el inicio. Significaba mucho para él, la pena es que Cristina no estuviera allí compartiendo ese mágico momento.

Alicia observaba desde la mesa que, junto a otros invitados, les había tocado en suerte para la cena anterior a la entrega. Sonreía satisfecha y aplaudía con entusiasmo cada palabra de agradecimiento que Pablo, desde el estrado, pronunciaba.

Bajó del atril y Alicia le recibió con dos besos en la mejilla, aunque peligrosamente cerca de la boca. Estaba muy bella. Esta había recogido sus dorados cabellos en un moño tipo Grace Kelly que la hacía parecer más alta de lo que ya era. Portaba un elegante vestido negro con detalles brillantes en el escote. Sus ojos, de un turquesa profundo, iluminaban toda la sala, y sus labios rojo pasión destacaban entre la multitud. Era guapa, el típico bombón que todo hombre querría llevar de su brazo.

Tras la ceremonia se dio paso a la fiesta: música, copas y, cómo no, buenos vinos y mucha gente a la que saludar y con la que conversar.

Pablo se acercó para hablar con los propietarios de otra bodega a los que conocía casi desde la adolescencia mientras Alicia andaba bailando con unos y con otros. No se le daban mal las relaciones sociales.

—¡Vaya con la chica nueva! ¡Qué marcha tiene! —comentó Andrés, de la bodega Gramunt y amigo de Pablo desde siempre—. Seguro que es capaz de cerrar varios contratos si sigue así.

—No es su cometido en la empresa —contestó Pablo—. Ha venido porque Cristina no podía.

—Es muy atractiva, amigo.

—Sí, es guapa, aunque no es mi tipo.

—¡Esa es el tipo de todos...! ¿Tiene novio?

—Andrés, ¿no crees que es demasiado joven para ti? ¡Anda, deja de soñar! Además, ¿qué diría tu mujer? ¡Por Dios, hay cosas que nunca cambian! ¿No vas a sentar nunca la cabeza?

—Con las fiestas que nos hemos pegado tú y yo, y lo soso que te has vuelto... ¿Ves a Laura por aquí? No ha venido. Y ya sabes, tenemos una relación muy particular.

Pablo lo miró y gesticuló con la cabeza como dejándolo todo por perdido.

Alicia se acercó y le invitó a bailar.

—¡Va, Pablo! ¡Baila conmigo! ¡Vamos a celebrarlo!

Se dejó arrastrar por la rubia entre las miradas de lascivia de los muchos caballeros de la sala. Ella se movía de forma sexy y espectacular y llamaba la atención de todos los asistentes.

La música bajó de intensidad y la orquesta tocó un tema un poco más lento, lo que les obligó a acercar sus cuerpos.

—¡No bailas del todo mal, jefe! —Alicia sonreía mirándole a los ojos.

—Lo cierto es que no me gusta bailar. No es que sea una de mis mejores cualidades.

Acercó su cara a la de Pablo, siguiendo el ritmo marcado por la pieza y este no pudo evitar notar el aroma dulce de flores alrededor de su cuello. Decidió separarse.

—Creo que me voy a la habitación. Estoy agotado y hemos bebido mucho...

—¡Venga, va! ¡Hoy es nuestro día, no lo arruines! ¡La fiesta empieza ahora!

La miró y acarició su hombro en un gesto cariñoso.

—Alicia..., no estaría bien.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta conmigo...

—¡Vale! Me gustas, ¿y qué hay de malo? ¿No me encuentras atractiva? ¿Es eso?

—No se trata de si me gustas o no me gustas: gustarías a cualquier hombre, pero yo soy tu jefe. No sería ético.

Alicia pestañeó y suspiró. No dijo nada.

—Me voy a dormir, entonces —sentenció.

—¡Espera! Yo también me marcho. —Alicia siguió sus pasos.

Cogieron el ascensor para subir los veintidós pisos que les separaban de las habitaciones. Alicia se puso tras él y, con descaro, le metió la mano por detrás de la americana, acariciándole el costado, para luego llegar hasta el pecho. Lo notó duro, como una roca. Se excitaron. Se pegó a él y besó en el cuello. Pablo empezó a sudar no pudiendo controlar sus emociones... Se giró y la puso contra la pared de espejo. Quiso gritarle que parara, sin embargo, su cuerpo reaccionó sin permiso, siendo imposible evitar lo inevitable. Se lanzó a su boca y sus lenguas se entrelazaron violentamente. La puerta del ascensor se abrió y salieron tropezando con cada pared que se encontraban hasta llegar a la habitación 2215. Se arrancaron la ropa. La tumbó completamente

desnuda sobre la cama y ella empezó a retorcerse de gusto ante lo que le esperaba. Pablo, visiblemente excitado, se lanzó a degustar su vientre, bajando poco a poco hasta la zona más erógena. Alicia gemía fuerte... Muy posiblemente los escuchaban con claridad desde la habitación vecina dado el volumen, pero no les importó. Ella llegó al clímax y Pablo le dio la vuelta para poseerla desde atrás. Ambos se fundieron en uno solo.

Sucedió todo muy rápido. No tuvo tiempo de sopesar su decisión, arrepintiéndose al momento.

Se levantó dejándola dormida entre las sábanas que apenas cubrían parte de su bello cuerpo. Fue al baño y se duchó sintiéndose muy sucio, ese tipo de porquería que no es física. Se había dejado llevar por sus instintos más primarios, perdiendo el control y cediendo como una marioneta ante los encantos de Alicia. Poco le gustaba haber caído tan bajo. Pensó en que lo mejor era aclarar la situación en cuanto despertara, dejándole bien claro que no se iba a repetir.

Capítulo 27

Tras acostarse con Alicia, Pablo se fue a su habitación, no apareciendo ni siquiera al día siguiente, a la hora del desayuno. Cogieron un taxi y esos largos minutos hasta el aeropuerto de Heathrow transcurrieron en medio de un silencio sepulcral. Iba a ser un regreso muy tenso.

Alicia intentó cogerle la mano hasta en tres ocasiones. Él la rechazó en todo momento de forma discreta, pero tajante.

Su vuelo iba con retraso y la tensión se fue apoderando de él.

—¡Joder! —gritó al ver el anuncio de la demora indicado en el panel de información.

—No pasa nada..., esto es muy habitual. Ya se sabe, en los aeropuertos como en el médico, hay que tener paciencia.

Él la miró y se le escapó una leve sonrisa ante su comentario. Se armó de valor, respiró hondo y se dispuso a hablar con ella.

—Verás, Alicia...

Ella lo miró seria, pero escuchando con atención, intuyendo las palabras que iba a pronunciar.

—Ayer... Lo de ayer fue un tremendo error —confesó—. No debería haber sucedido jamás.

—No podemos obviar lo ocurrido... No me digas que no sentiste nada. No me lo creería.

—No se trata de eso. Soy tu jefe, trabajas para mí. Además, yo estoy enamorado de otra persona...

—¿De Cristina?

Pablo la miró sorprendido.

—De otra mujer, dejémoslo aquí. Lo que te quiero decir con todo esto es que no pretendo hacerte daño, pero lo que ocurrió ayer no pasará nunca más. Lo entiendes, ¿verdad?

—Para mí fue especial..., quería que lo supieras: no me voy acostando por ahí con el primero que se pone a tiro.

—Alicia, cuando aterricemos en Barcelona no volveremos a hablar de este tema, ¿está claro? Ambos somos adultos y entendemos la situación. Al menos, así lo espero.

Asintió en silencio. Seria, pero digna. No pensaba en rebajarse y suplicar.

Ese sábado, ya en casa, Cris siguió dándole vueltas a la cabeza: si Raúl no había robado ese dinero, ¿quién demonios lo había hecho? ¿Qué otra persona podía tener acceso a su cuenta? En teoría, solo eran ella y Pablo, y desde luego no sospechaba de él ni por asomo. Por otro lado, ¿por qué corría tanto riesgo dejándose ver en un lugar público? ¿Se trataba de una despedida tal y como le anunció? ¿De qué oscuros secretos hablaba? Decidió guardárselo para ella y, por el momento, ni siquiera comentárselo a su socio, además de amigo más cercano. En el fondo, era el padre de sus hijas y tan solo quería perderlo de vista y rehacer su vida...

A pesar de todo, algo en su actitud le hizo creer en su argumento y se le removió el alma al pensar en que quizá era inocente y todo el mundo se empeñaba en culpabilizarlo. No entendía, de igual manera, el hecho de que no hubiera dado la cara, pues eso solo provocaba que la policía reforzara la teoría de su grave implicación en el suceso. Sintió escalofríos al imaginar a esa mujer peleando con él y después muerta, tendida en el frío mármol que tenía por suelo. Por otro lado, la desaparición de Verónica también resultaba muy extraña y esta no intentó ponerse en contacto con

ella en ningún momento. Demasiados ingredientes para un thriller nada romántico en el que se estaba convirtiendo su vida.

Tomó un baño bien caliente, cosa que solía hacer cuando deseaba olvidar y relajarse, aunque esta vez lo aderezó con un paracetamol y no con una copa de buen vino. Pese a que estaba muy preocupada por la situación, ante sus hijas y su familia debía disimular. Dudó unos segundos, con el móvil en la mano, de si llamar a su contacto en la policía, pero prefirió no hacerlo, no iba a contarle a nadie ese encuentro con su todavía marido. Simplemente dijo que se iba a quitar de en medio y seguro que era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Sumergió la cabeza en el agua, tirándose hacia atrás. Estuvo así varios segundos, hasta que notó que le faltaba el aire y de un movimiento brusco emergió para de nuevo respirar el oxígeno que tanto necesitaba. El agua se entibió y Cris se envolvió en un albornoz azul cielo, se puso una toalla en la cabeza a modo de turbante y se miró en el espejo:

—Reacciona, chica, reacciona —se dijo a sí misma—; pasa página de una puta vez...

Pablo, regresando del aeropuerto, aprovechó para dejar a Alicia en su casa. Él se fue directo a la finca... Deseaba ver a Cris, aunque no se sentía orgulloso de lo que había hecho: eso solo complicaba las cosas. Deseaba olvidar el episodio vivido la noche anterior a toda costa.

Al llegar no había nadie. Casi mejor. Deseaba darse una ducha bien caliente y quitarse de la cabeza la locura de noche con Alicia. Tampoco fue tan grave... Intentó convencerse de que solo fue sexo con una mujer increíble, una de tantas. Aun así, sabía que la había fastidiado bien y, aunque no tenía por qué dar explicaciones a nadie de lo ocurrido entre dos adultos, su sensación era muy frustrante: se sentía débil e idiota. Era bastante probable que Alicia jugara con eso para tenerle bajo control y él no estaba dispuesto a consentirlo. Había conocido su punto débil y le dio rabia ser consciente de ello.

Se desnudó y se fue directo al baño. Cuando abrió la puerta se encontró a Cristina... completamente desnuda.

—¡Dios mío! ¡Lo siento, Cris!

Ella intentó taparse con las manos mientras él apoyó las suyas en los genitales, pero ambos estuvieron unos segundos mirándose.

Cris empezó a carcajearse sin control ante la embarazosa y a la vez cómica situación. Pablo se giró y también empezó a reírse.

—¡Qué situación más incómoda! —dijo Cris mientras intentaba contener la risa.

Pablo cogió una toalla y se la acomodó alrededor de la cintura. Ella se puso el albornoz de nuevo.

—Mi ducha no funciona y decidí usar la tuya. Mil perdones.

—No pasa nada, ¡qué vergüenza! —exclamó Pablo.

—Una situación un tanto violenta, aunque nos ha arrancado unas carcajadas.

Pablo cerró los ojos intentando retener en su retina la imagen de la mujer a la que amaba como Dios la trajo al mundo... Su cuerpo había cambiado ligeramente desde que lo había amado por última vez, muchos años atrás. Ambos descubrieron el sexo entonces, con dulzura y cierta timidez. Sí, su cuerpo ya no era el de una veinteañera, sin embargo, le pareció mucho más atractivo. Incluso la cicatriz de la cesárea de su segunda hija le pareció bonita. Seguía siendo tan hermosa a sus ojos...

Cris le acarició el hombro antes de salir del baño. También se fijó en lo trabajada que tenía la musculatura: ni un gramo de grasa extra. Era algo que ya se intuía cuando lo veía vestido. Le gustó lo que vio y notó un ligero cosquilleo entre las piernas... Tanto tiempo había pasado desde la

última vez que lo sintió que se dio cuenta de que seguía viva.

—Disfruta de la ducha, Pablo.

Se fue escaleras abajo hasta su habitación. Pablo abrió el grifo y al agua comenzó a caer bajo su cabeza. Estaba caliente y la puso más fría, la necesitaba. Se sintió excitado al contemplarla y debía bajar la calentura. Era imperativo hablar con ella, no podía seguir con ese peso ni en sus hombros ni en su corazón.

Las niñas estaban con la abuela, se quedaban a dormir con ella. Esa noche la tendría para ella sola... bueno, con Pablo, si es que este no tenía un plan mejor para un sábado.

Subió al despacho del segundo piso, que más bien se usaba de archivo para hacer limpieza. Había papeles de hacía varias décadas, quizá algunos de ellos dieran alguna pista sobre los secretos a los que Raúl se refirió, aunque viniendo de él podía ser otra burda mentira. Varios archivadores llenos de polvo metidos en cajas, también con kilos de esas pequeñas y molestas partículas... Estornudó varias veces por su alergia, pero no se desanimó y se decidió por abrir cada una de ellas y echar un vistazo rápido; lo más probable es que todo fuera a la basura después de tantos años...

Descubrió los planos originales de la finca, entonces pequeña comparada con la actual, que tenía su bisabuelo paterno y que usaba como huerto, casa de recreo y poco más, y que fueron agrandando cuando decidieron hacerse productores de vino comprando los terrenos colindantes repletos de viñas, algunas de ellas centenarias. Le pareció asombroso comprobar cómo el negocio había progresado... Los primeros esbozos de lo que sería la bodega, las salas de fermentación, los primeros tanques... De pequeña tenía muchos recuerdos, pero fue en ese preciso momento en que se dio cuenta de lo mucho que todo había cambiado. Se pasó media tarde removiendo cajas.

Pablo puso música de Hanz Zimmer, el gran compositor alemán de bandas sonoras que a ambos les encantaba. Este les estaba haciendo la velada más agradable, sin duda.

En una de las cajas encontró fotos muy viejas, de sus abuelos a los que apenas recordaba, pues murieron siendo ella muy pequeña; de sus padres, de su hermano Dani y alguna de ella misma por ahí jugueteando entre las parras. Sin embargo, le llamaron la atención las más antiguas. Una de las instantáneas la guardó en el bolsillo para intentar obtener más información. La foto mostraba a una mujer de cabello claro, joven, alta y muy bella: no tenía ni idea de quién podía ser, no supo ubicarla en la familia, pero la inscripción en el dorso captó sus sentidos: «Por un amor eterno en tiempos oscuros de guerra. Rosalía». No era su abuela Amelia y aparecía junto al abuelo. Aparentaban unos dieciocho o veinte años. Su curiosidad, la misma que sus hijas habían heredado de ella, era infinita y deseó saber más.

Descubrió también un fajo de cartas atadas con un lazo de raso rojo intenso, todas ellas dirigidas a su abuelo y datadas justo durante el periodo de la guerra civil. Tuvo la tentación de leerlas en ese mismo instante y, aunque le pareció una especie de profanación, no pudo evitarlo. Las sostuvo entre sus manos y percibió el olor del papel antiguo. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Leyó algunas de ellas y las guardó en una caja, la que contenía las cosas que quería conservar junto a ella. Era del todo imposible que Raúl conociera esa historia, puesto que ni siquiera ella había oído hablar jamás, pero... ¿tendría algo que ver con lo que mencionó?

Cristina necesitaba saber más y pensó en preguntar a su madre, quizá ella supiera quién era esa misteriosa mujer o había oído algo sobre la historia de su abuelo Robert...

Envió un mensaje a Pablo: «No tengo a las niñas, ¿te apetece cenar conmigo?»

A los pocos segundos recibió la respuesta:

«¡Por supuesto! De hecho, me he avanzado y estoy cocinando una pasta boloñesa espectacular».

«El vino lo pongo yo, ja, ja, ja».

«¡Espero que sea bueno! Soy enólogo y tengo el paladar muy fino y delicado...»

«Bajo en un rato. Voy a adecentarme un poco para estar al nivel de tu cocinado».

«Tómate tu tiempo, aún le queda un poco hasta que esté a punto. Voy entrenando con un vinillo que encontré aquí por casualidad y que justamente acaba de ganar una medalla de oro, ¿sabes de qué te hablo?».

Se cambió de ropa. Se puso un vestido fucsia a media pierna, con tirantes finos porque... todavía tenían pendiente celebrar su triunfo.

Ella seguía tensa por el encuentro con Raúl. Creía firmemente que no iba a volverle a ver. Pese a esto, necesitaba explicarle a alguien ese encuentro, al igual que Pablo, que también sentía angustia por lo ocurrido con Alicia. Aun así decidió guardárselo para él, ya que el asunto estaba zanjado y no iba a ir a más.

Bajó las escaleras poco a poco... Pablo la esperaba en la cocina aún con el delantal puesto mientras removía la salsa en el cazo.

—¡Vaya! ¡Esto supera todas mis expectativas! —exclamó Pablo, maravillado.

Ella esbozó una sonrisa. Se retiró un rizo rebelde de la cara...

—¿Es o no una celebración? ¡Hay que ir acorde al acontecimiento!

Él sonrió al tiempo que admiraba cómo bajaba con sumo estilo por la escalera.

—Si me permites, apago el fuego y voy a cambiarme: huelo a fritanga. Te he preparado una copa de este estupendo vino ganador ya oxigenado y listo para ser degustado.

De nuevo se duchó y cambió de ropa con la velocidad de un rayo, regresando a los pocos minutos.

—¡Vaya mesa has preparado! Te lo has currado. Te felicito.

—Gracias, Cris. Después de la vergüenza que hemos pasado esta tarde tenía que hacer algo para solventarlo.

Ambos sonrieron tímidos recordando la situación.

—¡Cenemos! ¡Estoy muerta de hambre! Quiero que me cuentes todo lo que pasó ayer. ¿Qué tal con Alicia? ¿Estuvo a la altura?

—Ahora te lo explico todo, mujer. Primero prueba el primer plato: ensalada de ventresca de atún con tomatillos, y después te hago la crónica del evento.

Ella lo miró fijamente a los ojos mientras se llevaba el tenedor a la boca con la primera porción.

Él disfrutaba viéndola feliz tras muchos meses en que la desdicha se había apoderado de Cris.

Capítulo 28

Sant Esteve del Penedès, (1938-1942)

Unos críos con las manos entrelazadas se ocultaban entre los viñedos para robarse besos. Él, con dieciocho años, dos más que ella, y heredero de esas mismas tierras: el hijo mayor y único varón de la familia Monferrat. Ella, la hija de una de las criadas de los señores, vivía junto a su madre, viuda, en una pequeña casa habilitada para el servicio, anexa a la finca.

Estaban enamorados, sin embargo, debían mantenerlo en secreto: el destino de la hija de la sirvienta no era estar en los brazos del señorito y, pese a que el amor que sentían Rosalía y Robert era verdadero, nadie debía enterarse de que se amaban. Sus únicos instantes de felicidad comenzaban al caer la tarde, cuando ella dejaba el servicio. Correteaban junto a las vides, testigos de cuánto se querían. Se sentían libres paseando al atardecer, lejos de los ojos de la señora Elisenda Monferrat, poderosa terrateniente, ya sola al frente del negocio tras el repentino fallecimiento de su marido, Matías. Era una mujer muy disciplinada y severa, especialmente con sus hijos. Estaba ya buscando entre las *pubilles* de las fincas colindantes a la mujer idónea para contraer matrimonio con el *hereu* de una de las familias más importantes de la comarca. Así debía ser en la Catalunya de esa década, con el fin de que sus tierras crecieran y prosperaran. De un modo u otro, Robert no iba a tener mucho peso en esa decisión y él era consciente de ello.

La única salida que tenían era marcharse juntos, huir lejos y renunciar a todo por amor; huir de Sant Esteve y empezar de cero. No iba a ser tarea fácil y estaba seguro de que su madre iba a impedirselo por todos los medios.

Esa noche, las viñas estaban preciosas: la luna iluminaba de tal manera los campos que parecía de día.

Sin embargo, sus planes de escape no pudieron llevarse a cabo, pues Robert fue llamado a filas para luchar en uno de los bandos, el republicano. Y tanto daba en cuál, ya que él no sentía esa guerra como suya: solo quería estar con Rosalía.

La luna llena iba a ser testigo de su despedida por un tiempo. Hicieron lo que dos personas que se aman deben hacer para mantener la llama viva. Por primera vez y casi sin querer, se descubrieron y se amaron plenamente bajo el olivo, muy cerca de las vides. Robert le regaló un precioso colgante con una hoja de parra forjada en oro y que era el símbolo de su familia. Ella lo prendió en su cuello. No pensaba deshacerse de él jamás.

Robert se marchó al día siguiente, sin poder besar a su amada como le hubiera gustado, pero prometieron escribirse en cuanto eso fuera posible.

Los meses se iban sucediendo y esa guerra, como cualquier otra, no era fácil ni justa: hermanos enfrentados en un bando y otro, y luchando por algo en lo que la mayoría no creía. Robert, todavía siendo un niño, aprendió a marchas forzadas a usar un fusil y, sobre todo, aprendió a protegerse. Las emboscadas eran diarias y los compañeros poco a poco iban cayendo. Durante un frío y gélido día de enero, las tropas franquistas reanudaron su ataque y tomaron Montblanc y Valls, y se hicieron fuertes para avanzar sus ejércitos hacia Barcelona. Los bombardeos se sucedían a diario sobre la gran ciudad.

Militarmente hablando, el bando republicano carecía de pertrechos y munición para defender

una ciudad tan grande como lo era Barcelona, y las tropas se hallaban bastante desmoralizadas, lo que les hacía más débiles frente al enemigo.

A partir del veintitrés de enero, miles de simpatizantes republicanos huyeron de Barcelona, llevándose consigo a sus familias y sus más preciados enseres, marchando hacia Francia, algunos de ellos en camiones y otros a pie. Los refugiados llegaban exhaustos y hambrientos tras la larga marcha en esos fríos días de invierno y fueron ubicados en improvisados campamentos a orillas del Mediterráneo, lugares cercados con alambres de púas y en condiciones sanitarias muy deficientes. El gobierno francés no esperaba recibir tal oleada de varios miles de civiles en cuestión de tan pocos días y se vieron sobrepasados por la situación.

En el transcurso de una de esas extenuantes jornadas, Robert fue apresado y recluido por el enemigo, dejándole un futuro incierto por delante.

En ese momento, el flujo de correspondencia se rompió, dejando a Rosalía devastada y pensando en lo peor: que Robert había caído en una de las batallas.

Para entonces, Rosalía ya no pudo ocultar por más tiempo lo evidente: estaba embarazada. Lo disimuló con amplios ropajes. Aunque tampoco había engordado tanto, le resultaba del todo imposible encubrir por más tiempo su secreto.

Su madre le dio dos sonoras bofetadas cuando supo la noticia. La señora Monferrat quería acallar el escándalo y encontró la solución: enviarla a casa de unos familiares lejanos de confianza, a las afueras de Barcelona, hasta que naciera la criatura. Tras muchas semanas de silencio, todos daban por desaparecido a Robert, y ella tenía claro que un bastardo no iba a ser el que dirigiera su pequeña estirpe de poder. Eso jamás lo iba a permitir.

Rosalía tuvo a su hija, Carmen. Fue entregada a una familia que no tenía hijos y que mostró un claro interés por ella. El asunto quedó arreglado y zanjado, al menos por parte de la poderosa señora Monferrat, que pensaba enterrar en su memoria, en la de todos, este incidente que nunca debió suceder, a su juicio. Antes de partir le dejó su único recuerdo: el colgante que Robert le regaló justo antes de incorporarse a filas y que prometieron entregarle cuando la niña tuviera edad suficiente.

Se reincorporó al servicio de la casa tras los ruegos de su madre a la matriarca de la familia: imploró su vuelta, pues Rosalía era lo único que tenía. Esta aceptó con la única condición de que jamás volvieran a mencionar ese tema que podía manchar su nombre y cuestionar su legado.

Ella aceptó el pacto de silencio, pese a ser consciente de que cada día, al irse a dormir, en lo último en que pensaba, antes de cerrar los ojos, era en su pequeña; en su carita y en sus diminutas manos que sostuvo por última vez cuando solo contaba con dos meses de edad. No tenía elección, hacía meses que no recibía noticias de su amado, y ¿a dónde podía ir ella con un bebé siendo soltera? Solo conseguiría manchar todavía más su nombre.

Ella siguió escribiendo cartas a Robert, pero no las enviaba, las guardaba en una preciosa caja de terciopelo azul que guardaba en un escondrijo entre de los estantes de su armario, un lugar que solo conocían ella y su estimado.

Su depresión era tal que, una mañana, decidió acabar con su sufrimiento. Se colgó de un centenario olivo de la finca, el mismo en el que se había recostado con Robert, el mismo en donde engendraron a su hija y desde el que tantos atardeceres presenciaron. Ese olivo fue testigo mudo, junto con las viñas, del amor que se profesaron.

Quizá la única forma de estar junto a su amado fuera partir hacia donde Rosalía creía que él estaba.

Robert, al tiempo de acabar la guerra y por mediación de su familia, que supo de su

apresamiento y movió todos los hilos y contactos, fue liberado y regresó a la finca. Se hundió al conocer el destino de su amada, sin embargo, no supo de su más oscuro secreto: que había dado a luz a una hija. Todos los involucrados callaron, pretendiendo que jamás se supiera.

Retomó su vida e intentó contentar a su madre casándose con quien el destino le tenía reservado: Amelia. Habían transcurrido ya diez años desde su vuelta y Robert había superado los treinta. Ella era una chica joven, risueña, con modales exquisitos y de una familia excelente..., justo lo que su madre deseaba para él. Nunca llegó a enamorarse de ella como lo hizo de Rosalía, no obstante, intentó hacerla feliz y, con el tiempo, tuvieron dos hijos: Jorge y Catalina. Consiguió llegar a amarla, aunque jamás con la misma intensidad como la que tuvo con su primer amor, ese que jamás podría olvidar.

Cuando su madre falleció, y tal y como estaba escrito en su destino, heredó las tierras que por esos tiempos cosechaban ya buenos caldos. Al comprar las lindes, su imperio fue agrandándose, prosperando así el negocio.

No fue hasta mucho después que, durante una tarde, un palpito le obligara a indagar en esos lugares secretos y especiales que tenía con Rosalía. Recordó el escondrijo del armario y, una vez allí, descubrió una pequeña caja de terciopelo azul con un buen manojo de papeles manuscritos atados con un lazo de raso rojo en su interior. Eran cartas de su amada. En ellas narraba todo lo ocurrido, incluido lo de la niña y su intención de quitarse la vida al ser esta insostenible por más tiempo.

Robert lloró a solas, en esa angosta y oscura habitación, sintiendo exactamente el mismo sufrimiento que la persona que más había amado en su vida había padecido.

Todos los testigos todavía con vida de esa barbarie negaron saber nada del paradero de la criatura. Buscar a su hija se iba a convertir en un imposible, pues no disponía de ninguna pista. Ya poco se podía hacer y no sabía por dónde empezar. También se lo contó todo a su mujer, pues no quería tener secretos con ella.

Siguieron adelante con sus vidas, pero Robert quiso conservar el único recuerdo que le quedaba de su amada: las cartas. Muchas noches se acercaba al lugar mágico donde la tuvo por primera y única vez y las releía. El olivo seguiría siendo testigo de ello.

Capítulo 29

—¡Sabía que cocinabas bien, pero esta vez te has superado! ¡Tu boloñesa está exquisita!

—¡Gracias! —Saludó haciendo una reverencia con ambos platos vacíos en las manos e intentando mantener el equilibrio con maestría para que no se le cayeran.

Cristina sostuvo el trofeo entre las manos y derramó una lágrima pensando en Jorge, su padre.

—Cómo le hubiera gustado estar aquí y vivir este momento... —Suspiró.

—Tu padre estaría orgullósísimo de ti.

—De nosotros. Sin ti no lo habríamos logrado.

Permanecieron en silencio unos minutos.

—Conocí a mucha gente y hablé con muchos posibles clientes... ¡Y traigo un pedido en firme para Alemania! ¡Nada más y nada menos que cincuenta mil botellas!

—¡Madre mía! ¡Eso es genial! —De la emoción lo besó en la mejilla sorprendiéndose este por ello.

Cris corrigió su postura en la silla, se acomodó y respiró hondo. Necesitaba explicarle su encuentro con Raúl.

—Tengo que contarte algo, Pablo.

—Uy, qué sería te has puesto..., me das miedo.

—Tienes que prometerme que no dirás absolutamente nada. Esto debe quedar entre nosotros.

—Por supuesto. Soy una tumba.

Pablo escuchó atentamente cada palabra pronunciada por Cris. Apretó los puños con todas sus fuerzas para intentar paliar la mala leche que le estaba embargando. Si lo hubiera tenido delante, lo mata.

—Cristina, no te creas nada de ese tipejo. Sabes que es un bandido, que miente más que habla... No estoy tranquilo. Debes informar a la policía. No me creo que vaya a irse sin más...

—Pablo, tenemos dos hijas en común. Solo quiero que desaparezca y no vuelva jamás. Sé que no me molestará.

—¿Y el dinero? ¿Te lo crees? ¡Seguro que está detrás de eso también!

—Me da igual el dinero..., tampoco es tanto. El que se lo llevó podría habernos saqueado y no lo hizo.

—Probablemente se llevó una cantidad discreta precisamente para que no sospecharas. Seguro que pensó que ni siquiera nos daríamos cuenta si lo sustraía en pequeñas cantidades.

—Lo sé. Para mí el tema está zanjado, solo quiero que se difumine, que se largue o se lo trague la tierra.

—Podría haberte hecho daño. No quiero que vayas sola por ahí.

—¡Va, no seas paternalista! Que ya soy mayorcita. —Frunció el ceño.

—Hablo en serio, Cris. No me fio de él. Nunca lo he hecho.

—Te comportas como mi hermano mayor..., no hace falta que me protejas tanto.

—Si te protejo es... —Pablo detuvo por un momento sus palabras.

Se levantó, se dirigió hacia ella y la cogió de la mano. Cris se levantó de la silla sin perder control visual con sus ojos. Una de las manos asió su cintura y con la otra acarició su rostro.

—Te quiero, Cristina... No puedo ni debo callarlo más.

La besó dulcemente en los labios; ella los entreabrió permitiéndole el paso y sus lenguas se

entrelazaron de forma tímida. Recordaron que no hacía tanto tiempo se besaban muy a menudo y se reconocieron al segundo. Ella puso la mano en su nuca perlada por el sudor, atrayéndole...; no quería que se escapara. Cerró los ojos y se dejó llevar evocando de nuevo el verbo amar, ese verbo que habían conjugado juntos tantas veces cuando eran unos críos. A los pocos minutos y casi sin darse cuenta yacían en la cama. Pablo fue delicado y atento, observando con detenimiento cada centímetro de la piel de Cristina al desnudo.

—Sigues siendo tan bella... —susurró a su oído.

—Pablo..., estamos locos —dijo ella mientras jadeaba—. Eres como mi hermano...

—Te deseo... Eso no es de hermanos, cariño.

—Yo también te deseo... He estado ciega durante tanto tiempo...

Hicieron el amor. De hecho, varias veces esa noche. Cayeron rendidos y durmieron abrazados ya hasta el amanecer.

Pablo despertó primero y estuvo mirándola con devoción. Se sentía pleno por primera vez en mucho tiempo y, por un momento, creyó estar soñando.

Ahora solo hacía falta reunir el valor suficiente para contarle su desliz con Alicia y que lo más sensato era que esta dejara de trabajar para ellos, y no solo por su fugaz aventura, es que Pablo no lo veía nada claro. Ni le gustaba su actitud, ni parecía saber tanto como les dijo.

Estuvieron largo rato haciéndose arrumacos. Él le acarició el rostro con el dedo índice de la mano derecha. Ella esbozó una sonrisa aún somnolienta.

—¿Qué hemos hecho, Pablo?

—Creo que lo mejor que podíamos hacer...

—Lo cierto es que me siento bien.

—Necesitaba decírtelo... ¿Te ha molestado?

Lo besó y lo miró embelesada.

—Es como si hubiera vuelto atrás en el tiempo... De pronto me he sentido feliz, como cuando teníamos veinte años.

—Entonces... ¿sientes lo mismo que yo? —preguntó todavía con miedo.

—Sinceramente..., siento que tenemos todo el derecho a intentarlo de nuevo —sentenció.

Pablo la abrazó y ella correspondió. Merecían una segunda oportunidad.

Ese domingo lo pasaron juntos mientras sus hijas seguían disfrutando de la compañía de la abuela, que se iba a quedar con ellas hasta el lunes, ya que las llevaría al colegio. Cris se lo tomó como si fueran unas pequeñas vacaciones para poder resurgir de la nada, salir de ese vacío que la tenía presa.

Capítulo 30

Durante la tarde del domingo recibieron una visita inesperada en la finca.

—¡Tía Catalina! ¡Qué ilusión verte de nuevo! —exclamó Cris mientras la abrazaba.

—Tenía muchas ganas de verte, sobrina. Lamentablemente, solo estoy de paso, pero he hecho una escapada para verte antes de coger mi vuelo de regreso a casa.

Catalina, hermana de Jorge, vivía en el extranjero, afincada en Canadá desde hacía más de veinte años debido a su matrimonio con un diplomático del que había quedado viuda un par de años atrás. No tenía hijos y quería a Cris como si fuera suya, pese a la distancia. Sin embargo, no tenía especial afición por el mundo rural, ni mucho menos por el sector vinícola, pero conservaba por derecho el diez por ciento de las acciones de la empresa, aunque nunca participó en los consejos de administración ni en decisiones de peso, que siempre delegó en su hermano y su sobrina. Eran familia y jamás iba a poner en duda nada de lo que ellos acordaran, ya que eran los que entendían y estaban al frente del negocio dándolo todo.

—¿Cómo es que has venido? ¡Qué gran sorpresa! —Cristina estaba contenta y sorprendida a la vez.

Catalina ni siquiera fue al entierro de su madre, unos años atrás, ni al de su hermano, más recientemente. Era lógico que la extrañeza por esa visita la embargara.

—Quiero hacerte una propuesta y prefiero que sea en persona —intervino la tía.

—Te quedarás unos días, ¿no? —Cris añoraba su presencia.

—Salgo esta misma noche, cielo.

Era una mujer muy moderna y, pese a tener una edad, se conservaba de forma espectacular. Era alta, delgada, sus ojos de color avellana eran enormes y expresivos, y su cabello dorado, antaño largo, se había convertido en una melena muy corta, pero a la vez elegante. A Cris físicamente siempre le recordó a su abuela paterna. No lo había tenido fácil en el mundo en el que se crio. Su madre le había buscado un pretendiente para que se casara «como Dios manda», sin embargo, Catalina era un alma bohemia y no deseaba un matrimonio de conveniencia para hacer crecer su patrimonio ni el de su familia. Eso le costó un fuerte enfrentamiento con su madre, que le dejó de hablar cuando se mudó primero a París, junto a un pintor de poca monta que vendía sus cuadros en el barrio francés de La Madeleine, para luego trasladarse a otras ciudades del mundo del brazo de otros hombres. Su familia, en especial su progenitora, era muy estricta y nadie podía saltarse las reglas. Ella lo hizo y el precio que tuvo que pagar fue muy alto. Fue su hermano, al morir su madre, quien le cedió ese diez por ciento, puesto que no le pareció justo en absoluto que, por el simple hecho de seguir las indicaciones de su corazón, fuera eliminada de un plumazo de la estirpe. Tras París, siguieron Londres, Copenhague y Dublín..., hasta que conoció a Pierre, ya con una cierta madurez ambos. Decidieron casarse y mudarse a Montreal, donde más o menos centró su existencia. Su hermano Jorge, junto con Helena, asistieron a la boda, aunque fue un acontecimiento en *petit comité*; siendo su única hermana, consideró que debía estar a su lado.

—Paseemos por las viñas... —sugirió a su sobrina, cogiéndola del brazo.

Se adentraron en uno de los numerosos senderos pertenecientes a la finca; observaron los olivos que los envolvían y se dejaron llevar por la brisa con aroma a campo cuando el sol comenzaba ya a esconderse, dando lugar a una estampa mágica sobre el terreno.

—¡Las veces que he jugado con tu padre por aquí! —Apretó la mano de Cris.

—Le echo tanto de menos, tía... —Cristina tragó saliva y evitó llorar.

—Bajo aquel árbol nos contábamos secretos. Hablábamos mucho de lo que haríamos cuando fuéramos mayores.

Se acercaron al olivo más bello del lugar. Sin duda era el más grande y el que más frutos daba. Catalina le indicó a Cris algo que le había pasado desapercibido hasta entonces: una inscripción en su tronco; dos «R» separadas por un corazón. Enseguida le vinieron a la mente las cartas de Rosalía a Robert.

—¿Conoces la historia de tu abuelo Robert? —Catalina tomó aire—. Es tan triste...

—Lo cierto es que encontré unas cartas de una tal Rosalía al abuelo, pero deseaba que alguien me explicara qué sucedió. Apenas quedan testigos vivos que me puedan contar lo ocurrido... Aun así, por lo que he podido descubrir, fueron muy desgraciados.

—Exacto. Por eso hui de aquí, no quería acabar colgada de este árbol. —Cris abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas.

Catalina le explicó la historia. La conocía muy bien. Siendo una adolescente descubrió las cartas y la madre de Rosalía, estando todavía en el servicio, aunque con tareas menores dada su edad, le confesó, tras la mucha insistencia de Catalina y rompiendo la promesa de no decir nada, todo lo ocurrido. Catalina sintió esa historia como si la hubiera vivido en su propia piel.

—Entonces ¿ella se ahorcó? —preguntó Cris.

—Sí. En este mismo árbol, tras perder a su hija y estar convencida de que Robert había muerto en la guerra. El mismo olivo que fue testigo de su felicidad, también lo fue de su desdicha.

—¿Y qué pasó con la niña?

—La entregaron a una familia; no se sabe mucho más.

—Qué fuerte...

—Esa niña es mi hermana. La he buscado durante años, pero nunca he sabido qué fue de ella. Incluso contraté a un detective privado, pero no hubo éxito. Solo sé que se llama Carmen.

—Según mis cálculos debe ser muchísimo más mayor que tú, quizá ya no esté viva.

—Es probable, aunque quizá tuvo descendencia. Somos familia, Cristina...

Apretó de nuevo su mano mientras Cris intentaba digerir lo que su tía le estaba explicando.

Ahora tenía mucho más sentido el contenido de alguna de sus cartas, aunque no las había leído todas por falta de tiempo. ¿Y si realmente tenía una tía, unos primos tal vez? Siempre vivió pensando que solo estaban ella y su hermano Dani, y este estaba muerto.

—Si la encontrara me gustaría cederle mi diez por ciento. Creo que se lo debemos y es lo que mi padre, Robert, hubiera querido. Debemos reparar este daño, ¿no crees?

—Pero dices que has intentado encontrarla y no hay forma...; no sé cómo puedo ayudarte con esto. Si la localizáramos a ella o a alguno de sus descendientes no tendría inconveniente en cumplir tu voluntad.

—Cris, yo ya tengo una edad y no tengo hijos. Mi única familia eres tú, y si apareciera mi hermana sería muy feliz.

—¿Tú crees que mi padre sabía algo de todo esto? —preguntó—. Mi madre me comentó que apenas había oído hablar de esta historia y piensa que son chismorreos sacados de contexto.

—Jorge lo sabía. No sé si era conocedor de todos los detalles, pero las cartas las descubrimos juntos.

—Nunca me habló de ella, apenas sí lo hacía sobre la familia en general. Lo cierto es que evitaba hablar sobre ellos, como si no se sintiera a gusto.

—Es normal. Mi abuela Elisenda era muy manipuladora y siempre se salía con la suya, o al menos lo intentaba. ¿Sabes que tu madre no era santa de su devoción tampoco? Tu padre se

enfrentó a ella y también a papá y mamá; le dijo que se iba de la finca si no le permitían casarse con Helena. Estuvo organizando la vida de los Monferrat hasta el mismo día en que murió, desde su lecho de muerte.

—Ahora lo entiendo todo. Sé que mi padre los quería y respetaba, pero si algo odiaba era que le dijeran lo que tenía que hacer. No me imagino a mi padre casado con otra mujer que no fuera mi madre.

—Por lo que me dijo la madre de Rosalía, a la niña que tuvo le fue entregado un colgante como este. —Catalina le mostró la hoja de parra de oro—. Es el primer logotipo de la bodega.

—Me resulta familiar... Lo debo haber visto en alguna fotografía.

—Lo encontrarás en muchos de los documentos antiguos que de mi padre y luego del tuyo se conservan todavía aquí.

—Lo cierto es que he estado intentando organizar cajas y más cajas de papeles, pero necesito tiempo.

—Pues en esas cajas debería estar todo. Si hay algo de mi hermana estará allí.

—¿Por qué tu abuela permitió esto?

—Eran otros tiempos y ella la poderosa señora Elisenda Monferrat, viuda de Matías. ¡Maldito el que osara replicar sus órdenes! No la justifico, de hecho, jamás le perdoné que se comportara así. Querían un heredero y una buena esposa para él, y la hija de la criada no era la opción adecuada, según su criterio. Conmigo intentó hacer lo mismo y eso que yo era su nieta, no su hija... por eso me marché y luego me repudió. Mi padre era incapaz de llevarle la contraria a esa bruja...

—No puedo imaginar que mis padres me hubieran obligado a casarme por interés. —Raúl regresó a su cabeza, recordando el amor que sintió por él, aunque no fuera recíproco.

—Por suerte los tiempos han cambiado, cariño. ¿Cuento contigo entonces? ¿Me ayudarás a encontrarla?

—Por supuesto.

Capítulo 31

Lunes, 9.45 a. m.

Cris se despidió de su tía la noche anterior. Le estuvo dando vueltas a todo lo que le había contado y creyó que sería buena idea pedir ayuda a Juan Vicens, el investigador privado.

Se dirigió a la oficina de la bodega. Estaba entusiasmada y feliz, y sentía que todo se estaba poniendo en orden.

Pablo se desplazó a Barcelona para realizar un engorroso pero necesario trámite burocrático. Se despidieron con un intenso beso en los labios y la promesa de hacer público su amor, pues ya no tenían nada que esconder. Cris pensaba hablar también con sus hijas, aunque estaba segura de que se sentirían felices por ella, ya que adoraban a Pablo.

Alicia no se encontraba en su puesto de trabajo y no había excusado su ausencia. Cristina se extrañó, a la vez que se preocupó. La llamó al móvil de la empresa, pero no contestó.

Al rato, llegó Pablo y ella lo puso en antecedentes.

—Cris, tengo que explicarte algo y lo cierto es que debí hacerlo ayer, pero no tuve valor.

Cristina sintió un potente escalofrío por la espalda, de hecho, un miedo que no pudo verbalizar se apoderó de su ser.

Cogió aire llenando su pecho para soltar de carrerilla todo lo acontecido en Londres, pues pensó que así le iba a resultar más fácil..., aunque no fue así.

Cris escuchaba atentamente e intentaba asimilarlo. No se trataba de una traición, pues todavía no estaban juntos. Sin embargo, al día siguiente de esos hechos, se estaba acostando con ella, confesándole que la amaba, y eso sí que no lograba procesarlo.

—Te amo, Cristina. Nunca pensé que iba a reunir el valor suficiente para confesártelo y mucho menos que me ibas a corresponder.

—Pablo..., es una empleada. Incluso podría acusarte de acoso sexual... ¿Estás loco?

—Hay testigos de cómo se me insinuaba descaradamente en la fiesta. Eso no va a ocurrir. Sé que no ha venido, porque le dije yo mismo que no podría seguir aquí tras lo ocurrido y que no me sentía nada cómodo.

—¿Y no crees que es una decisión que deberíamos tomar los dos?

—Esa chica no es trigo limpio, te lo digo yo. Y no es porque nos hayamos acostado, hace mucho que me buscaba, Cris. No me sentía nada a gusto trabajando con ella, siempre intentando seducirme e incluso rozándome de manera muy inapropiada... No tengo excusa, lo sé. Soy un imbécil.

—Y como no estás cómodo, va el viernes y te la follas, ¿no? ¡Me has defraudado, Pablo! De ti no me lo esperaba, la verdad. Todos los tíos sois iguales... Solo pensáis con lo que tenéis entre las piernas.

—Cris, perdóname. No volverá a ocurrir, fue un momento de flaqueza. No sé cómo he podido ser tan idiota..., me arrepentí al segundo.

—Necesito estar sola. Por favor, márchate.

Pablo salió del despacho cabizbajo y se fue a la bodega. Necesitaba también aclarar la mente, distraerse. Sabía que la había pifiado y que le había hecho daño, y eso lo hundía; ahora que, por fin, se había atrevido a declararle su amor. Los ojos de Cristina lo miraron de forma extraña y en

ellos, como en un pozo, solo se avistaba una profunda oscuridad.

Lunes 16.45 p. m.

Cris se subió al coche y se dirigió al centro escolar a recoger a sus hijas. Esperó en la puerta de salida, como hacía cada día, pero las niñas no salían.

Se asustó y entró. Mientras se acercaba a la secretaria se encontró con la profesora de Mia.

—¡Hola, Cristina! ¿Se ha dejado algo la niña?

—¿Dónde están mis hijas? ¡No han salido!

—Cristina, su tía las vino a buscar a la hora de comer.

—¿Qué tía? Mis hijas no tienen ninguna tía. ¡Ambos somos hijos únicos!

—Cálmate... Vamos a preguntar en secretaría, seguro que se trata de un error.

Allí confirmaron la versión de la profesora: una mujer se había presentado en el colegio con una autorización escrita firmada por Cristina y había recogido a las niñas a la hora de comer.

La directora rápidamente hizo acto de presencia al escuchar los gritos de Cristina.

—¡Yo no he autorizado nada! ¡Han falsificado mi firma! ¡Hay que llamar a la policía! ¿Dónde están mis hijas? ¡Dios mío! ¡¿Quién se las ha llevado?!

No pudo evitar pensar que Raúl estaba tras ese turbio asunto, aunque fuera una mujer la que se las había llevado...; podría tratarse de alguno de sus innumerables ligues haciéndole el trabajo sucio.

Mientras la secretaria se ponía en contacto con las autoridades, Cristina llamó a Pablo, desesperada.

—¡Pablo, las niñas no están en el colegio! ¡Las han secuestrado!

—Voy para allá, ¡no te muevas! —gritó angustiado.

La descripción física cuadraba con la de alguien conocido por ellos: sobre los treinta años, rubia, con los ojos azules, alta y muy buena planta...

Cristina cogió su teléfono móvil y enseñó una foto de Alicia, la que había recibido por WhatsApp de la gala, y la chica de la portería la reconoció sin ningún género de dudas.

Le temblaban las piernas. ¿Por qué se había llevado a las niñas sin su permiso? ¿Qué pretendía? No entendía qué relación podía tener ella con lo ocurrido entre Alicia y Pablo. ¿Por qué quería hacerle daño de esa manera?

Volvió a llamarla al móvil, sin obtener respuesta. En ese momento, la señal que daba el teléfono era de estar desconectado.

Llegó la policía e intentaron tranquilizarla, en vano.

—¿Puede decirnos qué relación tiene con la secuestradora?

—Es una empleada, lleva el *marketing*. Hace relativamente poco que trabaja con nosotros... No lo entiendo.

—Le sugerí que ya no podía seguir trabajando con nosotros —Pablo intervino, sintiéndose muy culpable por todo lo ocurrido—. Sinceramente, creo que está trastornada.

Explicó a los agentes lo sucedido en Londres y cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

La policía enseguida puso todos los medios a su alcance; distribuyeron la foto de Alicia y se pusieron manos a la obra.

—Si la llamara o se pusiera en contacto con usted háganoslo saber enseguida. Pronto tendremos su teléfono intervenido por si trata de comunicarse, pero mientras tanto, márchense, aquí ya no pueden hacer nada, y estén atentos. En el momento más inesperado igual aparecen por

su casa. Ya estamos comprobando si Alicia Heinz tiene algún tipo de antecedente. Intente tranquilizarse, Cristina. —La inspectora a cargo trataba de que se calmara, sin éxito.

—¡Mi hija mayor es diabética y necesita medicación! ¡Puede morir! ¿Dónde se las puede haber llevado esa loca? —chilló abrazada a Pablo.

—Lo siento, Cris, ¡todo es culpa mía! —respondió—. ¡Vamos a encontrarlas!

Capítulo 32

Año 1992

María fue de nuevo al médico. Se sentó en la silla de la consulta e inhaló aire. Su médico la había citado tras las últimas pruebas después de acabar el enésimo ciclo de quimioterapia.

—No tengo buenas noticias.

—Lo sé, lo siento dentro de mí. Me está comiendo toda. No puedo más...

—María..., ¿eres consciente de lo que esto significa? Sabíamos que este último ciclo de tratamiento era nuestra última oportunidad. Hubiera sido un milagro.

—Soy consciente de ello, solo pretendía luchar por mis hijos.

—Y nosotros queríamos que funcionara. Eres tan joven... —La doctora Medina tuvo que esforzarse para no soltar una lágrima que asomaba por su ojo derecho. Pese a estar, como oncóloga, muy acostumbrada a dar malas noticias, ese caso la superaba. Cogió su mano asumiendo también su derrota y prosiguió—: Lo único que podemos hacer es que, el tiempo que te queda, lo pases lo mejor posible: te pondremos en paliativos, no queremos que sufras.

—Mis niños... No tengo a nadie... ¿Qué pasará con ellos?

—¿No tienes hermanos? ¿Algún familiar? ¿Nadie?

—No. Estoy sola. Era hija de madre soltera y ella falleció hace unos años. No tengo a nadie.

—Sé que los servicios sociales están echándote una mano y no van a dejar que tus hijos pasen ningún tipo de penuria. Yo misma haré todo lo que esté en mi mano.

—Hace meses que sé que me muerdo, sin embargo, soy tan cobarde que he sido incapaz de explicárselo a mis niños...

—Son muy pequeños.

—El niño tiene ocho y la niña tres. —María se echó las manos a la cara y empezó a llorar—. No tengo miedo a la muerte, pero sí me aterra dejar a mis hijos en esta situación.

—Es inminente, María. Tienes que dejarlo atado y bien atado.

Hacía un tiempo que su marido, un hombre que le había dado muy mala vida, había perdido la vida en un accidente de coche, dejándola sola con dos pequeños.

María se fue a su casa. Apenas le aguantaban las piernas. La tez, aceitunada antaño, yacía cérica y fina, muy fina. Los ojos estaban hundidos y las ojeras más pronunciadas que nunca. Se encontraba en los puros huesos. El cáncer ovárico no dio opción, pese a que lo había combatido de forma valiente y con rabia desde el primer día. Su hijo mayor, el príncipe, era muy responsable y, aunque no era consciente de la gravedad de su madre, intuía que estaba enferma y la ayudaba en casa como si fuera un adulto, preparando las cenas cuando mami regresaba tras las duras sesiones de quimio, que la dejaban sin fuerzas suficientes ni para siquiera asir una sartén. No era capaz ni de hacer un triste bocadillo. Él solo la miraba y actuaba, sin preguntar... Posiblemente, no quería saber.

Se tomó varias pastillas y se echó en la cama durante unos minutos para poder recuperar el aliento. Por una parte, quería ser egoísta y que su sufrimiento acabara esa misma noche, pero por otra, observaba a sus hijos y pensaba en su suerte. Se agarró a la almohada y lloró amargamente mientras el mayor se hacía cargo de la pequeña bañándola, como cada noche desde hacía meses.

—¡Mamá, descansa! —gritó desde el baño—. Le doy un bañito y después la sopa; ¡la hice yo

solito!

Quiso abrazarlo y lo hizo, de forma imaginaria. Su cuerpo no respondía a lo que su cerebro le ordenaba. Notó cómo sus pulmones dejaban de admitir el aire y cómo su corazón descendía en número de latidos...

Al alba, el pequeño se dirigió hacia su madre y tocó su cuerpo frío e inerte. Tenía instrucciones precisas: «si mamá no contesta, llama a emergencias», y eso hizo. Marcó el número y en pocos minutos un batiburrillo de personas se acercó a casa. Él no entendía nada... Mamá estaba helada y no contestaba, por mucho que la sacudiera y gritara su nombre.

Vio cómo se la llevaban en una bolsa de plástico negra mientras una señora intentaba distraerlo para que no presenciara ese triste momento. Su hermana pequeña todavía dormía plácidamente en la cama. Nunca olvidaría ese día.

—Cariño...

Una señora mayor, rubia y con las manos muy grandes, abrazó al niño. La pequeña despertó y él corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos, protegiéndola.

—¡No nos separen, se lo suplico...! ¡No la aparten de mí!

Seis meses después, los niños seguían en el hogar de acogida. Un día, un matrimonio de mediana edad de origen alemán entró en lo que se había convertido en su casa.

—La idea es que los hermanos sigan juntos —intervino la directora tras la visita ante el insistente interés de los Heinz por la niña solamente.

—Como les dijimos, solo nos interesa ella. Firmaremos un buen cheque a la causa.

—Señora, con el debido respeto, las cosas no funcionan así.

—No podemos llevarnos a los dos.

—El caso es que son hermanos y lo deseable es que permanezcan juntos.

—El niño es demasiado mayor: no se amoldará.

Tras meses de disputas y a base de talonario, los señores Heinz consiguieron llevarse a la pequeña a casa. Su hermano pudo despedirse de ella...

—Sé fuerte. Te encontraré, te lo prometo... Serán pocos años. Cuando sea mayor de edad vendrás conmigo.

La niña lloró agarrada a su cintura, intentando fundirse con él y que no los separaran.

—No me dejes, hermanito...

—Estaré cerca, aunque no me veas... Lo juro por mamá.

Capítulo 33

Habían pasado veinticuatro horas desde que Alicia se llevó a las niñas. Cristina y Pablo no se separaban del teléfono, por si ella se ponía en contacto y se le ocurría pedir un rescate.

¿Qué quería? ¿Qué pretendía llevándose a las niñas? ¿Cuál era el propósito? ¿Por qué?

La inspectora Paredes llamó a la puerta. La Tata fue la primera en levantarse de la silla e ir a abrir con urgencia.

—Cristina, Pablo, buenas tardes.

—Siéntate, por favor. Dime qué has averiguado; ¿dónde están mis hijas?

—Por desgracia todavía no, pero sí tengo alguna información sobre Alicia.

—Estoy muy asustada, Pablo. —Cogió su mano fuertemente.

—Hemos comprobado que Alicia y un hermano suyo se quedaron huérfanos muy pequeños. Ella fue adoptada a los pocos meses, sin embargo, el hermano tardó un poco más... Fueron a parar a familias distintas. Los separaron.

—Y... ¿qué tiene eso que ver con lo que está pasando? —preguntó Pablo.

—La familia Heinz, padres adoptivos de Alicia, murieron durante un incendio en el año dos mil. La única superviviente fue la niña.

—¿Y?

—Se dictaminó que el incendio fue provocado. No tardaron en incriminar a Alicia, que, siendo menor, fue recluida en un centro psiquiátrico. Estuvo allí hasta los veinte años.

—¿Me estás diciendo que mis hijas están en manos de una asesina? ¿De una loca desequilibrada?

—Vengo de hablar con el psiquiatra que la trató. Él no era partidario de dejarla salir, y, de hecho, emitió un informe desfavorable, pero la junta no le hizo caso. Alicia es una psicópata de manual, según su opinión. No se sabe si nació así o si pudo romperse algo en su interior. Quizá al morir su madre biológica de manera tan repentina la dejó trastornada.

Cristina se mordía las uñas..., clara señal de nerviosismo.

—Comenzó haciéndose daño a sí misma; se autolesionaba manteniendo siempre ocultas ciertas partes de su cuerpo para no mostrar las cicatrices —continuó la inspectora—. Un día, tras salir de clase, se fue a casa de una amiga del colegio y mató a su mascota, un hámster, al que metió en el microondas. Esa fue la señal determinante para que sus padres adoptivos la pusieran en tratamiento psicológico, pues sospechaban desde hacía algún tiempo que algo grave le ocurría. A los once años los mató prendiendo fuego a las cortinas de la habitación donde dormían. No tuvieron escapatoria, ya que les bloqueó la puerta; fue cuando la ingresaron.

—¿Cómo logró salir del centro? —preguntó Cristina.

—Era todavía una menor cuando los asesinó. Tras varios años de reclusión fue su hermano biológico quien se hizo cargo de ella. Después del ingreso las autoridades consiguieron dar con él y desde entonces la protege. No podía mantenerla por más tiempo allí y de los tres psiquiatras que la evaluaban consiguió engatusar a dos: no tuvieron más remedio que soltarla.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué nosotros? —preguntaba Cristina.

—Las personas que sufren este tipo de trastorno tienden a hablar mucho. Ellos saben cómo leer a la gente y pueden llegar a ser divertidos y entretenidos. Además, a menudo cuentan historias sobre lo buenos que son. Esas historias pueden ser poco convincentes, pero de alguna manera

logran presentarse como simpáticos y encantadores..., son excelentes mentirosos. En el caso de Alicia, hasta el punto de conseguir engañar a parte del equipo médico que la supervisaba. Su físico angelical, según el doctor que la trataba entonces, esconde a una persona ególatra y fría que no parará hasta conseguir sus objetivos. No tiene empatía, pero lo disimula muy bien.

—Estoy asustada, Pablo.

—Hemos descubierto algo más...

Cristina y Pablo respiraron hondo.

—Su hermano biológico es Raúl Romero.

Cristina se mareó de la impresión.

¿Se trataba de un plan orquestado por Raúl después de todo?

Capítulo 34

Cris tardó un buen rato en recobrar la cordura. Mientras le hacía efecto un tranquilizante, la inspectora estuvo hablando con Pablo.

—No tenemos muy clara la relación actual entre Raúl y Alicia. Él está huido de la justicia desde hace meses y de ella lo único que sabemos es lo que os acabo de contar. No tiene domicilio conocido: la dirección que os facilitó no existe.

—Lo que es curioso es que Raúl se casara con Cristina y ahora aparezca esta tal Alicia, su hermana, por aquí. Seguro que no se trata de algo casual.

—No adelantemos acontecimientos. Por cierto, hemos investigado su historial laboral y prácticamente todo es falso.

—Estoy seguro de que se pondrá en contacto con nosotros, es demasiado egocéntrica como para dejarlo estar —dijo Pablo.

—Cristina, hemos intervenido tus teléfonos. Si llama, la localizaremos.

Cris, ya algo más recuperada, se acercó a la agente.

—Sé que jamás le haría daño a sus hijas, estoy segura. Si Alicia ha decidido secuestrarlas él no lo sabe, lo presiento... Va por libre.

—Se me está ocurriendo una cosa que podría funcionar para atraer la atención del señor Romero —intervino la inspectora—. Esta noche saldrá la noticia en los telediarios y mañana se emitirá en los programas de televisión más importantes. Incluso redactaremos una nota de prensa a nivel internacional. Si Raúl lo ve y realmente no sabe nada, vendrá, y seguro que nos pondrá sobre la pista de Alicia.

Esa noche, efectivamente, se emitió un comunicado.

«Mia y Mara Romero Monferrat, de siete y tres años respectivamente, miembros de la conocida familia del sector vinícola Monferrat, se encuentran en paradero desconocido desde ayer a las trece horas. Se sospecha que Alicia Heinz, trabajadora de la bodega, las recogió en el colegio a la hora de la salida haciéndose pasar por su tía, estando desde ese momento ilocalizables. Una de las niñas sufre de diabetes y precisa de medicación diaria. Si las han visto o pueden aportar algún dato, no duden en contactar con la policía».

Cristina lloró al ver las fotos de sus hijas en televisión, expuestas de esa manera en los medios, pero sabía que la inspectora tenía razón: era posible que Raúl hiciera acto de presencia y aportara luz a la investigación. No podía creer que él estuviera involucrado en el secuestro, sin embargo, la alargada sombra de la duda la acechaba, no sabiendo qué pensar en realidad.

Pablo le sirvió un plato de sopa que él mismo había preparado y la animó a comer.

—Tienes que comer, Cris...; caerás enferma.

Ella negó con la cabeza, agarrada a la mano de Helena, su madre, que estaba igual de preocupada y desganada que ella.

Sonó el teléfono fijo de la casa.

—¿Diga? ¿Eres tú, Alicia? ¡Devuélveme a mis hijas! ¡Te lo ruego! ¿Qué pretendes? —Cristina imploraba—. ¡Te daré lo que me pidas! ¡Necesito que vuelvan! ¡Mia es diabética! ¡Puede morir!

Una voz al otro lado de la línea contestó.

—Ahora puedes tener una remota idea de lo que ha sufrido mi familia por culpa de la tuya...

Colgó. No dijo nada más. Estaba claro que era ella.

A los pocos segundos el tono del móvil la alertó de nuevo: era la inspectora.

—Hemos grabado la llamada, aunque es ilocalizable; no nos ha dado tiempo a rastrearla.
¿Tiene algún sentido para ti lo que dice?

—¡No! ¡Ninguno!

—Habla de tu familia como si le hubiera destrozado la vida a la suya... ¿Qué relación puede haber? ¿Algún antiguo trabajador? ¿La separación de Raúl?

—¡No lo sé!

—Hija —intervino Helena—, quizá sea hora de que hablemos sobre los secretos de esta familia.

Capítulo 35

Manresa, Barcelona (1958)

Carmen no conocía su auténtico origen. Fue entregada a una familia a los pocos meses de nacer y no recordaba más que a esos padres que tuvo. No recibió jamás un beso, ni un abrazo que la reconfortara cuando más lo necesitaba. Sus horarios eran muy estrictos y no la dejaron tener amigas, y mucho menos amigos. Vivió apartada de la sociedad. Nunca entendió por qué siempre la trataban con esa hostilidad. Aunque intentó por todos los medios ganarse el amor de sus progenitores, nunca se sintió querida; y las palizas, humillaciones y vejaciones ocurrían a diario. Era poco más que una criada, una auténtica cenicienta de manual.

A los dieciocho años su madre adoptiva falleció de forma repentina y su padre empeoró su comportamiento para con ella, extralimitándose en todos los aspectos, incluido el sexual.

No se vio capaz de aguantar por mucho tiempo aquella situación, pero sus posibilidades de abandonar el domicilio eran muy escasas al ser prácticamente una iletrada. Sus padres nunca dejaron que estudiara, y se ganaba la vida limpiando las casas de los vecinos. Todo el dinero se lo quedaba su padre, que acostumbraba a pasarse el día tumbado en el sofá bebiendo hasta perder el conocimiento, y ese era el mejor de los escenarios.

Una noche su padre abusó nuevamente de ella. Carmen sintió náuseas, como siempre que tenía cerca a ese borracho. Para no perder la costumbre, finalizó la sesión abofeteándola con rabia. Fue cruel, una vez más.

—Carmen, ¡jamás serás nadie! ¿Entiendes? Tan solo eres una maldita hija ilegítima que nadie quiere...

A ese cerdo al que llamaba padre se le soltó la lengua y comenzó a narrar su verdadero origen y su pertenencia a una importante familia relacionada con el mundo del vino, los Monferrat, de un pueblo del Penedès. Carmen no entendía el porqué de tantas mentiras y secretos, pero no osó recriminarle nada. Bajó la vista y permaneció en silencio, deseando que acabara de maltratarla...

—Tu abuela, de vez en cuando, nos hacía llegar ayuda económica para que mantuviéramos la boca cerrada y ella su conciencia tranquila... Pero eso terminó hace tiempo. Yo no puedo ni quiero mantenerte. ¡Vuelve con esos ricachones que te echaron a los lobos! —Reía a carcajadas—. ¡No! ¡Ni lo intentes! Se deshicieron de ti por ser una bastarda. Seguro que serás tan puta como tu madre..., la chacha que se folló al señorito. Menuda pájara debió ser si se abría de piernas a la primera de cambio... ¡No me extraña que decidiera colgarse de un árbol!

Carmen se retiró a su habitación entre lágrimas. En ese instante lo tuvo claro; esperaría a que se durmiera, cogería cuatro cosas y se marcharía. Iba a empezar de nuevo en otro lugar. Sabía limpiar y se veía capaz de servir en una familia, estar como interina. Lo complicado sería pasar la primera noche sola en el mundo, un mundo que apenas conocía y del que la habían apartado a la fuerza. Recordó que los dueños de una de las casas donde limpiaba estaban de vacaciones y aún iban a tardar un par de semanas en regresar. Entraría y se cobijaría allí durante la fría noche hasta el amanecer. Tenía unas pocas pesetas escondidas bajo el colchón, no demasiadas, pero sí suficientes para montarse en un tren y viajar hacia Barcelona, con la esperanza de encontrar un trabajo y una habitación realquilada.

Y así lo hizo. En cuanto su «padre» cayó en los brazos de Morfeo, metió en una bolsa dos

mudas, un neceser y poca cosa más. Con suerte, hasta pasadas varias horas, no la echaría en falta.

Un nombre retumbaba en su cabeza: Monferrat de Sant Esteve del Penedès. Nunca había oído hablar de ese pueblo ni de esa familia. Miró el colgante que su madre adoptiva le dio al cumplir los diez años: una hoja de vid con las letras «RM» como inscripción.

Entró en la casa de los señores Vidal, pero no se atrevió a dormir en una de las cómodas camas disponibles, ya que le pareció una falta de respeto abusar de ellos. Se sentó en el sillón, todavía vestida, e intentó cerrar los ojos, resultándole imposible conciliar el sueño debido al intenso dolor de sus magulladas costillas y al sentimiento de culpabilidad por allanar una casa ajena.

Al cabo de pocas horas se fue hacia la estación, cogiendo el primer tren con destino Barcelona. No había estado nunca allí, simplemente había oído habladurías e increíbles historias acerca de la gran ciudad. No obstante, nada iba a ser peor que vivir bajo el mismo techo que ese malnacido.

Superando su extremada timidez y abocada por la necesidad, tras salir de la estación, preguntó a varias personas, las que mejores vibraciones le proporcionaban.

—Señora, ¿me permite una pregunta? ¿Conoce de algún lugar que busquen a una sirvienta? Soy nueva en la ciudad y necesito alojamiento y trabajo —imploró a una mujer rubia entrada en la cincuentena, que la ignoró como si hubiera visto una rata de alcantarilla.

Lo siguió intentando durante varias horas.

Fue bajando por la Rambla y entró en una tienda, ya en el barrio del Raval. Se trataba de una corsetería donde varias mujeres se hallaban cotejando el género. Una de ellas la miró de arriba abajo.

—¿Cuántos años tienes, niña? ¿Cómo es que estás sola?

—Tengo veinte, señora. Soy huérfana —mintió— y no tengo dónde acudir... Sé cocinar, limpiar..., lo que precise. —Bajó los ojos y fijó la mirada en el suelo.

—Podrías serme útil. No puedo pagarte mucho, pero una habitación y comida sí tendrás.

La mujer se apiadó de Carmen, que no dudó ni un segundo en aceptar. Su nueva amiga, jefa o señora, como ella prefiriera, le iba a dar lo que más precisaba en ese momento. Poco le importaba el sueldo si sus carencias iban a estar cubiertas. Pero sus deseos de ir a mejor se rompieron pronto. Sí, esa mujer regentaba un prostíbulo en el casco viejo de la ciudad condal.

La trataba bien. En un principio, solo se paseaba en paños menores y servía copas a los clientes, y a lo sumo a alguno de ellos se le escapaba alguna mano hacia sus posaderas.

Una noche, un cliente se encaprichó de ella, y Josefina, la *madame*, se lo dijo a Carmen:

—Es un hombre bueno con una magnífica reputación. Además, es apuesto y limpio, pero si no quieres no te obligaré. Es mucho dinero, Carmen. Piénsalo.

—Lo haré.

Recordó lo que tantas veces su padre adoptivo le había hecho pasar... Ya estaba manchada. ¿Qué más daba y encima cobrar por ello? Era un dinero que le iría muy bien para intentar iniciar una nueva vida.

El señor Vilalta la trató con dulzura. Era un hombre de pasados ya los cuarenta años, refinado, de buena familia y guapo, y pese a ser bastante mayor que ella, supo apreciar su atractivo. De hecho, se convirtió en su cliente principal. Acudía a verla al menos una vez al mes, cuando su mujer se iba de retiro a los baños curativos.

Poco podía imaginar Carmen que seguiría en ese oficio por mucho tiempo, frustrando así sus planes de futuro.

Quedó en estado por un descuido y de ahí nació María, su única hija. Nunca supo si era hija de Vilalta o de algún otro y, aunque el poderoso señor quiso ayudarla, el tema se zanjó rápido en cuanto su esposa descubrió su afición por las chicas de compañía.

Entre las múltiples conversaciones que Carmen tuvo con Vilalta surgió la cuestión sobre su origen. El acaudalado señor dijo conocer a la familia Monferrat, y no solo de oídas: su supuesto padre pertenecía al mismo club selecto que el propio Vilalta y, aunque cierto era que no tenían demasiado contacto, él conocía bien el negocio y el alcance de la fortuna de su padre biológico. Carmen le rogó que no interviniera y que jamás mencionara nada sobre su existencia, ya que no tenía pruebas, solo un malintencionado comentario del que creyó su padre por muchos años. No existía asimismo ningún tipo de documentación que ofreciera pruebas sobre su origen. Nada, no tenía nada. Pero en el fondo sí deseaba conocer su historia, los motivos que tuvieron para deshacerse de ella, si es que era cierto todo lo que le habían contado. Él reconoció el colgante que Carmen portaba en su cuello, el que le dio su madre adoptiva, como el primer logotipo de la bodega. Las iniciales grabadas «RM» sin ninguna duda significaban Robert Monferrat.

Carmen disponía ya de unos ahorros, no demasiados, pero suficientes como para empezar de cero en otro lugar, aunque de forma humilde. Así era la historia de su vida: tener que irse y renacer. Quería proteger a su hija María. No quería que creciera en un prostíbulo, deseaba que tuviera alguna oportunidad en un ambiente más digno. Posiblemente, jamás le podría dar la educación que anhelaba, sin embargo, cualquier cosa era mejor que criarse entre meretrices.

Por una discreta mediación del señor Vilalta consiguió trabajo en casa de los Martí, mudándose como interina para ejercer de niñera de los dos pequeños de la familia. El trabajo era perfecto ya que, al ser Javier y Sergio de edades similares a María, podían jugar juntos y ella estar con su hija durante muchas horas. Disponían de una parte de la casa para ellas: una simple habitación doble con una pequeña cocina y un minúsculo cubículo como cuarto de baño que no llegaba a los veinticinco metros cuadrados, pero a ella le pareció el mismo paraíso.

Capítulo 36

Vilanova i la Geltrú, Barcelona (1967-1992)

Cuando la niña contaba con ocho años se mudaron de nuevo a un costero pueblo a las afueras de Barcelona, camino ya de Tarragona y muy cerca de la linde entre las dos provincias. Encontró un trabajo en una importante fábrica de neumáticos extranjera. Se hizo pasar por viuda para no tener problemas, puesto que, en la década de los años sesenta, una madre soltera era casi siempre una mujer marcada, siendo imposible encontrar un trabajo honrado, y no así en una mujer con un marido fallecido y con una hija que sacar adelante.

Durante su etapa en la fábrica fue relativamente feliz, ya que su trabajo no era desagradable, y más cuando quedó una vacante de administrativa en las oficinas, que supo aprovechar. No disponía de un gran sueldo, no obstante, podía sacar a su hija a flote, eso sí, haciendo malabarismos. Carmen era una mujer inquieta e inteligente, y a base de clases nocturnas consiguió llegar a ser algo más que la chica que servía los cafés.

María llegó a la mayoría de edad demasiado rápido. Los años pasaron fugaces, raudos. Como no fue una buena estudiante entró a trabajar en el mercado de la pequeña localidad. En una discreta pollería conoció no solo el oficio, también al que se convirtió en su marido, que no era otro que el hijo de los dueños. Ese modesto negocio familiar pasaría a él algún día, convirtiendo a María también en propietaria. Para una niña que había crecido envuelta de muchas carencias suponía todo un sueño.

Alberto, su ya esposo, la hizo distanciarse de su madre. La quería solo para él y Carmen quedó relegada no a un segundo plano, sino que directamente se la quitó de encima. Sin embargo, María sí quería ver a su madre y tuvo que hacerlo casi siempre a escondidas.

No era un hombre cariñoso, pero a ella, que no había conocido otra forma de amor, le pareció normal. Sus celos, sacados totalmente de contexto, los interpretó al principio como una prueba de amor. Con el tiempo, Alberto se desquició por completo y empezó a insultarla y menospreciarla delante de las clientas, pero María no sabía ni qué hacer ni a dónde ir.

Carmen enfermó de cáncer antes de los cuarenta, muriendo cuatro años después, sola, en una fría habitación del hospital comarcal y tras una amarga lucha contra la maldita enfermedad. María nunca se perdonó no haber estado junto a ella en esos trágicos momentos, cogerle la mano y hacerle más sencillo el tránsito hacia el otro mundo.

Para entonces, esta se encontraba embarazada del que sería su primer hijo, Raúl, que nació pasados unos meses. Alicia le seguiría uno años después.

Su madre le dejó pocas cosas, pero una de ellas y lo más importante: aprender a luchar, a salir adelante y a saber encarar las adversidades, y es por ese legado que decidió un día dejar a Alberto. Sabía que no lo iba a encajar bien y esperaba una paliza a cambio en cuanto comenzara a verbalizar su deseo de dejar esa casa. Irse sin más le pareció cruel, así que, pese a todo, quiso darle la oportunidad de despedirse de sus hijos, aunque no mereciera esa deferencia. En el fondo deseaba que él la amara, pese a que su forma de hacerlo fuera muy distinta a la que ella necesitaba. No deseaba un hombre que descargara sus frustraciones con ella o con su hijo mayor, que apenas tenía seis años, y que algún que otro golpe se llevaba por intentar defender a su madre.

También se sorprendió al descubrir que, entre las pocas pertenencias de su madre, se hallaba

una caja llena de baratijas, pero entre las que destacaban un bonito colgante de oro en forma de hoja de parra y un diario que no leyó hasta pasados unos años, justamente el día que decidió dejar a su marido y en donde descubrió algo que ella nunca llegó a verbalizar, que era una Monferrat. Su madre contaba toda la historia que, pieza a pieza, tramo a tramo, había conseguido encajar con la ayuda de Vilalta y otras averiguaciones posteriores. También dejó claro que nunca quiso nada de ellos.

Para entonces, la modesta bodega de antaño, tan solo conocida a nivel local, se había convertido en una de las marcas más importantes del sector del vino, no solo en España, también en Europa, liderada por Jorge Monferrat, el supuesto heredero de la familia y, con toda probabilidad, hermano de Carmen y tío de María.

La noche de la revelación se tomó una tila a pequeños sorbos para calmar los nervios y aguardó el momento en que Alberto entrara por la puerta y hablar con él. Llevaba tiempo meditando cómo hacerlo y decidió, pese a tener un guion establecido en su cabeza, dejar hablar a su corazón e intentar apelar a su alma, si es que aún la conservaba. Fueron pasando las horas, pero él no hizo acto de presencia. Se fue a la cama pensando en que estaría donde siempre: en el casino arruinando su negocio, ya que últimamente iba varias noches a la semana. Se preparó para la somanta de palos; lo solía hacer cuando perdía grandes cantidades y eso ocurría muy a menudo. Al ser ya muy tarde, le imaginó sentado en la mesa de póquer gastándose el poco dinero que generaba su parada en el mercado y dilapidando los cuatro duros que tenían ahorrados.

A las dos de la madrugada fue informada: Alberto había fallecido en un accidente de tráfico. Quizá fuera el destino. Su maltratador se enfrentó directamente y sin cataplasmas al karma.

Se quedó sola muy joven y con dos hijos pequeños. Se sintió egoísta al sentirse liberada de esa bestia.

Su dicha por eso duró poco, muy poco. Al año siguiente fue diagnosticada del mismo tipo de cáncer que su madre. El mismo que acabó con la vida de Carmen le arrancó la suya.

Capítulo 37

Cris observó a su madre.

—¿Te refieres a lo del abuelo? ¿A su hija secreta? Algo me han contado, pero ¿qué coño tiene esto que ver con el secuestro? —Perdió los nervios.

—Tu padre consiguió averiguar el paradero de su hermana Carmen...

—¿Qué? ¿Y qué sucedió?

—La abuela aún vivía y no quiso darle un disgusto, así que, cuando conoció a Carmen, lo mantuvo en absoluto secreto.

—¿Qué?

—Quiso darle dinero, compensarla por el agravio que había cometido su abuela con Rosalía al forzarla a entregar a su hija. No era una mala cantidad, más bien todo lo contrario.

—¿No la aceptó?

—Dijo que no quería que callaran su boca con dinero. Quería ser reconocida por la familia y no limosna para que ellos pudieran liberar su conciencia. O eso o nada. El abuelo ya no estaba entre nosotros y, desde luego, la abuela jamás lo hubiera permitido.

—¿Nunca más se vieron?

—No. Ella zanjó el tema. Ni siquiera le dejó conocer en persona a su hija, María, que era pocos años mayor que papá.

—¿De verdad? ¿No me engañas, mamá?

—Jorge, además, supo que Carmen había muerto e intentó por todos los medios encontrarse con su sobrina, de la que solo conocía su nombre de pila. Ya debía de ser una mujer adulta, pero fue imposible dar con ella. Él lo intentó, de veras cariño.

—A ver, ¿me estás diciendo que mi tía, hija ilegítima de mi abuelo, está muerta y que, a su vez, tengo una prima que no sabemos por dónde corre?

—Suponiendo que esté viva sí, así es...

—¿Por qué nunca me dijisteis nada sobre esto? La tía también sabía de la existencia de su hermana e intentó encontrarla, como papá. No entiendo por qué él no se lo dijo a Catalina... Ella me ha pedido que la encuentre y le dé su parte de la bodega. En cualquier caso..., ¿qué tiene que ver esto con Alicia y Raúl? ¡Ellos son adoptados y por familias distintas!

—Yo lo supe unos años después y prometí guardar el secreto, hija. Sabes que tu padre era muy buena persona y con un sentido de la justicia muy agudizado. Seguro que lo único que pretendía era protegernos. Creo que deberíamos comentarlo con la inspectora Paredes. Podría ser una pieza clave en este rompecabezas...

Cris se abrazó a Pablo. Ya ni siquiera recordaba el disgusto que había tenido unas horas antes.

—Las encontraremos, cariño.

Pablo la cogió de la barbilla suavemente y observó sus tristes ojos, que se hallaban apagados y perdidos.

Se fueron a ver a la inspectora y pusieron en su conocimiento esa historia. Para entonces, Paredes ya tenía mucha más información...

—Hemos conseguido averiguar quiénes son los padres biológicos de Raúl y Alicia: son Alberto Carreter y María Alavedra, ¿os suenan de algo estos nombres? Ambos están fallecidos.

—¡Ni idea! ¡No sé quiénes son! ¿Crees que puede ser un dato importante?

—He pedido a dos de mis compañeros que investiguen a estas dos personas. Hace años que fallecieron y no sé si encontraremos algo. Por lo que sabemos residían en Sant Pere de Ribes, justo al lado de Vilanova i la Geltrú, donde tenían un negocio.

—Ana —Una compañera de Paredes se dirigió hacia ella con un dossier en las manos—, creo que he descubierto algo más sobre este matrimonio.

La inspectora hojeó la documentación y se dirigió a Cristina.

—Tranquilízate. Daremos con las niñas, te lo juro —respondió la agente—. No dejaré de buscarlas, aunque eso signifique no dormir. Marchad a casa. Me pondré en contacto con vosotros en cuanto tenga más información.

A media tarde sonó el teléfono de nuevo, pero esta vez fue el de Pablo.

—Llamo al tuyo, ya que imagino que el de Cristina estará intervenido por las autoridades —dijo una voz que le resultaba muy familiar.

—¿Raúl? ¿Dónde están las niñas? ¡Cabrón!

—Ya solucionaremos nuestras diferencias en otro momento, Pablo —intervino—. Necesito hablar con mi mujer.

Pablo cedió el teléfono a una temblorosa Cristina.

—¡Por Dios, Raúl! ¿Dónde están las niñas? ¡Tu hija necesita insulina! ¡Se las ha llevado la puta loca de tu hermana!

—Cris, hay tantas cosas que debí contarte en su momento... Ahora vamos a centrarnos en las niñas. —Raúl parecía mantener la calma. Conocía tanto a Cristina que sabía exactamente cómo se encontraba, y no podían estar los dos igual de nerviosos. Siempre uno neutralizaba al otro—. Hace días que intento localizarla, sin éxito. La he llamado a su teléfono y no hay forma de hablar con ella. Cris, con todo lo que ha ocurrido, ahora estamos distanciados..., hace meses que no sé nada de Alicia.

—Eres mi última esperanza, Raúl —suplicó Cristina, totalmente descontrolada—. Dice que mi familia le hizo daño a la tuya o la suya... No sé ni a qué se refiere. De verdad, me da igual, ¡solo quiero ver a mis hijas!

—Debes confiar en mí —intercedió Raúl—. Estoy seguro de que no anda muy lejos. Cristina, escucha atentamente lo que te voy a decir... Después de esto desapareceré para siempre: creo que sé dónde puede estar oculta Alicia.

Capítulo 38

Barcelona, año 2009-2019

—En su opinión, doctor Argüelles, ¿puede la paciente hacer una vida normal? —preguntó José Gracia, persona encargada de evaluar la posible salida del centro de Alicia Heinz.

—La paciente ha demostrado una estabilidad propia de una persona totalmente sana durante los últimos dos años. No es agresiva ni tampoco ha intentado volver a atentar contra su vida.

—Sí, sin embargo —intervino el doctor Bosch—, su alteración de la personalidad, así como los marcados rasgos psicópatas que ha mostrado todos estos años pueden llevarnos al engaño. Es una chica inteligente y sabe qué debe hacer para poder salir de aquí. Mi consejo es que no le demos el alta, no todavía.

—Ha mostrado una plena conciencia de su estado mental —dijo Argüelles—, y ha sido totalmente colaborativa a lo largo del proceso...

—Sí —volvió a afirmar Bosch—, no obstante, sigue mostrando una marcada ansiedad y tensión, así como tristeza y algunos arrebatos agresivos que no puede controlar. Creo que es mucho más frágil de lo que nos demuestra y puede romperse como un cristal. Podrían volver los episodios psicóticos.

—Eso es porque es joven y quiere salir de aquí. Lo que hizo fue fruto de una infancia con muchas carencias afectivas y de que esta chica ha pasado por mucho en su corta vida. Doctor Gracia —sentenció Argüelles—, creo que merece la oportunidad.

—Yo también quiero que la tenga, pero no dejo de pensar en qué pasará si realmente no está del todo curada, y sinceramente, creo que no lo está —intervino de nuevo Bosch.

—Señores, mantengan la calma. —Gracia intentó poner serenidad ante una discusión que iba subiendo de tono—. Su hermano, Raúl Romero, dice que se haría cargo de ella: su manutención, un piso para vivir y, por supuesto, se encargaría de traerla a las revisiones mensuales. Me entrevisté con él ayer y parece un chaval muy centrado, a pesar de su juventud.

—Me opongo hasta estar completamente seguros de que no supone un riesgo ni para ella ni para la sociedad. —Bosch seguía fiel a su postura.

—Soy su médico, recuérdalo —dijo Argüelles.

—Por supuesto. Durante estos dos últimos años lo has sido y aún no sé por qué me arrebataste este caso.

—Sabes que no se sentía cómoda contigo. Decía que le recordabas a su padre adoptivo y no avanzabais.

—¿Sabe lo que creo, doctor Argüelles? Que ella estaba segura de que a mí no iba a ser fácil convencerme de que estaba curada. Dejémoslo aquí. Si es lo que tú como médico recomiendas, sacadla a la calle. Eso sí, asegúrate de que no mate a nadie...

—¡Se está pasando, doctor Bosch! —Gracia le cortó en seco—. Si ustedes dos tienen rencillas del pasado eso no debe interferir en su profesionalidad.

Bosch bajó la cabeza. Sabía que había metido la pata, pero es que no podía con Argüelles y su soberbia. Tenía claro que Alicia no solo no estaba curada, sino que había planeado hasta el más mínimo detalle, de forma maquiavélica, la situación que ellos estaban viviendo en ese justo momento. Era una mujer fría y, pese a su juventud, sabía hacer valer bien su belleza. Intentó

seducirlo a los diecisiete años, todavía siendo una cría, sin éxito, y por eso se inventó lo del parecido con su padre para que la cambiaran de médico. Estaba tejiendo su salida del centro desde hacía años y sabía que Argüelles era bien capaz de sucumbir a sus encantos; no era la primera vez que el citado doctor tenía un lío con una paciente, que luego el hospital se encargaba de tapar. Aceptó con desgana la decisión de José Gracia, pues estaba completamente seguro de que Alicia Heinz era una bomba de relojería.

Raúl Romero vivía solo en su piso de Barcelona desde hacía algunos años. Solía visitar a su hermana Alicia en secreto, y ya tras la muerte de sus padres adoptivos, con total libertad. Se sentía absolutamente responsable de ella y, cuando los separaron, sintió cómo el corazón se le partió en dos. Tras el incendio provocado por su hermana, prácticamente se hizo cargo de todo, como siempre, ejerciendo de hermano mayor.

A los veinticinco ya trabajaba en una importante compañía, con un cargo menor, por supuesto. No obstante, su ambición era llegar a lo más alto y se estaba preparando duramente para ello. Trabajaba en esa empresa y estudiaba por las tardes. Por la noche hacía turno en un bar de copas para pagarse el máster en economía. Hasta entonces, su vida amorosa no destacaba por tener relaciones estables. Era un hombre muy atractivo y no le costaba encontrar chicas dispuestas a acostarse con él sin pedir nada a cambio, pero para Raúl ya era suficiente ese trato, pues lo primero era trabajar y alcanzar sus objetivos.

Y entró Alicia en su vida, de lleno. Se instaló en su piso y todo parecía ir bien. Encontró un trabajo de secretaria en un despacho de arquitectura, pero no tardó en pedir la cuenta. No le gustaba trabajar. Así lo demostró con los siguientes tres empleos en poco más de seis meses. Su marcado narcisismo la hacía fracasar en todos los proyectos que iniciaba.

Fue ella la encargada de indagar sobre su pasado... Había heredado el colgante de su madre, el propio Raúl se lo dio cuando lo encontró entre sus pertenencias. También el diario de la abuela y ahí es donde conocieron toda la verdad: que formaban parte de la familia Monferrat.

El plan estaba calculado al milímetro. Iban a hacerse con lo que injustamente se les había arrebatado. Especialmente para Alicia era una obsesión. Solo había un problema..., su abuela y su madre estaban muertas y ningún juez iba a admitir a trámite una demanda de dos pelagatos contra una de las familias más importantes de Catalunya.

Raúl lo vio claro hojeando un reportaje en una revista: Cristina Monferrat, la rica heredera de dicha bodega. Ella iba a ser la puerta de entrada a la poderosa familia.

Lo investigó todo sobre ella: por dónde solía moverse, su círculo de amistades, las aficiones... No fue fácil, pero estaban dispuestos a dar el golpe de sus vidas.

Raúl se lio con una chica del entorno de Cristina y el resto vino rodado. Bastaba con organizar un evento donde poder coincidir y echarle el lazo. Obviamente, cayó pronto en sus brazos, incluso antes de lo que él había previsto. El embarazo de Mia aceleró los acontecimientos y, mucho antes de lo que esperaba, ya estaban casados.

Escaló muchos puestos en la empresa. Si alguna cosa no le faltaba a Raúl era inteligencia y ganas, mezcladas con grandes dosis de cinismo, frialdad y ambición. Eso era justo lo que no le gustaba a su suegro. Por eso Jorge nunca confió en él, pese a que Cristina siempre le defendió a muerte. Él lo sabía e intentó ganárselo, sin embargo, la relación se aguantaba con pinzas. Sus suegros tragarón por su hija, primero, y por sus nietas, después.

Fue todo un revés que le obligaran a firmar un acuerdo prematrimonial con tantas cláusulas que, a su juicio, eran abusivas. No lo esperaba y frustró en un principio su plan. No obstante, siguió con él, ya que estaba convencido de que Cristina, una vez que su padre se quitara de en

medio, claudicaría en todo lo que él le propusiera. Ella estaba absolutamente enamorada de él y, por supuesto, Raúl la manipulaba a su antojo.

Verónica entró a trabajar en la misma empresa que Raúl. No tardaron en hacerse amantes. Ella no tenía demasiadas aspiraciones, pues sabía que él era un hombre casado, no obstante, supo cómo engatusarlo con mentiras. Se enamoró de Verónica, a su manera, por supuesto. Siempre se consideró demasiado frío como para darlo todo por una mujer, y es por esa razón que su lista de amantes no tenía fin. Cuando se casó con Cristina, y ante el riesgo de perderlo todo, moderó sus salidas con otras mujeres, aunque se le acabó yendo de las manos.

Le pilló una primera vez y eso casi le cuesta su relación. Sin embargo, a los pocos meses del perdón, reincidió con Verónica y decidió crear una vida paralela en Madrid. Todo era perfecto, puesto que ni la una ni la otra sospechaban nada y las tenía contentas a ambas. El embarazo de su tercer hijo, Álex, lo complicó todo. Verónica quería casarse, y Raúl, creyéndose inmune y por encima de todo, montó una *performance* con la ayuda de un actor que los casó, aunque no fue una boda válida, tan solo supuso una pantomima para tenerla callada y feliz. Esa doble vida se iba alargando en el tiempo, pero cada vez le era más complicado inventarse excusas creíbles y tangibles. Aun así, salió a flote hasta que Cris lo volvió a pillar, y esta vez no hubo vuelta atrás.

Las cosas se fueron torciendo tras ese suceso, y el hecho de darse cuenta de que perdía a su familia le hizo reaccionar. Sí, él estaba realmente enamorado de Cris, aunque eso inicialmente no formara parte de sus planes. Ella se volvió mucho más importante para él que cualquier otra. Lo perdió todo, incluso a Verónica y a Álex.

Tras su separación infiltró a Alicia en la bodega. Crearon un historial laboral y de formación falso, pero creíble. Ella era una tipa perspicaz, dinámica y con mucha labia; no fue difícil que su currículo acabara el primero de la lista a revisar.

Los planes iniciales cambiaron. Decidieron empezar a sustraer pequeñas cantidades, para así poder pasar desapercibidos y, en última instancia, proceder a boicotear toda la producción envenenando las tinajas que contenían los futuros caldos a embotellar; eso sería suficiente para que la empresa perdiera credibilidad en el mercado y así poder consumir su venganza. Esta idea fue más de la cosecha de Alicia que de Raúl, en realidad. Quería revancha y su psique retorcida le pedía crear el caos y la destrucción.

A Alicia le resultó sencillo hacerse con las claves de la caja fuerte. Sigilosa ella, siempre espiaba a Pablo y las consiguió con relativo poco esfuerzo. Lo que no imaginaron es que les pillarían al primer movimiento extraño. Subestimaron a Cristina.

Todo se alteró cuando Raúl cometió el homicidio por imprudencia y huyó. En ese instante, sus intenciones de hacerse con la fortuna Monferrat quedaron aparcados, ya que escapar de la justicia se convertía en imperativo; tenía que desaparecer durante un tiempo hasta que las aguas se calmaran.

Con Raúl huido, Alicia cambió de planes: Pablo era un socio potente de la bodega y debía caer. Sería la forma de llegar al poder, ese deseado poder que la envenenaba por dentro. Y pese a desplegar todos sus encantos en diversas ocasiones, en Londres, las cosas se torcieron de forma irreversible.

Despistada, sin Raúl cerca y sin instrucciones, decidió hacer lo peor: si ella no podía llegar a ser una Monferrat, acabaría con todos ellos. El secuestro no era nada para lo que tenía planeado.

Capítulo 39

—Cris, escucha con atención —Raúl hablaba con voz pausada—: no avises a la policía o no apareceré. Prométemelo, por las niñas.

—Te lo juro por lo que más quiero, que son mis hijas. ¿Estás aquí? ¿No estás en el extranjero?

—He vuelto en cuanto me he enterado del secuestro, pero eso no es lo importante ahora —zanjó sin dar más explicaciones.

Cris pensó en cuánta razón tenía la agente Paredes al querer lanzar la noticia por televisión para atraerle.

—Raúl, ayúdame, ¡te lo ruego!

—¡Pablo! Lo de la discreción va por ti también. Si aparece algún poli, me largo.

—Descuida —contestó—. ¿Dónde están las niñas?

—Tengo una corazonada. Os envío por WhatsApp unas coordenadas. Estad ahí en una hora.

Colgó el teléfono y envió el mensaje. Sin perder un segundo, salieron de casa hacia ese punto, una de las rotondas de entrada a Vilanova i la Geltrú, según el navegador. Allí debían esperar.

—Creo que es un error que no avisemos a la agente Paredes —soltó Pablo a bocajarro.

—¡Ni hablar! No voy a poner todavía más en peligro a mis hijas.

Cristina fue contundente: iba a hacer caso a Raúl. No le importaba nada más que recuperar a Mia y a Mara.

Llegaron al destino y ahí estaba Raúl, que subió al coche.

—Da la vuelta a la rotonda y sigue recto hasta que te diga por dónde debemos desviarnos.

Pablo, al volante, hizo caso a sus indicaciones a regañadientes, pues seguía sin fiarse de él. Les hizo abandonar la carretera en dirección a una zona boscosa oscura y sin un alma dada la hora que era.

—Aparca y seguimos a pie —indicó—, aunque sería mejor que fuéramos solos Cristina y yo.

—¡Ni de broma, Raúl! Vengo con vosotros. Cristina no irá a ninguna parte sola contigo.

Cristina agradeció el gesto de Pablo..., tenía miedo. No conocía el lugar y, desde luego, ya no confiaba en Raúl. Ese hombre que había sido su marido se había convertido en un extraño.

—Está bien, sigamos... —Raúl claudicó.

Sacó una linterna para iluminar el bosque espeso que iba emergiendo ante sus ojos. A Pablo hasta le pareció mentira que tan cerca de ese pueblo existiera una zona verde así de abrupta.

—Como os he dicho, tengo una corazonada. Mi madre, en sus diarios, habla de este lugar como su sitio preferido. De hecho, lo recuerdo; de pequeño a veces veníamos aquí a pasar el día. Seguro que Alicia lo ha leído, aunque dudo que recuerde algo.

—Esto es enorme, Raúl. Va a ser imposible dar con ellas...

Pablo no quería ser el que pusiera la nota negativa, sin embargo, le pareció casi imposible que pudieran dar con ellas sin saber el lugar exacto.

—Espero que aún exista... —Raúl iba hablando solo, ignorando el comentario de Pablo.

Una cabaña en mal estado y llena de grafitis apareció ante ellos tras casi una hora merodeando por allí.

—¡Aquí está! ¡Joder! ¡Pensaba que no daría con ella! —Raúl gritó excitado por el hallazgo.

Cris sujetó la mano de Pablo con fuerza.

—Quedaos aquí —siguió Raúl—. Entraré solo, creo que es lo mejor.

Ambos asintieron tras un segundo de duda.

Raúl abrió la puerta sin realizar ningún esfuerzo. Estaba tan corroída por los efectos de la naturaleza que se desmontaba. La humedad le caló los huesos. Recordaba esa cabaña más grande y entera, claro que eso era muchos años atrás. Su padre la encontró semiderruida y la reformó, aunque se encontraba en un terreno de propiedad municipal, para que jugaran los niños. La construcción en realidad se asemejaba a ese tipo de habitáculos que utilizan los agricultores para guardar las herramientas y que apenas tendría diez metros cuadrados. A Raúl le vinieron a la cabeza miles de recuerdos de su infancia, la mayoría de ellos horribles. Echó un vistazo y no encontró rastro alguno de sus hijas o de Alicia.

—¡Venid! —gritó—. ¡No están aquí, joder!

Cristina entró detrás de Pablo. No quería mirar. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando vio a Becky, la muñeca horrible de Mara, que se hallaba tirada en un rincón: sus hijas habían estado allí, aún podía sentir las. También vio jeringuillas desechables, que quiso pensar eran las de su hija diabética. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que, a esa cabaña mugrienta, acudieran los drogadictos de la zona a pincharse. Pese a estar seca por dentro, lloró desconsolada...

—Cris, han estado aquí. Sé que estamos cerca. —Pablo la rodeó con sus brazos sintiéndose observado por Raúl.

—¿Y si las ha matado? ¡Es una asesina! ¡Una loca! —Cris se giró y golpeó a Raúl con los puños, alternando uno y otro, en el pecho de su exmarido—. ¿Por qué aparecisteis en mi vida? ¿Por qué? —Continuó golpeándolo hasta que le faltaron las fuerzas.

—Nada de esto debía haber ocurrido, créeme. Lo siento mucho, de veras. Cristina, jamás os hubiera hecho daño alguno. Aunque no te lo creas, te he querido de verdad. Tardé en darme cuenta...

—¡Déjala en paz! ¡Lo único que queremos de ti es que des con la perturbada de tu hermana, nos devolváis a las crías y desaparezcáis! ¡Si por mí fuera, te mataba ahora mismo! —Pablo se interpuso entre los dos.

Regresaron al coche y, de camino a casa, Raúl tuvo otro presentimiento.

—¿Habéis registrado la propiedad a fondo? Es enorme y está llena de lugares donde poder esconderse...

—¿Otro palpito, Raúl? —ironizó Pablo.

—Llámalo así, si quieres, pero Cris sabe que tengo razón. ¡Son ochocientas hectáreas de terreno que incluye bosque!

—Allí se originó toda la historia, tiene mucho sentido. Y sí, es cierto que hay miles de rincones en los que esconderse —intervino Cris.

Estuvieron fuera casi toda la noche y ya había amanecido cuando entró una llamada de la inspectora. Raúl palideció e indicó, acercando el dedo índice a sus labios, que mantuvieran silencio.

—Las han visto cerca de Vilafranca. Hemos recibido varias llamadas de diferentes testigos con el mismo argumento: las sitúan allí. Podría ser una buena pista. Hemos enviado a varios agentes a investigar por la zona.

—Gracias.

Cris fue muy escueta en su respuesta. Tenía miedo de meter la pata y fastidiar a Raúl, aunque no tenía muy claro por qué no le delataba si le odiaba con todas sus fuerzas.

—Tenemos que organizarnos —indicó Raúl—. Considero que lo mejor es empezar por la parte más alejada de la finca. ¿Verdad que hacia el sur de la propiedad hay varias casetas donde se

guardaban antiguamente los aperos?

—Hace décadas que no se usan esas casetas —contestó Cris.

—Más a mi favor. Me parece un sitio ideal donde esconderse.

Se subieron al todoterreno y se dirigieron hacia ese preciso lugar, pero no encontraron ningún rastro de ellas, ni evidencias de que hubieran estado allí.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —Raúl gritó.

La falta de sueño y de descanso estaba haciendo mella en los tres, sin embargo, no pensaron ni por un minuto en abandonar.

Capítulo 40

—Mia, te toca la medicación. —Alicia le acercó la última jeringuilla precargada a la niña—. Si no te pinchas no podremos seguir jugando al escondite...

—Ya estoy cansada de jugar. Quiero ir con mi mami.

—Yo también quiero ver a mi mamá. —Mara hizo un puchero.

—Pero ella me ha pedido que os cuide mientras está de viaje. ¿Acaso no os lo pasáis bien con la tía Alicia?

—Me da mucho miedo este sitio. Es muy oscuro y hace frío —susurró Mia.

—Sois muy quejicas, niñas... A ver si me voy a enfadar. —Alicia empezaba a hartarse de los lamentos.

Las niñas se cogieron de la mano y lloraron en silencio. Una de las normas que Alicia les había impuesto era que no podían llorar en su presencia.

—No me gusta Alicia. —Mara se sorbió los mocos mientras Mia la abrazaba en un intento de consuelo.

—Tengo un plan —dijo Mia al oído de su hermana cuando Alicia no miraba—: cuando se quede dormida, le quitaré las llaves y nos iremos corriendo. Mara..., estoy segura de que mami no está de viaje, nunca se va sin despedirse...; y a mí tampoco me gusta Alicia.

La niña hizo de nuevo gala de su inteligencia. Era cierto, Cristina jamás se hubiera marchado sin decirles adiós y darles un beso.

—No sabemos volver a casa. —Mara hizo un mohín de preocupación.

—El abuelo Jorge nos trajo aquí una vez. Tú eras muy pequeña y por eso no te acuerdas. Me dijo que esta había sido la primera casa de sus abuelos. Sé que estamos cerca y podemos correr muy rápido y escondernos en los campos. Como somos bajitas no nos verá... Confía en mí, Tati. —Mia utilizó el apelativo cariñoso que solía usar para tranquilizar a su hermana menor.

Ya bien entrada la noche, Alicia cayó rendida en una cama contigua a la de las niñas. Las llaves las tenía cerca, en uno de los bolsillos del pantalón. De hecho, fue imposible que las niñas pudieran cogerlas en un primer momento, pero la suerte estuvo de su lado: durante uno de los numerosos movimientos extraños que hacía mientras dormía, estas se salieron del bolsillo quedando tendidas en el borde del colchón con un alto riesgo de que cayeran al suelo, lo que hubiera sido fatal, pues se hubiera despertado con el ruido provocado por la caída. Fue Mara quien las cogió. Se arrastró por el suelo hasta hacerse con ellas con una delicadeza y un sigilo impropios de una niña tan pequeña. Mia se había rendido y estaba dormida, pero su inquieta y traviesa hermana de casi cuatro años se hizo con la clave para salir de esa casa.

Se calzaron y cogieron un botellín de agua. Con sumo cuidado abrieron la puerta, bajaron las escaleras hasta la salida y atravesaron el patio trasero: Mia pensó que era más seguro salir por la puerta de atrás y correr a través de las viñas.

Eran las cinco de la madrugada y pronto saldría el sol. Con su Tati de la mano, sujetándola con fuerza, atravesaron el primer campo. Superaron las casetas de aperos, en las que sus padres habían estado pocas horas antes.

—Estoy cansada —dijo Mara.

—Mara, ¡ahora no podemos parar!

Atravesaron dos campos más, pero Mia estaba muy desorientada..., estaba completamente

perdida.

—Creo que nos hemos perdido. Vamos a descansar un rato detrás de ese árbol tan grande.

Ese árbol, bendito árbol, era el olivo del abuelo. Parecía como si una fuerza sobrenatural las hubiera guiado hasta él. Se acurrucaron, la una contra la otra, exhaustas, y se quedaron dormidas por largo rato.

Cuando Alicia despertó no vio a las niñas...

—¡Niñas del demonio! ¡Como os coja tendré que castigaros! —gritó en vano, pues las niñas ya se encontraban lejos de allí.

No tenía ni idea del rato que hacía que se habían ido, pero estaba absolutamente convencida de que no irían muy lejos andando. La casa estaba totalmente aislada y el vecino más cercano estaba a más varios kilómetros de allí. Sin embargo, aunque ellas se creían perdidas, las niñas iban en la dirección correcta hacia su casa. Alicia pensó rápido, cogió el coche y se dio una vuelta por los alrededores, sin éxito. Se puso de muy mal humor, tanto, que golpeó la pared con el puño reventándose los nudillos. No sintió dolor, ni siquiera gritó. Empezó a sangrar ligeramente. Se lamió las heridas y sintió el desagradable sabor metálico a hierro de la sangre. La paladeó como si se tratara de algo extraordinario mientras sus ojos permanecían fijos observando la pared; estática, fría. Tenía que dar con ellas o trazar rápido un nuevo plan. No podía tirar la toalla.

Cris llevaba treinta y seis horas despierta y sus fuerzas flaqueaban.

—Échate un rato, aunque sea en el sofá —sugirió Pablo—. Yo voy a seguir buscándolas, pero tú debes descansar un poco.

—¡No! No puedo dormir, no quiero. Presiento que están cerca. Lo están pasando mal, lo sé...

Raúl miraba apoyado en una de las paredes del comedor.

—Voy a dar unas vueltas por la finca con el coche —indicó. Pablo asintió con la cabeza.

—Yo bajaré a las bodegas a echar un vistazo—contestó Pablo—. Cris, en serio, estírate un poco, coge fuerzas y luego seguimos juntos.

Cris se rindió ante la evidencia. Sabía que tal y como estaba tampoco iba a ser de mucha utilidad y decidió cerrar los ojos unos minutos para coger fuerzas.

Raúl se subió al todoterreno y se dispuso, una vez más, a explorar la descomunal finca. Era muy probable que necesitaran realizar diversas batidas para chequear todos los recovecos. Ya había amanecido y la luz iba a facilitar la búsqueda.

Pablo entró en la bodega principal. Un hedor agrio le provocó una arcada. Su potente pituitaria lo alarmó... Abrió una de las tinas y la peste le echó para atrás; lo mismo fue ocurriendo con las siguientes. Para confirmar lo que ya sospechaba, tomó una muestra que pensaba llevar al laboratorio. Esa partida, que se hallaba en un estado avanzado de envejecimiento e iba a ser embotellada en breve, estaba claro que se encontraba en mal estado y, por su experiencia, no podía ser algo casual: alguien había echado a perder los caldos a propósito. Sin embargo, de eso ya se ocuparía; su cometido en ese momento era tratar de encontrar a Mía y a Mara.

Raúl llevaba bastante rato sobre el terreno. Se acercó a la balsa de agua, temiéndose lo peor. Por suerte, no estaban allí y respiró aliviado. Él era consciente de que Alicia sería capaz de cualquier cosa desde el momento en que supo que las había secuestrado.

Vio el olivo, a lo lejos. Ese olivo, a la sombra del cual Cristina y él mismo, siendo novios, habían disfrutado de pícnic y que también fue testigo de su amor en muchas ocasiones. El olivo que atestiguaba entre sus ramas tantas cosas ocurridas en el seno de la familia Monferrat. Impasible, ciego, mudo..., se hallaba en el epicentro de la historia familiar.

Aparcó el vehículo y se acercó a pie atravesando las viñas. Divisó unos bultos en el suelo; no

sabía si se trataba de un animal y se aproximó acelerando poco a poco su paso hasta llegar a correr, al mismo tiempo que también su corazón palpitaba a toda máquina.

Al llegar vio a las niñas, acurrucadas y dormidas, una junto a la otra, abrazadas, seguramente para paliar el miedo que sentían. Cayó al suelo arrodillado y lloró.

Por primera vez sintió dolor en su alma. Puede ser que no estuviera todo perdido y quizá hasta podría recuperarlas..., quizá. Aunque en el fondo sabía que eso era ya una utopía.

Se acercó a ellas. Mara despertó la primera y lo vio. De un salto, no sabía cómo, ya la tenía enganchada a su cuello.

—¡Papi! ¡Has venido a rescatarnos de la bruja!

—Claro, cariño..., aquí estoy. Te quiero mucho, bichito.

Mia abrió los ojos.

—Estoy muy cansada, papi. —La cría apenas podía hablar.

—Mi amor... —Cogió a ambas en sus brazos y las llevó al coche posándolas con delicadeza en la parte de atrás. Estaba preocupado por la palidez de Mia, seguramente necesitaba medicarse ante la descompensación de azúcar de los anteriores días. En ese instante odió a Alicia con todas sus fuerzas y tuvo ganas de estrangularla. ¡Nunca debió tocar a las niñas!

Raúl se dirigió hacia la casa. Cristina, como sintiendo un palpito, abrió los ojos y dio un respingo nada más oír la puerta, intuyendo el feliz desenlace.

—¡Hijas! —Las besó, abrazó y comprobó que estuvieran enteras con una rápida ojeada a sus pequeños cuerpecitos—. ¡Cómo os he echado de menos!

Rápidamente se percató de que Mia no estaba bien.

—Ven, cariño, vamos a medir el azúcar —dijo intentando mantener la calma.

La niña estaba muy desestabilizada, y reaccionando velozmente, le pinchó la dosis que necesitaba.

—Creo que debería verla un médico —sugirió Raúl.

—La tita Alicia me ha dado medicinas, pero no como haces tú, mami.

—¿Tita Alicia? —preguntó Cristina.

—Nos dijo que iba a cuidar de nosotras mientras estuvieras de viaje —Mara intervino—, pero ni la Tati ni yo nos lo creímos y nos hemos escapado por la noche.

—Mami —Mia, algo más recuperada, prosiguió—, nos llevó a una cabaña muy fea y sucia, pero nos tuvimos que ir, pues teníamos mucho miedo y frío...

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —Cris preguntó con curiosidad.

—Después nos llevó a una casa vieja y muy rota —continuó relatando—. El abuelo nos llevó allí una vez...

—Pero cielo, esa casa está muy lejos... —Cris besó de nuevo a sus pequeñas.

—Hemos corrido mucho, mami —dijo Mara, orgullosa—. Alicia es mala, muy mala...; no nos dejaba llorar.

Raúl y Cristina las abrazaron de nuevo, al tiempo que Mia empezaba a recuperar el color. Ambos tenían claro que las crías debían ser visitadas por un médico una vez la policía acudiera.

—He llamado a Pablo, aunque no contesta —dijo Cris.

—Bajaré a la bodega a buscarle. No debe tener mucha cobertura.

—Yo llamaré a la inspectora Paredes. Raúl, debes irte. Caso contrario...

—Lo sé, Cris. Tan solo esperaba estar con vosotras un poco más.

—Eso no es posible. —Se apartó de las niñas para poder hablar con él—. Te busca la policía. Debes huir si no quieres pasarte media vida entre rejas.

Raúl, cabizbajo, se alejó. Mientras, Cris, con el teléfono en la mano, llamaba a la inspectora.

No podía perder un minuto: sabía que Alicia estaba cerca y, mientras antes supiera Paredes lo que estaba ocurriendo, más probabilidades de pillarla tendrían.

Una vez hubo avisado de que las niñas habían aparecido, que estaban en casa, aparentemente con buen estado de salud y omitiendo que Raúl estaba con ellos, las dejó ya acostadas a cargo de su madre, para que pudieran descansar tras varios días apenas sin dormir, y se fue tras Raúl, a la bodega, pues le preocupaba no tener noticias de Pablo, que seguía buscando.

Capítulo 41

Pablo, ajeno a todo lo que estaba sucediendo a pocos metros de distancia, seguía intentando encontrar a las niñas entre los cientos de barriles y tinajas de la bodega principal.

Era un lugar enorme, lleno de recónditos recovecos y pequeñas salidas enrejadas que solo Dios sabe a dónde llevaban. Se sintió frustrado y perdido. Sabía que Alicia era la responsable del sabotaje, pues unos días atrás los caldos se encontraban en perfecto estado. Intuía que ella estaba cerca...

Siguió buscando, llamando a las niñas a gritos para que lo pudieran oír, suponiendo que estuvieran escondidas en alguno de los túneles.

—Aún con la roña que llevas en tu cuerpo me sigues pareciendo sexi a rabiar...

Se giró y la vio tras él con una sonrisa maligna dibujada en los labios. Lo estaba apuntando con una pistola.

—¡Alicia! ¿Dónde están las niñas? —gritó mientras se acercaba a ella.

—¡No muevas un músculo o te mato aquí mismo!

—¿Te has vuelto loca? ¡Deja la pistola! ¡Todavía podemos arreglarlo si aparecen Mia y Mara!

—Esas putas niñas se han escapado... No tengo ni idea de dónde están. ¡Me da igual!

—Alicia, son muy pequeñas. Si nos dices dónde las viste por última vez, podremos encontrarlas.

—No me importan las niñas. No me importa nada...

Pablo levantó las manos mientras ella seguía apuntándole con el arma.

—La policía no tardará. La inspectora Paredes llegará de un momento a otro —mintió con el ánimo de engañarla y que se rindiera.

—Pudimos ser felices. Lo bien que hubiera lucido como tu mujer, yendo de tu brazo...

—Pero ¿qué dices? ¿Todo esto es por lo de Londres?

—¡Todo esto es porque el puto suelo que pisas es mío! ¡Pertenece a mi familia tanto como a la de Cristina!

—¿Y no crees que se hubiera podido solucionar de otra manera? ¿Secuestrar a unas niñas inocentes era tu venganza? ¿Qué has hecho con ellas? ¿Las has matado como a tus padres adoptivos?

Alicia lo miró sorprendida al verse descubierto su pasado.

—Eran unos cabrones; ¡están mejor muertos!

De pronto, Raúl entró en la estancia, a espaldas de Alicia. Pablo le vio.

—Alicia, suelta la pistola —indicó Raúl—. Hemos encontrado a las niñas y la policía está llegando. ¡Debemos huir y dejar atrás esta pesadilla!

Alicia se encontraba en medio de los dos, apuntando a uno y al otro alternativamente.

—¡Raúl, no pienso irme sin lo que es nuestro!

—Alicia, ¡déjalo ya! ¡Vámonos! ¡Ya hemos causado suficiente daño!

En un descuido de Alicia, Raúl se abalanzó sobre ella. Forcejearon. Él intentaba desarmarla.

Se oyó un solo disparo. Resonó por toda la bodega como una bomba. Silencio. Luego un silencio horrible.

Le dio de lleno en el pecho, un balazo que era mortal de necesidad. Se puso la mano en la herida y dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose.

—¿Pero ¿qué has hecho, hermana? —musitó apenas sin fuerzas.

Cayó al suelo, de bruces.

En ese preciso instante, la inspectora Paredes, acompañada de dos agentes, entró en escena junto a Cristina.

—¡Quieta o disparo! —La agente apuntó con firmeza al cuerpo de Alicia.

Dejó el arma en el suelo y se abrazó al cuerpo moribundo de su hermano. Paredes la redujo y le puso las esposas mientras su compañero pedía refuerzos y una ambulancia.

Cristina se acercó a Raúl e intentó taponar la herida con sus manos, pero la sangre rezumaba a borbotones siendo imposible taponarla. A cada latido de su corazón, un enorme chorro salía expulsado desproviniéndolo de vida segundo a segundo.

—¿Ves? Al final he podido demostrarte todo lo que te quiero..., como un héroe de película romántica. —Raúl, entre palabra y palabra, vomitaba sangre.

—¡Aguanta! ¡La ambulancia está de camino! —Cris gritaba desesperada e intentaba parar la hemorragia.

—¿Dónde están los médicos? —gritó Pablo—. ¡Se está desangrando!

—Creo que es tarde para lamentos —susurró Raúl—. Te quiero, Cristina; espero que puedas perdonarme...

Raúl entró en parada cardiorrespiratoria al cabo de pocos segundos. Para entonces, un compañero de Paredes intentaba devolverlo a la vida practicándole una maniobra de reanimación cardiopulmonar, pero al poco rato cesó en su empeño. No se pudo hacer nada por su vida.

Quedó tendido en el suelo, en medio de un descomunal charco de color rojo; frío, pálido..., sin vida.

Cristina se abrazó a Pablo y lloró de nuevo. La mezcla entre felicidad por haber encontrado a sus hijas sanas y salvas y tristeza por ver morir a Raúl ante sus ojos era difícil de asimilar.

Alicia, ya detenida, iba camino de la comisaría y a Raúl lo recogería el forense en breve. Mientras, los agentes reunían pruebas y muestras por todo el recinto.

Cris ni siquiera sabía cómo explicar a sus pequeñas hijas lo que había ocurrido.

El hospital certificó que las niñas estaban en perfecto estado de salud y eso la tranquilizó; aun así, no lograba olvidar las últimas palabras de Raúl, que retumbaron en su cabeza durante esa y muchas otras noches.

Alicia boicoteó los barriles. En el fondo ese era un mal menor para lo que podría haber hecho. Por suerte, Pablo es un hombre listo y se percató de que algo ocurría evitando así una situación más grave. Perdieron diez mil botellas de un buen vino, aunque ese incidente pasó a un segundo plano cuando Alicia confesó ante las autoridades que su plan consistía también en envenenar las viñas e incendiar la casa con ellos dentro.

Estaba loca y se confirmaba lo que el doctor Bosch siempre aconsejó: que nunca debió salir del psiquiátrico.

Tras una nueva evaluación, regresó entre esas blancas y acolchadas paredes que indicaban que esta vez iba a ser por mucho tiempo, probablemente todo lo que le quedara de vida.

Raúl fue enterrado en el mausoleo que la familia Monferrat poseía en el bonito cementerio de la localidad. Pese a todo, Cristina le perdonó durante ese último suspiro y era de ley que él descansara allí, junto a su bisabuelo Robert. Le devolvió a sus hijas; era lo único que contaba al final.

Cristina pudo leer con calma el diario de la abuela de Raúl, su tía Carmen. Allí se explicaban tantas cosas... En el fondo, su familia había propiciado los acontecimientos. Aunque ni ella ni sus

hijas tuvieran culpa de nada, se sintió en parte responsable. Todo casaba también con los testimonios escritos de sus antepasados.

Sí, en esas viñas también se tejió el odio, oculto entre secretos y mentiras. Porque el olivo fue testigo de esa desgracia que nunca debió ocurrir si hubieran permitido a Robert y Rosalía seguir su camino juntos.

Capítulo 42

Un año después...

Pablo despertó en su cama, solo. Esa noche no la pasó con Cristina. Ni siquiera se encontraba cerca de su casa. Estaba muy nervioso, sin embargo, Cristina estaba rebotante de felicidad.

—Tu padre estaría tan feliz y orgulloso si te viera, cariño —dijo Helena al ver a su hija ataviada con un traje de novia precioso, color blanco roto. Sencillo, como era ella, pero que le hacía parecer la más guapa del mundo.

Ese día se iba a celebrar en la finca la ceremonia más esperada por ambos: su boda. El olivo serviría como marco para ello; a ambos les hacía ilusión regalarse sus votos allí, ese preciso lugar en donde comenzó todo con el amor de Robert y Rosalía: sería como un homenaje.

Las pequeñas, felices, correteaban por las viñas a la espera de que su madre se reuniera con Pablo, que aguardaba bajo el árbol visiblemente emocionado y sintiéndose observado por todos los invitados que les acompañaban.

—Estoy histérico —dijo a su amigo Eric, que observaba divertido cómo Pablo estaba consumiéndose por culpa de la espera.

—Está viniendo, tú tranquilo.

—¿Y si se lo ha pensado mejor?

—Tus nervios no te dejan ver la realidad, Cris está loca por ti...; tranquilízate.

A lo lejos, el todoterreno que había pertenecido a su padre y que estaba siendo conducido por su mejor amiga llegaba al punto de encuentro.

Cristina y su madre, Helena, se apearon y se dirigieron hacia él, que esperaba impaciente.

—Ya estamos todos —dijo Cris—. Cuando queráis podemos empezar.

El juez de paz sonrió al verlas. No dejaba de ser curioso que, tras haber oficiado cientos de ceremonias, aún se emocionara con cada una de ellas; y es que esta boda era especial: conocía a Cristina y su familia desde siempre, la había visto crecer entre las parras y se conmovió al verla feliz tras todo lo que había sufrido.

No habían sido meses fáciles para ella, ni para sus hijas, ni tan siquiera para Pablo. Fue complicado para las niñas entender que su padre estaba muerto y les endulzaron la noticia obviando detalles que sus pequeñas mentes no sabrían encajar ni comprender. Sin embargo, el paso del tiempo y el buen hacer de Pablo permitieron que las niñas superaran la situación cada día con menos tristeza. No pensaban reemplazarlo, no obstante, tanto Mía como Mara adoraban a Pablo y le querían como a su propio progenitor.

Cristina, tras unos días muy duros en los que casi cae en un pozo sin fondo, decidió mirar al frente e intentar superarlo. Lo más importante era que sus hijas estaban bien, sobre todo Mía, que se hallaba en perfecto estado de salud tras varios días medicándose cuando Alicia, durante el secuestro, así lo consideró oportuno y no cuando era necesario.

Era una leona, una luchadora a la que la vida no se lo había puesto fácil. Con esa loca bajo llave para lo que le quedaba de vida, todo iba a resultar mucho más sencillo. Se puso al día con la historia de Carmen, su tía *bastarda*, aunque jamás se refirió a ella con ese adjetivo; de su hija María, de la cual conoció la triste historia que envolvió a su familia de oscuros secretos... Le consoló saber que tanto Jorge como Catalina intentaron encontrarlas, saber de ellas, cada uno a su

manera. Seguramente, ambos las hubieran resarcido. Pese a todo, el orgullo, los prejuicios o vete a saber qué, impidió que eso ocurriera. Cris lo tenía claro: debía mirar hacia delante. Con la muerte de Raúl se cerraba el círculo y todo quedaría para sus hijas y, por tanto, en la familia.

Pablo la besó.

—Aún no he pronunciado las palabras mágicas que os convierten en marido y mujer. —El juez sonrió—. Pero seguid, seguid, tortolitos, que yo espero. —Soltó ante las risas de los allí presentes.

—Empecemos, cariño. —Pablo le acarició la cara con el dorso de su mano, observando lo bellísima que estaba.

—Luego os leeré los preceptivos artículos del Código Civil. Antes, quisiera deciros algo que he escrito para vosotros: el amor engendra amor, el odio solo gesta odio... Sin embargo, el amor siempre triunfa sobre todas las cosas en esta vida. Por eso estamos aquí, para unir a Pablo y Cristina en un vínculo sagrado y real, un compromiso que hoy firman frente a todo y ante todos. No puedo prometeros que todo será perfecto, no soy adivino ni nada por el estilo, no obstante, estoy absolutamente convencido de que desde hoy será para siempre, pues vuestros ojos están cargados de ese maravilloso fuego que es la pasión.

Ambos asintieron, sin dejar de mirarse con ternura.

—Pablo, creo que tienes una lectura preparada para Cristina —siguió.

—Sí. Aquí va, cariño. Perdóname que estoy muy nervioso...

Pablo comenzó a hablar y ni siquiera tuvo que leer el papel...

«Como él bien ha dicho, no puedo prometerte la perfección. Sí que estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo; tampoco puedo prometerte la felicidad eterna..., sería un necio si dijera tal cosa, porque sé que habrá cientos de momentos complicados, aunque no me cabe duda de que los superaremos juntos. Lo único que puedo asegurarte es que prometo abrazarte cuando las cosas se tuerzan, cuando necesites mi calor, cuando los días se tornen oscuros; prometo enseñarte cada día algo nuevo, y espero aprender de ti. Prometo mil te quiero cada día, así como cientos de besos y caricias; tampoco puedo prometerte una estrella, pero sí que las contemplemos juntos cada noche. Como te dije, no puedo prometerte un mundo ideal... Lo único que sé es que estaré contigo hasta el fin de mis días».

Tras esas promesas de amor y ante la presencia de todos los invitados, el juez los casó.

—Yo os declaro marido y mujer. Ahora sí, ¡puedes besar a la novia!

Se besaron lentamente, rozando sus labios con suma delicadeza, pero de forma intensa, como si estuvieran solos en aquel paraje. Todo transcurrió muy despacio, como para poderlo recordar durante mil años. Una vez unidos se sintieron valientes, fuertes y seguros. Lo asimilaban respirando, paladeando lo que ambos sentían, para hacer el instante eterno. Nunca hubo nada tan mágico como aquel momento en el que unieron sus vidas para siempre..., dejando atrás todo su pasado.

«Ponte de frente al sol y las sombras quedarán detrás de ti». (Proverbio Maorí)

FIN

Epílogo

Unos meses antes de la boda y tras una intensa investigación, el detective privado consiguió dar con el paradero de Verónica y Álex.

Vicens siguió las pocas pistas que dejó y tardó en dar con ellos. Tenía razón cuando dijo que no sería fácil encontrarlos.

Cristina se citó con ella en la misma cafetería en la que se vieron por última vez. Estaba nerviosa, no tenía muy claro cómo iba a reaccionar. Hablaron por teléfono y se pusieron al día. No era conocedora del fallecimiento de Raúl; conocer esa noticia fue un *shock*.

Apareció esta vez puntual. Cabizbaja y triste. Se dieron dos besos y, en silencio, pues no hacía falta decir nada, lloraron cogidas de las manos.

—No le faltará de nada a tu hijo, Verónica —dijo Cris—. Espero que estés de acuerdo en que los tres hermanos se conozcan.

—Por supuesto —atinó a decir.

—Raúl era un Monferrat y, por tanto, Álex también lo es —siguió Cristina—. El piso de Raúl será para vosotros y, por supuesto, una parte de los dividendos del negocio irán directos a una cuenta bancaria, la que tú elijas, para el futuro del niño.

—No tienes ninguna obligación de hacer eso, después de lo que te hicimos —intervino Verónica.

—Tú no tienes la culpa; eres tan víctima como yo, y Álex no se merece pagar los errores que hemos cometido los adultos. ¿Sabes? Mi padre era un hombre muy justo y así lo hubiera querido. Y yo lo deseo también.

Ambas se abrazaron y dejaron que el pasado quedara aparcado para siempre, para poder mirar hacia un futuro mejor. Un futuro en donde no cupiera más odio entre las personas que llevaran en sus venas la sangre Monferrat.

